PBT

Año XV. N.° 688

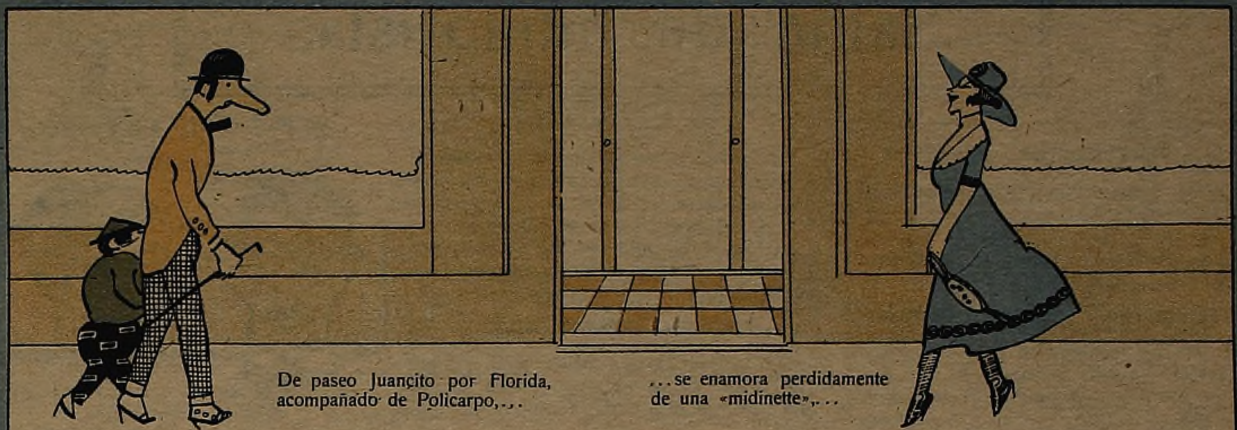
30 de Enero de 1918

EL MEJOR JUEZ

Cuadro de J. G. Horsley

JUANCITO EL CONQUISTADOR

(UN AMOR Y UN DUELO)



De paseo Juancito por Florida, acompañado de Policarpo,...

...se enamora perdidamente de una «midinette»,...



...a la que sigue hasta la Boca y declara su amor.



La beldad se le entrega y deciden la fuga...



...que llega a oídos de otro desesperado pretendiente,...



el cual pone término a la aventura con un duelo en el cual...





...Juancito vence en buena ley, siendo felicitado por Policarpo.

Historieta de Carlos Scornik
Dib. de Soldati.

En todos los números se publicará una de estas historietas, que nos remitan nuestros pequeños lectores.



Salón de humoristas



CONCURSO DE CHISTES

P B T pagará cinco pesos moneda nacional *al chiste que, a juicio de la Dirección resulte el más ingenioso de los que se publiquen en esta página.*

PREMIO DEL NUMERO ANTERIOR

De los insertos en el número anterior, ha sido premiado el que lleva por título *Avaricia*, firmado por *Tito.*

EN EL CIRCO.

Una linda domadora acaba de hacer que el león le quite de la boca un pedazo de azúcar. El público está asombrado.

Un espectador. — ¡ Bah! Eso lo haría yo también. — *Nélida D.*

ESTABA EN LO CIERTO.

Entra un borracho en un consultorio y le pide que le recete un remedio para curarle la nariz, que la tenía muy colorada.

— Vea, usted debe tomar leche durante tres meses.

— Mire, doctor, yo he seguido ese tratamiento durante mucho más tiempo y no me ha dado resultado.

— ¿ Y cuándo lo ha practicado usted?

— ¡ Pues los primeros doce meses de mi vida! — *Luis Barberis.*

ALGO PARA EL PELO.

— ¡ Cómo se le cae el cabello!; debe ponerse algo en la cabeza.

— Todos los días me pongo algo.

— ¿ Qué es?

— El sombrero. — *Chocha y Chela.*

INDULGENCIA.



— Pienso dedicarte el tomo de versos que tengo intención de publicar.

— Mejor será que se lo dediques al papa.

— ¿ Por qué?

— Porque tus versos necesitan mucha indulgencia. — *Clara Boya.*

EN LA ZAPATERIA.

Un paisano entra en una zapatería a comprarle botines a un chico que lleva descalzo.

— ¿ Qué número usa el niño?

— ¡ Vea! El número no lo sé; pero debe ser el 1, porque es la primera vez que le compro. — *J. Perpou.*

EN UNA CONFERENCIA

Un individuo que tenía más deudas que pelos en la cabeza, estaba dando una conferencia sobre la teoría del deber.

— Y diga usted — le pregunta un acreedor, — ¿ Cuándo va a disertar sobre la teoría del pagar. — *Antonio Torino.*

APROVECHADOR.

— ¿ Dónde está mi esposa? — pregunta el señor a la nueva sirvienta, que es linda y joven.

— Ha ido al piso alto.

— Bueno; como tengo que salir apurado y no puedo esperar, déle este beso de mi parte. — *Chiriflauta.*

LOS NIÑOS DE AHORA.

— ¿ Quién se ha comido el dulce que había encima del aparador?

— Yo, mamá.

— ¿ No sabías que era para el banquete de mañana?

— Sí, pero papá me tiene dicho que lo que pueda hacer hoy no lo dejo para mañana. — *Carlos D. A.*

ENTRE COMADRES

— ¿ Usted cree que el trece sea mal número?

— Yo no creo que sea malo, sobre todo si al comprar una docena de huevos se equivocan y me dan trece. — *Benjamín E. Etcharrón, hijo.*

¡QUIÉN SABE!

El pasajero. — ¿ Cuánto le parece que tardaremos en llegar al puerto?

El capitán. — ¡ Oh! Eso depende del whisky que tomemos esta noche el contramaestre y yo. — *Martita.*

¡ES CLARO!

La madre. — ¡ Hijo desnaturalizado! ¡ No respetas ni a tus mismos padres que se han sacado el pan de la boca para alimentarte!

El hijo. — Si lo hubiera sabido, no lo habría comido. — *Martita.*

ERA GRACIOSO

— ¿ Tanta gracia le causó el cuento del burro, que le relaté la vez pasada?

— Sí. Desde entonces no puedo ver ese animal sin acordarme de usted. — *Lázaro M.*

EXAMEN DE ZOOLOGIA

Maestro. — ¿ Cuáles son los animales que tienen sangre fría?

Alumno. — (Después de pensar). Los que no tienen miedo. — *Carlitos.*

NO HAY CAUSA SIN EFECTO.



— Dime, Juancito; ¿ es verdad que se ha muerto el abogado Pérez?

— Sí, y no ha dejado nada.

— Me lo figuraba...

— ¿ Por qué?

— Porque ¡ cómo iba a dejar efectos él, que nunca tuvo causas!... — *Pasaporte.*

A CIEGAS

Diéronles a dos ciegos un plato de cerezas. Se sientan, y para comer igual cantidad deciden sacar uno después del otro, una cereza cada uno. Terminadas las cerezas, uno dice al otro:

— ¡ Qué tonto eres! Yo en lugar de sacar de a una, sacaba de a dos.

Y el otro le respondió:

Más tonto eres tú, pues yo sacaba de a tres. — *Juan J. Bianchi (hijo).*

ENTRE SOCIALISTAS.



1.° — Si tuvieras dos casas, ¿ me darías una?

2.° — ¡ Como no!...

1.° — Si poseyeras dos automóviles, ¿ me darías uno?

2.° — ¡ Claro que sí!

1.° — Si tuvieras dos pesos, ¿ me darías uno?

2.° — Eso no.

1.° — ¿ Por qué?

2.° — Porque los tengo. — *José Palma.*

Páginas Femeninas





EL ESPIRITU DE LA MODA

Cuenta una mujercita romántica que cierto día se le presentó el Espíritu de la Moda, que su aspecto era encantador, la voz dulcísima y los movimientos delicados «como el vuelo de una libélula»...

Quejóse de no ser comprendido; de que las personas serias cometiesen la injusticia de despreciarlo; de que la moral lo excomulgase, y habló también de haberse visto perseguido hasta por los gobiernos.

— No me puedo conformar — añade el espíritu, no exento de *esprit* — con ser para muchos el capricho, y para no pocos el crimen. ¡Dicen que siembro la ruina y la demencia! El Angel del Hogar, con su escoba de mujercita hacendosa, la emprende conmigo y quiere barrerme; los predicadores, ya acabáis de oir a uno de ellos, abominan de mi influjo.

Sabéis perfectamente que ha habido épocas en que reyes y ministros, a falta de mejores ocupaciones, entretuviéronse en establecer leyes contra moños y perifollos, ringorrangos y perendengues más o menos exagerados. Llevo ya muchos siglos sufriendo denuestos que no merezco. Cumplo mi cometido.

Si es verdad que muchos se arruinan por mí, no es menos cierto que son más los que me deben el sustento y el ser... Hago más aún, si es posible: doy poesía a todo lo que sin mi influjo sería vulgar. Por cima del rutinario deber de vestirse, de calzarse, de comer, de pasear, de dormir y de danzar, siembro...

— ¿......?

— Lo que hace falta en toda imaginación. No es esto decir que yo quiera igualarme a los espíritus superiores, esos que inspiran sublimes bellezas. Me limito a ser el buen duende de las pequeñas cosas, de las diarias y mundanas imposiciones que alegran la vida.

— ¿......?

— No lo dudes. Siempre que te prendas una flor en el cabello, que añadas a éste una cinta; siempre que des a la falda la singular elegancia con que debas lucirla; siempre que corpiños y abrigos, enaguas de seda y ropa blanca, sombreros y calzados te dejen satisfecha por su forma y sus adornos, tienes por fuerza que pensar en mí y quedarme agradecida. Y cuando hoy, precisamente pensando en la moda del día, te hagas exacto cargo de que basta una ojeada a los seductores y modernos retratos de las mujeres hermosas y elegantes, pintados por hombres artistas, comprenderás que «las distinguidas», cuando saben «vivir» la moda, han de colocarse en un ambiente que sirva de atmósfera a su tipo, logrando así que su atavío tenga gracia, poesía y sentimiento, huyendo de la rutina, de «lo muy colocado», de la servil y exageradamente «moda del día».

La *toilette* ha de ser, más que traje, «envoltura»; las telas, lindas con algo de idealidad, lo mismo si se trata de una falda de seda, negra, lisa, que de raso *liberty*, blanco o de crespón crema o de finísimo u obscuro terciopelo; tanto de transparente gasa celeste con flores azul Sajonia, que de tul claro. Todo será encantador si las hechuras son vagas, indefinidas, dejando *déviner la silhouette sans la marquer trop nettement* (ya se sabe que el Espíritu de la Moda, cuando habla francés, es cuando mejor se expresa).

— ¿......?

— ¿Que cuál es tu deber?... Muy sencillo; disculparme, comprenderme, interpretarme bien. ¡Tengo tanto de la alegría del sol! Y no me negarás que las más veces, si parecéis «unos soles», es por mí. Defendedme.

— ¿......?

— Siendo observadora. No has de fijarte sólo en las personas insensatas que hacen locuras por mí, sino en las que, pacíficamente enamoradas de lo que dicto y proclamo, amenizan con esto su vida, y así se libran de peores amenidades. Hablar de modas suele ser un gran recurso; no hay caso de serios disgustos por causa de semejante socorrida charla. Me despido de ti, dejándote, a modo de coquetón y expresivo recuerdo, lucida serie de señales...

— ¿......?

— De interrogación. Unas de acero para las respuestas categóricas; unas de plata para contestaciones un si es no es aparatosas; de oro otras, para las afirmaciones influyentes; pocas serán las de piedras ricas en color y mérito, ya que han de servir para las seguridades de positivo valor; una, solamente una, te dejaré verdaderamente artística, por si recibieses alguna confidencia inapreciable; e infinidad de ellas falsas y quebradizas, para las hipócritas contestaciones.

Decir esto y desaparecer el Espíritu, todo fué obra de un instante.

Y su dulce amiga, la impresionable y decidida mujer que estas cosas me ha referido, pasea por el mundo lindamente prendida, y luciendo siempre, entre las gasas del vaporoso *fichú*, entre el lazo con que termina la cinta de terciopelo o seda que hace las veces de cinturón, en el sombrero sujetando un grupo de plumas o de rosas, en el dedo como sortija, en el reloj como dije, en el cuello como imperdible o en el paraguas como puño, distintos signos interrogantes.

¡Preguntando, preguntando siempre! Pero las respuestas no llegan.

Y el caso es que el Espíritu de la Moda se impacienta, deseando saber a qué atenerse; quiere saber si son buenas o malas su intención y su fama.

¡Cualquiera lo sabe!

S. N. y T.

CONSULTORIO

María Ester. — Es una situación difícil, pero con buena voluntad y «queriendo» hacerlo, saldrá usted del atolladero.

A Cupido. — Lea lo que le digo a Curiosa.

A Desconsolada. — Volverá, se lo aseguro. Mientras haya entre ustedes enemistad irreconciliable, odio, rencor, y cada uno tenga en su corazón esos sentimientos, es que todavía existe cariño. ¡Pobre de usted el día en que su novio se acerque amablemente a saludarla! Entonces sí que debe usted perder toda esperanza de reconquistar su amor. Al enemigo se le vence, pero al indiferente no se le vence jamás.

A Colibrí. — «Triana» e «Iberia» son de Albéniz Las encontrará en cualquier establecimiento musical. «La maja y el ruiseñor» es de la ópera «Goyescas», de Granados. No vale tanto como «La danza del espectro». Los dos autores son españoles y han muerto ya.

A Musmé. — Ese defecto se cura por medio de lentes especiales, pero tiene que llevar receta de un oculista. Para las cejas, aceite de ricino puro.

A Obsidiana. — a) Tenacidad, energía, constancia, afectividad. b) De pongé o surah, en el color que desee y que armonice mejor con su cutis .c) Encontrará lo que pide en la «Historia de la literatura francesa», por Leo Claretie. Ravel es músico, de la escuela de Debussy, Dukas, Vuillemin y Bowrgault-Ducoudray.

A Foundant. — Para hacer el monte nevado moje bizcochos (plantillas) en almíbar y vino Oporto, sin que queden muy ensopados, y los cubre con merengue, Este se hace batiendo las claras y, cuando están a punto, se le agrega poco a poco media taza de almíbar. Una vez el postre preparado, se pone a horno suave hasta que se dore ligeramente.

A Mamá desesperada. — Eefectivamente, Nicanora no es un nombre muy bonito, pero puede usted abreviarlo y llamar a su hijita Nora.

A Elegante. — No. Ya he dicho que el papel rojo es de mal gusto.

A Bi-Ba-Bo. — La imagen del Sagrado Corazón de Jesús, de la iglesia de la Merced, está considerada como una de las más milagrosas, y lo atestigua la enorme cantidad de exvotos que adorna el altar. Desearé vivamente saber que ha obtenido usted lo que pide.

EL INFLUJO DEL SOL. El sol es el agente principal de Dios para dar vida, salud y belleza. Da color al cielo, a las hojas y a las flores, y bajo sus rayos benéficos toda la naturaleza se desarrolla. Las plantas y los arbustos que crecen bajo la sombra de la casa son débiles y enfermizos; en un cuarto obscuro se marchitan y pronto mueren. Los vegetales frecuentemente brotan en un sótano, pero los brotes blancos y enfermizos se extenderán por muchos pies hacia alguna hendedura o agujero, y al recibir el primer rayo de sol toman luego un tinte verdoso.



Los hombres y las mujeres son como las plantas. No pueden vivir y desarrollarse en las habitaciones obscuras. La primera y mejor regla casera es que se abra al sol cada una de las piezas por unas horas cuando menos, cada día. La costumbre de usar muchas cortinas gruesas debe desecharse, pues además de recoger el polvo impiden la entrada del aire. Es bastante común ver una ventana protegida con un toldo, un encerado, cortinas de encajes y por encima de todo cortinas de algún género grueso. Que se quiten por lo menos estas últimas, suban el encerado y que entre el sol. Quizá destiña la alfombra y los acojinados de los muebles; pero ¿qué valen éstos comparados con la vida y la salud de la familia? Mejor son las rosas en las mejillas de los niños y no en la alfombra, siempre que haya que elegir.

Trajecito para niña de ocho a diez años, en crespón, en voile o en tul; el «corsage» kimono con bordados al realce.

Trajecito para niño de dos a cuatro años, tela ligera, adornos en azul o rojo, cuello anudado sobre el pecho.

El sol es el mejor de todos los desinfectantes. Aun se dice que los gérmenes de la tuberculosis se destruyen si se exponen por tres minutos a los rayos directos del sol. El sol es enemigo natural de las enfermedades, y la abundancia de sol es el primer requisito para tener la familia en buena salud.

«Dios es luz»; en el cielo no hay noche. El sol siempre ha sido el símbolo de la vida, del gozo y de la pureza. Una casa con sol, felicidad y salud, es la mejor representación del cielo en la tierra.

Las habitaciones en donde no entran la luz y el aire, se humedecen; las camas y la ropa de noche absorben la humedad, y la atmósfera se envenena. La enfermedad y la muerte pronto hallan entrada a tales casas, y las madres de familia por orgullo e ignorancia hacen peligrar, sin intención, la salud de los seres amados.

EL NENE. Una criatura en la casa es un manantial de dicha; un mensajero de paz y amor; un lugar de descanso para la inocencia sobre la tierra; un préstamo que hay que devolver con intereses; una delicia, pero que requiere cuidados; dulce como la miel, pero no del todo sin amargura.

Pocas madres se dan cuenta de las magníficas oportunidades que se les presentan pudiendo dar a sus nenes las primeras impresiones que reciben. Sus sonrisas de dicha y su amor son los rayos de sol, y el calor que abren esos botoncitos de rosa. Desde el momento de su nacimiento, la influencia de la madre empieza a formar el carácter del niño.

Pocas veces se dan cuenta de la importancia que tiene una educación desde muy tierna edad. Casi todos los padres comienzan demasiado tarde. A menudo al nacer un niño parece que se hiciera cargo del hogar; es debido a esto principalmente que tantos niños crecen ingobernables. Sin embargo, cada madre descuidada e indulgente cree que corregirá y educará debidamente a su hijo cuando tenga uno o dos años; pero rara vez sucede así. El nene entra imperceptiblemente en la niñez y juventud y todas las oportunidades de la madre se pierden para siempre. Y en verdad que es muy difícil cumplir con los privilegios y deberes de esta naturaleza cuando han sido descuidados por uno o más años. Si bien la criatura es uno de los dones más dulces que Dios ha brindado a nuestro hogar, a menudo también se convierte en el peor tirano — en el gobernante más absoluto que un hogar puede tener. Este poder pocas veces se subyuga. Pero, por otra parte, una madre inteligente puede encaminar y educar a su hijo desde el momento que nace, y hacer de él, en gran medida, lo que quiere. La cuestión es saber si la madre dirigirá a su hijo con tacto e inteligencia, o si se volverá la sirvienta — más aún, la esclava — de su nene, con todos sus antojos e ideas infantiles.

LOS APELLIDOS Y SU ORIGEN



INFANTE. — Muy calificado y noble origen tiene este linaje, según escribe Mendoza en sus Minutas genealógicas, libro 11, página 571, donde se expresa que recibieron el título de *Infanzones*, y de uno de éstos, sin que el historiador consigne su nombre, descendió un bizarro capitán a quien procede del tiempo de los godos.

Aquel puñado de valientes y esforzados caballeros que acompañaron al infante don Pelayo en su arriesgada y heroica empresa, fueron los primeros que se atribuye como tronco y progenitor de esta casa y familia, cuya fama se enaltece y elogia llamándose *continuadores de sus reinos contra los moros.*

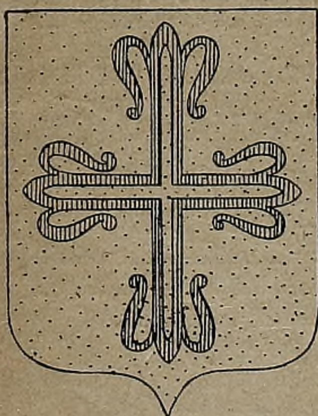
De entre sus repetidas proezas y luchas encarnizadas que sostenía con los infieles fué una, la de un famoso encuentro en el que se le presentaron a caballo algunos moros con los que sostuvo *a pie* heroica y larga refriega.

En recuerdo de tan señalado hecho de armas, según unos, o por el venerado que guardaba del citado infante don Pelayo, por cuyo rey obtuvieron sus ascendientes el noble dictado de infanzones, determinó hacerse llamar desde aquel momento *Infante*, nombre que tomó por apellido.

De cualquier suerte que fuera, en conmemoración de uno u otro suceso, asegura Mendoza que el origen de este linaje se remonta a aquella antigua fecha, y añade que los descendientes del famoso capitán fueron todos inmediatos y fieles servidores de los reyes, y uno de ellos, muy privado de don Fernando III el Santo, a quien acompañó en sus conquistas por Andalucía; señalándose en muchas conquistas de poblaciones, de donde fué poblador, fundando casas solariegas, a cuyos sucesores les fueron concedidos decorosos trofeos, señalados realces de famosos honores, y confiándoseles honoríficos cargos y dignidades preeminentes entre la nobleza.

Es familia que no se ha propagado excesivamente, pero los varones que a ella han pertenecido han sido y son en la actualidad tan ilustres como nobles y generosos.

El escudo de sus armas es cuartelado: el primero y cuarto de plata, con dos menguantes de azur, y el segundo y tercero de gules con dos águilas rapantes y volantes de plata.



FRANCO.—Como de todos los apellidos antiguos, de éste se han dado mil explicaciones diferentes acerca de su origen, siendo una de las más verosímiles la que supone que los Franco no forman una familia única, sino varias, descendientes de caballeros franceses, o «francos», que de su país iban a guerrear a otros. Como con frecuencia ocurría en la Edad Media, el nombre común de «franco», aplicado como calificativo a tal o cual individuo, pudo muy bien convertirse en apellido para sus descendientes. A probarlo así viene el hecho de existir familias de Franco, tanto en España como en Portugal y en Italia.

Las armas de este apellido que con más frecuencia hemos visto representadas, son de oro, con una cruz de Calatrava vacía.

INFORMACIÓN CINEMATOGRÁFICA

TODA LA CORRESPONDENCIA
a PBT Sección CINES
Av Julio A. Roca 531

ESTRELLITAS DEL FILM



Jane Lee, eminente actriz en miniatura, de la Fox Film.

NUEVAS PELÍCULAS

Las novedades que anuncia Max Glücksmann son: «El hijo pródigo» (Pathé), «Casamiento de amor» (Film Succés), «Problema de mujer» (Selsnick, por Clara Kimball Young), «Historia de un crimen» (Popular Film).

* El sábado se realizó en el Select la exhibición en privado de la nueva película Fox, titulada «La princesa andrajosa». Son cinco actos de comedia dramática, en la que luce sus aptitudes la simpática June Caprice.

* La Cinematográfica Sud Americana aumentará en la temporada próxima el número de sus marcas en exclusividad con las películas de la Jewel, nueva rama de la Universal Mfg. Co., y con las de la Super-Blue Bird, que promete selectas creaciones.

Es fácil que la exhibición de la primera película Jewel coincida con el estreno de «Veinte mil leguas de viaje submarino», cinta basada en la popular novela de Julio Verne.

Entre los últimos estrenos de la Cinematográfica figuran: «El hijo de la tribu» (Butterfly, protagonista Francis Ford, y «El hombre trampa» (Blue Bird). De la marca Universal anuncia «El príncipe solitario».

LA HIJA DE LOS DIOSES

Verdadera expectación había entre los profesionales por conocer la nueva película de la Fox «La hija de los dioses», que se exhibió privadamente en el Select el domingo 20 del actual.

Un argumento diluído, infantil, fantástico, heterogéneo, fatigoso, en fin, es el de esta película; y se hace notar más el defecto por su largo metraje, pues la proyección dura más de dos horas, que se harían interminables si no fuera por la suntuosidad con que dicha obra cinematográfica ha sido presentada, verdadero alarde de los elementos de que la Fox Film Corp dispone.

Para dar idea de lo que es la citada película, baste decir que tiene diez mil pies de largo, que hay una escena en que aparecen reunidas veinte mil personas, y que su costo excedió de un millón de dólares. La parte fotográfica y los panoramas son dignos de los prestigios de la Fox Film.

De los intérpretes, Annette Kellermann, la célebre nadadora, tiene oportunidades para lucir su arte, su agilidad y su belleza.

Por sus maravillosos efectos, «La hija de los dioses» es una película que merece verse y admirarse.

POR LOS CINES

Cine Callao. — Además de las novedades que indicamos en la sección correspondiente, la empresa de este elegante salón anuncia para el sábado 2 de febrero la primer cinta patrocinada por el gobierno británico, que lleva el título «Las batallas de Arras y Messines», a beneficio de la Cruz Roja inglesa.

Crystal Palace. — El viernes 8 se efectuará una velada especial a beneficio de los empleados de este lujoso salón. En el programa cinematográfico figura el estreno de las cintas «Los dos derechos», «La escuela y el amor» y «Luna de miel», y la reprise de «El vendedor de libros», por Jorge Walsh.

Prestarán su concurso artístico la tonadillera Perlita, el actor Leopoldo Simari, el ventrílocuo Guglielmi, la bailarina Rosarito Ortega y el parodista Tópico.

Cine General Mitre. — En la noche del viernes último se celebró un festival a beneficio de los empleados de dicho salón.

Además de un notable programa cinematográfico, prestarán su desinteresado concurso a la fiesta el primer actor Paco Andreu, las tonadilleras Isabel Carbó y Diana, la pareja de baile Darssoy-Lotito, el actor Di Paola y el parodista Rivier.

BIBLIOGRAFÍA

La ya popular revista «Cinema», ha publicado el número especial que había anunciado. Es una edición con numerosas páginas, selecto material literario e informaciones amplias de la cinematografía sudamericana. En estas últimas dedica preferente atención a nuestro país, insertando datos y notas muy interesantes.

Es el número especial de «Cinema» digno complemento de los que ha publicado durante el año 1917. Seguramente le valdrá de críticos y profesionales muy sinceros elogios.

* Se ha publicado el número 3 de «1918». Boletín anunciador de los estrenos que semanalmente presenta la Cinematografía Sud Americana.

SALONES BIÓGRAFOS

Cine Majestic Theatre (Lavalle 843). — Biógrafo.—Estrenos diarios. Atracciones.

Cinematógrafo Callao (Avenida Callao 27). — Espléndido salón. Notable orquesta. Proyección de las más notables primicias de la cinematografía nacional, norteamericana y europea. Día 30: «El hijo de la tribu (Butterfly, 30 partes, por Francis Ford). — 1.º Feb. «El poder» (drama, 30 partes).

Gran Cine Imperial (Cangallo 771). — Espléndido salón. Agradable temperatura. Estrenos de las mejores marcas mundiales. — Día: 29: «El secreto del bosque» (12.º episodio). — «Anales de la guerra número 15». — «La pequeña gran actriz». — La conquista del campo».

Cinematógrafo General Mitre (Bartolomé Mitre 1322). — Lujoso salón para familias. Estrenos diarios de las últimas películas de gran éxito, europeas y norteamericanas.

Crystal Palace (Corrientes 1550). — Día 29: «Bella donna» (Paramount). «La pesquisa». «Carlitos en las termas». — 30: «El corazón de Nora». — «La mujer desdeñada» (8.º episodio). — 31: «La dulce Catalina». — «Para los huérfanos». — 1.º febrero: «La mujer desdeñada» (9.º episodio). — «En letras de molde». — 2: «El hombre que no volverá». — «La intriga».—3: Gran estreno: «Chacales» (15 actos, 45 partes).

Cinematógrafo General Mitre (Bartolomé Mitre 1322). — Lujoso salón para familias. Estrenos diarios de las últimas películas de gran éxito, europeas y norteamericanas.

Cinema Eslava (Suipacha 686). — Estrenos diarios de las exclusividades cinematográficas de más éxito en Europa y Norte América.

Teatro Cine Soleil Palace (Corrientes 3150). — Películas Fox y Paramount. Estrenos diarios. Varietés.

Cine Moderno (Corrientes 976). — Panorama cinematográfico de las exclusividades de las grandes casas.

Teatro Cine Social (Montes de Oca 1643.—Martes y viernes funciones populares. — Sección vermouth 0.10. Noche 0.20. — Jueves: noches blancas con reparto de jazmines.

Cine San Carlos (Lanús). — Grandes novedades. Programa de la North American y Cinematografía Sud Americana.

CENTRE CATALÁ



Elementos que tomaron parte en la función en honor de los empleados subalternos del Centre Catalá, celebrada el 19 del corriente.

ASOCIACION ESTUDIANTES DE COMERCIO



Durante la velada de la Asociación de Estudiantes de Comercio, celebrada el sábado 19 en el salón del Centro de Almaceneros.

ENLACE



Señorita Gracia Harari y señor José Dovek, rodeados de sus relaciones en el Majestic Hotel, después de haber contraído enlace el 15 del corriente.



...como en botica

El tabaco y las matemáticas. — Los infinitos aficionados que ven amargado un inocente goce con las amenazas que a diario fulminan los higienistas escribiendo sesudos trabajos sobre los peligros de la nicotina (trabajos escritos muchas veces entre chupada, y chupada de una buena pipa), se alegrarán al saber que el fumar facilita los trabajos matemáticos.

Esto lo dice en el «Psychroldgical Bulletin» una persona de tanta autoridad científica como el profesor C. S. Berry, que ha realizado personalmente numerosas pruebas. Los trabajos de dicho profesor le obligaban a sumar muchas columnas de números todas las noches media hora después de cenar. Una noche sí y otra no, fumaba un cigarro inmediatamente antes de acometer la tarea aritmética, y al final notaba la rapidez y exactitud del trabajo, obteniendo al cabo de algún tiempo el resultado siguiente: en exactitud de las operaciones había muy poca diferencia, pero la velocidad era por término medio un 7'7 por 100 mayor en los días que fumaba.

¿Qué animal querría usted ser? — El director de la revista ilustrada inglesa «Pearson's Magazine», observando cierto día los graciosos e incesantes movimientos de una ardilla, acabó por pensar que no le sabría mal pasar un día o dos en el pellejo de aquel animalito, libre de trabajos y preocupaciones. Entonces le ocurrió la idea de que sería curioso saber si otras personas, a ser posible transformarse temporalmente en un animal, desearían también ser ardillas, o si preferían convertirse en cualquier otro ser, y al efecto hizo la pregunta que encabeza estas líneas a unos cuantos naturalistas, muy conocidos todos ellos por sus escritos sobre la vida de los irracionales.

Las contestaciones de los sabios, publicadas en uno de los últimos números de la citada revista, son de lo más curioso que pueda darse, pues cada uno expone las razones que le mueven a envidiar a este o aquel animal.

Sólo cuatro naturalistas desearían, de tener que convertirse en bestias, seguir siendo mamíferos. Uno de ellos, Mr. Wain, famoso por sus estudios sobre los gatos, ha escogido el elefante; otro prefiere el ciervo; hay un tercero que querría ser mono, y el cuarto se decide por el antílope springbok.

Luego hay otro que desearía poder convertirse en trucha, y otro, Mr. Wood, que de buena gana se transformaría en libélula. No se crea que los deseos de éste se fundan en aficiones modernistas, nada de eso; Mr. Wood envidia a las libélulas porque son insectos muy felices, dueños del agua mientras són larvas, y del aire en su estado perfecto. Lo único malo es que su vida es muy corta, pero en cambio debe ser divertidísima.

Hay un naturalista que desearía ser cuclillo; otro está dudoso entre el cernícalo y la mariposa, dos cosas diferentes, de veras, y hay, en fin, dos que querrían ser alondras, y otros dos para quienes sería una dicha convertirse en gorriones, por la sencilla razón de que son los pájaros más independientes y no tienen que temer más qué al gato.

La tradición de las brujas. — En el proceso manuscrito de Juana de Arco que existía en el último siglo en la Biblioteca de San Víctor, de París, se dice que se preguntó repetidas veces a aquella joven heroína si no había visto a las brujas, si no les había hablado y si no había concurrido a su frente y bajo su árbol, cerca de su aldea de Domrems, en Lorena. Se concebía comúnmente a las brujas, o como viejecillas disformes y horrorosas, o bien como mujeres hermosas, sabias en el arte de los encantos y de la adivinación. Los lemosines las llamaron «fadas», y los pueblos de la Marca «feas», y se suponía que habitaban en grutas y rocas. En las cercanías de Dorat, en la Baja Marca, hay muchas rocas blancas, llamadas por los del país «piedras blancas», y que se creía que eran la residencia de las brujas. En Berri, a alguna distancia de Lurai, hay una gruta que en un tiempo pasaba por habitación de aquéllas. Cerca de Sarbois se ve otra que se llamaba el «sótano de las brujas». En Perigord hay otra caverna llamada Cluzeau, que se suponía tuviese igual destino. Se creía que tenía cinco o seis leguas por bajo de tierra, y aun se aseguraba que corrían por ella hermosos arroyos, en medio de salas y aposentos empedrados de mosaicos, con altares y pinturas en diferentes sitios.

Las mismas tradiciones había en el Limossin, Angumois, Laintonge, Poitou y casi toda la Bretaña.



Lo que verán los franceses en 1918. Una calle del viejo París transformada en campo de cultivo.

El código de urbanidad más minucioso. — Seguramente, no se ha escrito jamás un tratado de las reglas de urbanidad tan completo y detallado como el «Ki-kí», uno de los libros sagrados de la China, en el que se contienen las llamadas «reglas del ceremonial» con una minuciosidad verdaderamente exagerada.

En este libro, el chino aprende cuándo debe llevar la túnica recogida o cuándo debe dejarla caer «como el agua que corre»; cuándo tiene que andar apoyando el tacón y cuándo debe avanzar como deslizándose por el suelo.

Lo más curioso del libro es la parte consagrada a los deberes para con los padres. Un hijo no debe jamás decir que éstos son viejos; si los ve con la cara sucia, tiene la obligación de rogarles que se laven, haciendo calentar agua que haya servido para limpiar arroz, y, si los oye decir que sienten algún dolor físico, les frotará respetuosamente en donde les duela.

También da el «Li-kí» una lista de las comidas propias para cada estación, y hasta recetas para hacer los distintos platos que en dicha lista figuran.

ELLA TAMBIEN



— Si cree usted que es la única que ha tenido aventuras, se equivoca. A mí también me han dicho cosas los hombres; hace veinte años me llamó uno: «paloma mensajera».

Los árboles y la electricidad. — En la avenida Louise, de Bruselas, se ha observado un fenómeno digno de mención: se ha construído un ferrocarril eléctrico en la referida calle, y pocos días después de estar en explotación la vía, se notó que las hojas de los árboles de un lado adquirían un tinte amarillento, cayéndose después y produciéndose inmediatamente un nuevo brote. Entretanto, los árboles del lado opuesto no sufrían alteración alguna; perdieron sus hojas, como las pierden todos los árboles, sin dar señales de nuevos brotes, ni es de presumir que tal ocurra hasta el tiempo en que la primavera haga brotar la nueva hoja.

La cal en la agricultura. — Conocida es de todos la utilidad de la cal en los campos, pero esta utilidad depende de cómo se use, pues está probado que la cal apagada no mejora ni aumenta las cosechas, mientras que la pulverizada da buenos rendimientos.

En la estación agrícola de Rhode Island (Estados Unidos) se han hecho experimentos abonando con cal la tierra en que se han plantado 280 variedades de flores, árboles, arbustos, forrajes, verduras y cereales de toda especie, dando excelentes resultados.

La cal neutraliza el exceso de ácidos del terreno y aumenta el calcio, alimento útil de la planta.

Entre las plantas más sensibles a la acidez del suelo se encuentran los espárragos, las remolachas, la cebada, la lechuga, la cebolla, el trébol, la espinaca, el tabaco, el puerro y el apio.

La electricidad contra las heridas. — El tratamiento eléctrico de las heridas va extendiéndose rápidamente, según dice el doctor Turrell en el periódico médico «Lancet». «Empleamos, dice, grandes almohadillas, corrientes fuertes y sesiones de la mayor duración posible. Entre los casos tratados por este medio figura el reumatismo subagudo y crónico, algunas neuritis, heridas sépticas e indolentes, articulaciones rígidas, etc. Cuando la limitación de movimientos de una articulación rígida es debida a bandas o adherencias fibrosas, es a veces muy útil la ionización; en estos casos el masaje y la manipulación deben aplicarse lo más pronto posible, después de la sesión eléctrica. La medicación inónica de las heridas extensas y de mal cariz con el ión clórico, quita rápidamente el olor y trae una cura rápida con cicatriz tersa y flexible y libre movimiento de los tejidos circundantes.

Las mujeres afeitadas. — Hay un barbero en Nueva York, que es una especialidad para afeitar señoras. Tiene un número muy regular de parroquianas, ninguna de las cuales es joven. El afortunado barbero se expresa así: Durante diez años he estado afeitando a una mujer tres veces cada semana. No permitía que le tocara sino con una navaja de lo más afilado.

Al verla, nadie diría que aquella mujer podría dejarse una barba que avergonzaría a la de muchos hombres. El color de esta señora es claro y su piel finísima.

☞ El corazón del hombre es un poco mayor que su mano cerrada.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

¡RESURGERE!

No desmayes. ¡Valor! No te amilanes;
piensa volver a ser lo que antes fuiste,
que si por un traspiés hoy sucumbiste,
no deben malograrse tus afanes.
Estás desalentado y estás triste;
te encuentras abatido... No desganes:
es menester que, con labor, allanes
la situación en que tu ser subsiste.
Con altivez levanta la mirada;
emprende, temerario, la jornada;
no vaciles un punto, ten paciencia;
filosofa, ten calma y heroísmo;
no busques amistades en tu abismo:
¡consulta solamente a tu conciencia!

J. M. Marchetti Tarrés.

UN BESO ES...

Un beso es la ilusión que se apetece,
algo divino que hasta el alma llega,
perfume que de dichas nos anega,
ritmo de amor que goza y que padece.
Llama que el corazón nos enardece,
murmullo que nos habla y que nos ruega,
la misma vida que en los labios juega
y que en lo excelso del amor se mece.
El beso es comunión de almas queridas,
es cáliz cuyo néctar nos embriaga,
es nota de dulzura y de pureza;
y es que al beso feliz están unidas
del amor la ilusión que nos halaga,
de la vida, su gloria y su grandeza.

Antonio Romera.

TUS CABELLOS

Largo pelo de vivos reflejos,
perfumado de esencia oriental,
que incitara en las ninfas los celos
por su gracia y su estilo imperial.
Y que tiene sahumado sus rizos
con la pura sagrada resina,
el olívano asiático fino
y la neta de tuya argelina.
Es del oro y castaño mezclado
su cambiante de tono ducal,
el color que ostentara realzado
Venus sacra ocupando el sitial.
Es hermano de aquella cascada
que Medusa paseara triunfante,
la que envidia a Minerva arrancara
y a Perseo arrastrara al emplante.
¡Oh cabello que adunes al todo
con tus bucles y onda y tupé,
la belleza del ángel que adoro
con las ansias de toda mi fe!

J. A. Codazzi Aguirre.

EL RELOJ

Con gravedad de juez yace colgado,
rimando su tic-tac hora tras hora,
ese tiempo que rápido devora
la mente del poeta fatigado.
En su rítmico golpe acompasado,
como el latir de un alma soñadora,
siente la vibración alentadora
que remonta a los sueños del pasado.
Y las agujas sin cesar corriendo
el hálito vital van substrayendo
presagiando el final de la carrera.
Mientras su blanca esfera numerada
recuerda al hombre la inscripción grabada
sobre la fría tumba que lo espera.

José A. Benegas.

NUESTRO AMOR

¡Recuerdas?... Fué una tarde que no olvido:
Tú me miraste tan ardientemente,
que en mi pecho sentí súbitamente
algo extraño, que nunca había sentido.
¡Fué la celeste flecha de Cupido
que entró en mi corazón profundamente!
Yo también en el tuyo, triunfalmente,
entré, y allí labré mi ansiado nido.
Y desde entonces tanto nos amamos,
que de todo nos fuimos olvidando
y al culto del amor nos consagramos.
Hacia la gloria vamos caminando,
y por las sendas plácidas que hollamos
una estela de amor vamos dejando...

A. Pérez.

EROTICAS

Tus ojos, tus negros ojos,
roban mis horas de calma
atravesando mi alma
como un huracán de antojos!...
Sueños azules y rojos
de un espíritu proteo,
tras ritmo co parpadeo,
sobre tu pupilas juega,
mar inmenso en que navega
la nave de mi deseo.
Tus labios, tus rojos labios
— roja herida, roja flor, —
en las aulas del amor
hablan por los siete sabios!...
Hay en ellos los resabios
de una leyenda de moros...
labios que guardan los coros
de las ansias y del ruego.
¡Dadme las puntas de fuego
de tus ósculos sonoros!
Bella, enigmática y muda
como una página antigua,
juega tu mirada ambigua
con el Misterio y la Duda.
Y si tu labio desnuda
tus joyeles de Fantina,
sobre tu faz mascarina
cruza en misteriosa onda:
la sonrisa de Gioconda
y un sueño de Mesalina!
Toda tu alma de mujer
tus ojeras agigantan
— arco iris donde cantan
los colores del placer. —
Yo no sé qué hay en tu ser,
de fuente, abismo y volcán,
pero en mi lírico afán
desborda mi estro y eleva:
¡tus tentaciones de Eva
mis vencimientos de Adán!
Como un extraño dualismo
con mágica omnipotencia,
rompe en ti la eflorescencia
de la carne y del lirismo!...
Hay un raudal de helenismo
en tu conjunción astral
para el artista genial
que sueñe con el laurel
y te robe a su cincel
para un poema inmortal!
¡Gema romántica de
mis vergeles de poeta...
espíritu de Julieta
en las formas de Friné!
Como fanática fe
me quema tu centelleo,
cuando equívoco Romeo
me alucinan los antojos
que en la noche de tus ojos
pinta el alba del deseo!
. . . .
¡Oh, flor del Bien y del Mal,
me aprisionas en tu broche,
relámpago de la noche
de mi espíritu abismal!
Por el círculo auroral
de tus lujurias en flor,
se eterniza mi clamor
de amoroso Prometeo,
encadenado trofeo
de tus vencidos de amor!

V. Garbino.

DISIMULO

Entrabas al «cabaret»
como una reina ataviada,
mas tu mirar denunciaba
de tristeza un no se qué.
Quizá un no correspondido
amor te arrastró hasta allí,
queriendo olvidar así
esta «gaffe» de Cupido.
Y ya en el baile sensual
y del tango en los revuelos,
tus ojos eran anzuelos
de un aparejo infernal.
Bailabas con gran «entrain»,
y, por olvidar tu pena,
de champagne la copa llena
tenías como un rehén.
. . . .
Y saliste pensativa
y triste, como al entrar...
queriendo disimular
una lágrima furtiva.

Héctor G. Peña.

EL IDEAL

Dulcísima nostalgia de una noche,
de una noche estival,
en que vaga mi alma adormecida
buscando su ideal.

Nostalgia que acrecienta con las horas,
su tristísimo andar,
sin poder encontrar en la penumbra
la causa de su mal.

¡Hallaré en la radiante luz del día
o en la noche estival,
la dicha que he esperado tanto tiempo
con ansia sin igual?

¡Vendrá con los fulgores de una tarde
sin ser crepuscular?
¡O será en el crepúsculo que embriaga
o en la noche estival?...

María Josefina Rodríguez.

VESPERTINA

Un rosario en las faldas de las lomas
forman las pobres casas de la villa,
y de la torre azul de la capilla
surge un blanco teclado de palomas.

En el camino vierten las aromas
de las acacias que verdean la orilla
su suave y grata emanación sencilla
como un perfume de maduras pomas.

Eolo, látigo en mano, va corriendo
a las nubes, que rápidas huyendo
cruzan a Febo ensombreciendo el prado...

Y mientras el crepúsculo se muestra,
el cielo da la sensación siniestra
de ser un poncho inmenso ensangrentado.

José S. Caffarena.

CANCIONERO POPULAR

I

Andas diciendo, orgullosa,
que te quiero y no me quieres,
y tus ojos, entretanto,
llorando dicen que mientes.

II

El concepto en que te tuve
y el concepto en que me tienes
«han sido iguales», mas ahora
«son bastante diferentes».

III

Huyes de las gentes serias
y entre los chicos te metes;
¡no sabes al que se acuesta
con rorros qué le sucede?

IV

Me tachaste de misántropo
prefiriendo a un mozo alegre,
y hoy eres tú la aburrida
porque aquél todas las quiere.

V

El amor que te he tenido
vale más que tú mil veces,
y es que no pensé que tú
de amor ¡qué diablos entiendes!

VI

Otras veces te quitabas
de la reja por no verme,
y hoy me pisas los zancajos
a sol y a sombra: ¡qué quieres?

VII

No seas tonta, si erraste,
no te des por las paredes;
porque hay cosas en la vida
que ni Cristo las entiende.

Hilario Martínez.

IMPORTANCIA DE LOS PÁJAROS EN LA AGRICULTURA

La existencia de los pájaros, especialmente la de los pájaros silvestres con los que está familiarizado todo muchacho de aldea, tales como el cuervo negro, la alondra de los prados, el mirlo y otros pájaros cantores, es de más valor anualmente para los habitantes de los Estados Unidos que el mayor sistema ferrocarrilero del país. La anterior aserción parece ser exagerada; sin embargo, está lejos de expresar toda la realidad de los hechos.

La Secretaría de Agricultura del gobierno de los Estados Unidos ha llevado cuenta de los pájaros, de lo que comen todos los días del año y de sus hábitos, a tal punto que ahora sus vidas son como un libro abierto. Esta obra, hecha por la Inspección Biológica, ha puesto de manifiesto muchas cosas sorprendentes, además de la historia natural, pues ha sido tan completa y cuidadosamente hecha, que no solamente se han formado cuadros tabulares exactos de las listas de alimentos de cada pájaro, durante todo el año, sino que se conoce tan aproximadamente la cantidad media de clase de alimento, que puede computarse en dólares y centavos lo que cuesta la vida de cada pájaro a la nación.

La Inspección Biológica, sin embargo, fué la que hizo llegar estos datos a una exactitud científica, pues puso a centenares de observadores sobre el terreno, estableciendo así un sistema de espionaje que comprendió simultáneamente a todos los estados de la Unión. Además de esto, puso en obra a observadores científicos expertos y a investigadores de laboratorio, cuya especialidad es el estudio de las sabandijas, buenas, malas e indiferentes. Una vez organizado este sistema, los investigadores de los laboratorios empezaron a examinar los buches de los pájaros enviados por los cazadores de todas partes del país.

Inmediatamente empezaron a aparecer hechos interesantes; se encontraron ciertos insectos (enteros y en fragmentos) en los buches de los pájaros; otros insectos se encontraron solamente en los buches de algunos pájaros. Hubo buches que contenían solamente semillas de cizañas de cierta clase determinada; otros contenían una gran mezcla de semillas de varios yerbajos, y otros aun contenían a la vez semillas y sabandijas.

El hecho más extraño que puso de manifiesto ese trabajo fué que los petirrojos y algunos otros pájaros, a quienes por mucho tiempo se había acusado de alimentarse de frutas y ser por lo tanto nocivos a la humanidad, fueron absolutamente absueltos de esta acusación, que su dieta es casi exclusivamente de insectos y una que otra cereza de cuando en cuando. Cada petirrojo tiene derecho a las pocas cerezas que se come, pues sin él no habría cerezas para nadie, porque extermina a los insectos que destruyen a las cerezas, y mientras está en el cerezo come más insectos que frutos.

Muchos otros pájaros a quienes se suponía dañinos resultaron ser tan inofensivos como el petirrojo, y esto está ahora científicamente demostrado.

La codorniz común, que se caza por deporte en todo el país, vale cada año considerablemente más que su propio peso en oro puro, pues destruye insectos dañinos (tales como el insecto destructor de las patatas, la chiche del campo y otros), en número suficiente para representar el valor de su propio peso en oro, dado el valor de las cosechas protegidas. Recuérdese que cada codorniz vale todo eso considerando únicamente las sabandijas que destruye, sin tener en cuenta las cizañas que extermina además. El labrador que cuenta con una parvada de codornices en su terreno, debería protegerla, pues al hacerlo así se ahorra dinero para sí mismo y salva la cosecha, que es para todos.

Si no fuera por la golondrina común de cola bifurcada no se podría levantar una cosecha de algodón en los Estados Unidos, simplemente porque en sus migraciones se alimenta en la zona algodonera del gorgojo de los copos de algodón, comiéndoselo en estado de polilla o huevo, así es que ataca al gorgojo cuando está más débil.

No hay ni un solo pájaro silvestre (sin exceptuar los alcones ni los buhos, cuyo inmediato exterminio han procurado todos durante mucho tiempo), que no sea de gran valor para el hombre, y todos los hombres, mujeres y niños deberían proteger a los pájaros, pues su presencia significa un enorme aumento en las cosechas de que todos participamos.

MUY IMPORTANTE

Rogamos al público exija a repórteres, fotógrafos y a cuantos se les presenten invocando la representación de P B T, la presentación del carnet de identidad, con fecha del mes de agosto último.

De ese modo, evitarán ser sorprendidos en su buena fe, por personas extrañas que, amparándose del nombre de nuestra revista, cometen abusos que agradeceremos sean denunciados a las autoridades.

LA ADMINISTRACION.

PÁGINAS INFANTILES

ARACNE (LAS ARAÑAS)



En los días primaverales, durante nuestros paseos a través de los caminos tupidos de fragantes flores, junto a los cercos o en medio de bonitos jardines, ¿no os han encantado esas telas primorosas de hebras delgaditas que adornan los setos, brillando con deslumbrantes puntitos de plata, después de un aguacero, al ser acariciadas por el radiante sol? Cada hebra se siembra con gotitas de agua y, cuando Febo las alcanza, brillan como diamantes, irradiando con los colores del arco iris. ¿Quiénes son las obreras de tales maravillas? Las arañas.

El ingenio de los griegos hace descender esos animalitos de una joven hermosísima, de dorados cabellos, a quien la Envidia convirtió en araña. Cuentan que nació en Lidia la graciosa niña y la llamaron Aracne. Valiéndose de sedas y hebras de brillante oro se entretenía tejiendo telas admirables, causando la admiración de todos los industriosos. Comenzó una obra de malla, donde puso de relieve los dioses griegos y sus transformaciones en cisnes, águilas, serpientes, halcones, leones, etc. Guarneció el cuadro con flores hermosísimas, entretejidas con hojitas de vistosa hiedra. ¿Podía encontrarse algo más hermoso? Aracne misma se sintió orgullosa de su tela. Las tejedoras helénicas miraron con envidia a la ambiciosa joven, y su maestra Minerva arrebató el cuadro, rompiéndolo con violencia. Tal fué el enojo, que hirió en la frente a la preciosa Aracne con su lanzadera.

La bonita hilandera sufrió tanto, que no quiso vivir entre envidiosos y se echó con presteza un lazo al cuello para morir. Minerva la suspendió y la fué levantando, diciéndole: «No mueras, maliciosa, mas quédate colgada. Tus herederos están sentenciados, correrán tu misma suerte».

Dicho esto, la envidiosa Minerva la roció con un zumo encantado, y de la cabeza de la rubia Aracne desprendióse la dorada cabellera que irradiaba como el sol.

La cabeza se empequeñeció y el cuerpo se redondeó. Las piernas y los brazos se convirtieron en ocho patitas de sutil delicadeza y se sujetaron a los lados del cuerpo. ¡Pobrecita Aracne! Quedóse convertida en Araña. Aun asimismo sacó de su cuerpo una materia viscosa, que convirtió en hebras delgaditas, y con ellas se entretuvo tejiendo telitas con sorprendente habilidad. Sus hijitos fueron arañitas, y de ellos provienen las que pueblan el mundo, que alcanzan a mil especies diferentes.

Algunas tejen mallas enormes, otras en forma de espirales, y las más perezosas se contentan con extender una hebra o desplegarla a través de los caminos.

Como en el caso de las abejas, es la señora Araña la que fabrica la tela, mientras el señor se acomoda sobre una hoja y observa la operación. Estos animalitos conocen los cambios de temperatura y construyen su tela conforme al buen o al mal tiempo.

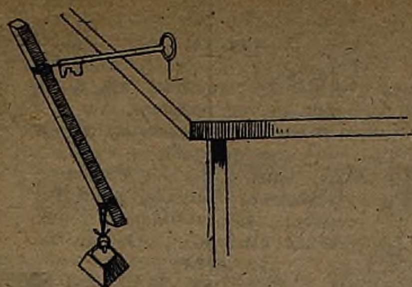
En caso de que al viento se le ocurra soplar con fuerza, la araña trabaja con más empeño y coloca más travesaños en la rueda, que teje entre las ramas; pero, cuando sólo se siente la caricia de una brisa muy suave, la araña teje ligeramente su rueda, sin mayor cuidado. Siempre se detiene en la hebrita que limita la espiral, y luego sigue tejiendo hasta llegar al centro, donde deja un espacio. Ahí espera pacientemente a las moscas incautas que caen en sus redes. Las que viven los bosques son más perezosas; despiden un hilito delicado y lo dejan flotar en el aire, hasta que una ráfaga lo lleva a una rama próxima, donde sólo se sujeta. Mientras tanto, las arañitas descansan sobre las hojas, y de vez en cuando dan un tirón al cordoncito para saber si ya encontró colocación sobre alguna rama vecina. Estas hebras son de dos o tres metros de largo, y no es extraño ver a las arañitas corriendo como acróbatas de acá para allá sobre la delicada telita. Con esa hebra casi invisible atrapan los insectos que se pasean entre la hierba o que vuelan desprevenidos, disfrutando de la luz y calor del sol. Una vez que los atrapan, tiran la hebrita y aseguran la presa con una destreza maravillosa.

Y ustedes, lectores, pongan atención al cruzar el camino de la vida; si no es recto, quedarán presos como los insectos en alguna red, más peligrosa que la de las arañas.

MARÍA LEONOR SMITH.

PROBIDAD Y ENERGÍA. El hombre honrado es naturalmente enemigo del fraude, el hombre sincero de la mentira, el hombre justo siente horror hacia la opresión, el hombre puro al vicio y a la iniquidad. Tienen, pues, que luchar contra todos esos obstáculos para tratar de vencerlos. Son estos hombres los que de siglo en siglo representan la fuerza moral del mundo. Inspirados por su caridad y apoyados por su valor, han sido siempre el centro y el apoyo de toda renovación social y de todo progreso. Sin su continuo antagonismo contra el mal, el mundo estaría casi completamente dominado por el egoísmo y el vicio. Los grandes reformadores y los mártires, enemigos combatientes de la mentira y de las malas acciones. Los apóstoles mismos constituían un bando de antagonismos, social, y lu-

FISICA RECREATIVA
UNA LLAVE SOBRE UN ALFILER



Se toma una llave de tamaño ordinario, y en el agujero de junto a las guardas se introduce un clavo doblado por la mitad. En la parte que queda libre de este clavo se adapta, por medio de un bramante bien apretado, una regla de madera, en cuya parte inferior se habrá suspendido una pesa de 50 a 100 gramos.

Hecho esto, se clava un alfiler de cabeza gorda en el borde de una mesa, y se coloca sobre él la llave, sin quitarle ninguno de los objetos mencionados, que serán los que la sostengan, tal como se indica bien claramente en la figura que ilustra este juego.

chaban contra el orgullo, el egoísmo, la superstición y la irreligión.

Los hombres fuertes y valientes son los que dirigen y gobiernan el mundo. Los débiles y los tímidos no dejan ninguna huella tras de sí; en tanto que la vida de un solo hombre recto y enérgico es como un recuerdo de luz. Se recuerda su ejemplo y se le sigue; y sus pensamientos, su espíritu, su valor, prosiguen inspirando a las generaciones que le suceden.

La energía, cuyo elemento central es la voluntad, produce en todos los siglos los milagros del entusiasmo. Es en todas partes la fuente de lo que se denomina fuerza de carácter y el apoyo de todas las grandes acciones. En una causa justa, el hombre determinado se apoya sobre su valor como sobre una roca de granito; y, a semejanza de David, irá en busca de Goliat, con el corazón firme, aun cuando un ejército estuviera armado contra él.

Se han visto hombres que han triunfado de las dificultades por el solo sentimiento de su poder. Su confianza en sí mismos atrae la de los otros. Un día que César estaba en el mar estalló una tempestad, y el capitán de la barca se dejó abatir por el miedo. «¿Qué temes? — le dijo el grande hombre. — ¡Tu barca lleva a César!» El valor del hombre intrépido es contagioso y arrastra a los demás. Su naturaleza enérgica impone el silencio a los más débiles o les inspira su propia voluntad y sus propósitos.

La energía del temperamento acompañada de una medida moderada de sabiduría puede llevar a un hombre muy lejos, y sin ella, fuere cual fuese el grado de inteligencia que tuviere, no fracasará siempre. La energía da al hombre la habilidad práctica.

Ved ahí por qué se ha visto a personas relativamente mediocres llegar a obtener resultados tan extraordinarios. Porque aquellos que han ejercido en el mundo grande influencia, eran menos hombres de genio que hombres de convicciones profundas, grandes trabajadores, impelidos por una energía irresistible y una resolución que nada podía vencer.

El valor, acompañado de la energía y la perseverancia, triunfa de las dificultades que parecen insuperables.

LOS ENMASCARADOS. Tres jóvenes estudiantes amigos: Andrés, Luciano y Adolfo, se pusieron de acuerdo para salir disfrazados el martes de Carnaval. Andrés, después de buscar unos cuantos disfraces, encontró uno de Enrique IV, que le venía muy bien a su fisonomía. Después de unos cuantos ensayos, y ayudado por un peluquero hábil, logró tomar toda la apariencia del antiguo y heroico rey francés.

Cada cual contaba diez y siete o diez y ocho años.

Luciano, por su parte, se probó varios trajes, y acabó por elegir uno de Napoleón III; el traje y un par de soberbios bigotes bien pegados con goma, lo transformaron en un gallardo emperador. Estudió algunos gestos y algunos ademanes convenientes al personaje que encarnaba, y quedó preparado para la fiesta.

Adolfo, nó encontrando a mano ningún otro disfraz, tuvo que contentarse con un antiguo traje de duque de Guisa. Pero, aunque al principio no estaba muy a gusto, acabó por contentarse, pues la ropa le quedó como si hubiese sido hecha de medida para él.

Una vez que los tres amigos se encontraron listos, emprendieron el paseo y fueron a juntarse con la multitud de muchachos, que bajo diferentes disfraces con los más pintorescos aspectos se paseaban por las calles de la capital.

Entretanto, tres rateros acordaron esperar el regreso de los muchachos para asaltarlos y quitarles el dinero que llevaban. A fin de que el golpe resultara mejor y que sus víctimas no pudieran reconocerlos, se disfrazaron también y, ocultos en algunos rincones obscuros de la calle, esperaron el regreso de los alegres estudiantes. El primero en pasar fué Enrique IV. Cansado con el paseo del día, caminaba lentamente hacia su domicilio. Su barba gris sobresalía de su capa color hoja seca.

De improviso vió surgir delante de sí una figura con gesto amenazador. Vió brillar la aguda hoja de un puñal y una voz sorda le dijo:

— ¡Alto ahí! Soy Ravaillac.

Bajo su barba gris, Andrés tembló de pies a cabeza, recordando que Ravaillac había sido el famoso asesino del rey Enrique IV. Comprendiendo lo que aquella intimación significaba, repuso:

— Tomad todo lo que tengo.

Y puso en mano del ratero veinte pesos, que eran todo su capital. Después el malhechor se alejó y le permitió continuar su camino. Luciano, bajo su traje de Napoleón III y envuelto en un amplio capote militar, a la vuelta de una esquina fué detenido por un individuo, con trazas de italiano, que con una bomba en la mano, le dijo:

— ¡Yo soy Orsini!

— ¡Caramba! — exclamó el joven; y también recordó que un tal Orsini había sido autor de un atentado contra Napoleón III.

Inmediatamente comprendió de lo que se trataba. Metió la mano al bolsillo, entregó su dinero y escapó rápidamente.

Momentos más tarde, el duque de Guisa era abordado por un extraño sujeto, armado de una pistola.

— Yo soy Poltrot de Méré — dijo. Poltrot fué el autor de otro atentado contra el duque en 1563.

Felizmente para él, Adolfo no sabía ni una palabra de la historia del duque de Guisa. De manera que aquel nombre de Poltrot no le dijo nada, no le dió a entender nada.

— Muy bien, pues, señor — repuso con la mayor tranquilidad; — me alegro mucho de conocerlo, me alegro mucho. Yo siento profunda estimación por todos los jóvenes que han salido a pasear en esta fiesta. Si usted gusta, lo puedo invitar a casa. Mi tío el coronel se alegraría de conocerlo.

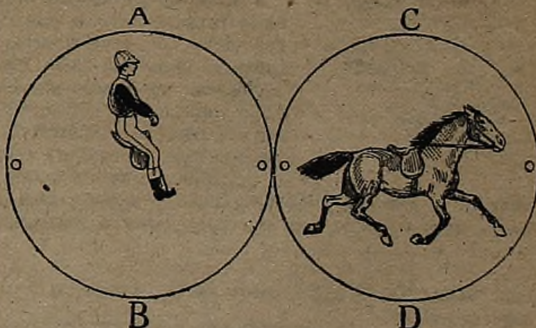
El agresor, al oir aquello y al ver la calma del muchacho, creó que tendría que habérselas con algún señor de pelo en pecho, y escapó antes que lo prendieran.

Y en este caso, le fué muy útil a Adolfo no saber historia; pero esto no quiere decir que la historia deba despreciarse; al contrario, no hay nada más feo ni más triste que la ignorancia.

ILUSION OPTICA
EL TAUMATROPIO

Este sencillo juego produce una ilusión óptica muy divertida. He aquí cómo se construye. (Véase, como modelos, las figuras primera y segunda).

Se pegan dos figuras sobre un cartón; después se recortan unas circunferencias formando dos medallones de igual diámetro, que se pegan en seguida por el reverso, pero cabeza abajo, de modo que la parte D de la figura primera corresponde a la parte A de la segunda, como las dos efigies de una moneda.



En cada lado del cartón, en los sitios del dibujo en que están marcados dos puntos, se ata un cabo de hilo.

Para poner en funciones el teumatropio, se toma en cada mano uno de los hilos, entre el pulgar y el índice, y se les hace dar vueltas en el mismo sentido, frotando los dedos uno contra otro. La rapidez del movimiento, comunicado al cartón, confundirá tan bien las dos imágenes, que el caballero parecerá montado. Si se ata el hilo un poco más alto o más bajo que el sitio marcado, el caballero no estará ya en la silla y parecerá que voltea y que cae, lo que hace el efecto más cómico.

UTIL Y CURIOSO

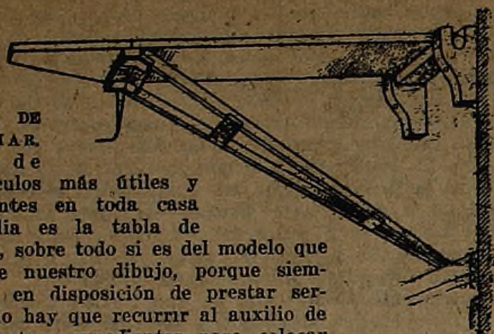


Tabla de planchar. — Uno de los artículos más útiles y convenientes en toda casa de familia es la tabla de planchar, sobre todo si es del modelo que reproduce nuestro dibujo, porque siempre está en disposición de prestar servicio y no hay que recurrir al auxilio de sillas u otros expedientes para colocar la susodicha tabla. Esta está sujeta en la pared, como indica el dibujo, y tiene en el reverso un sostén montado sobre bisagras, que permite poner la tabla en posición para trabajar fácilmente. Creemos innecesario dar detalles de la construcción, porque el grabado basta y sobra para guiarse.

*

Para la puerta del armario. — Evidentemente, las cosas inanimadas tienen también sus manías. ¿No se ha fijado nunca el lector en la manía que tienen todas las puertas de armarios, aparadores y librerías, de cerrarse solas cuando se querría tenerlas abiertas? Es, sin embargo, una manía muy fácil de remediar. No hay más que poner en el interior del armario, sobre una de las tablas, un par de hembrillas, y pasar por ellas un alambre grueso doblado en dos ángulos rectos, como indica el grabado. Cuando se va a cerrar el mueble, se da la vuelta al alambre hasta colocarlo en la posición que indican las líneas de puntos, con lo que no estorba para nada, y al abrir la puerta, se saca fuera y se pone en la forma aquí indicada, impidiendo que la hoja gire por sí sola.



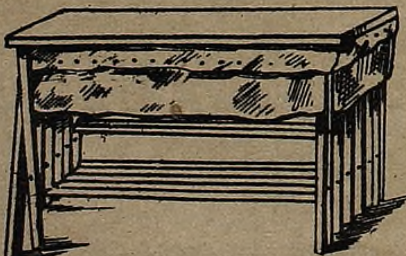
*

Un soporte económico. — Se entiende económico para el que tenga un gramófono. Pero, ¿qué familia acomodada habrá hoy que no cuente con uno de estos aparatos, o con algún pariente que lo posea?

Cuando el que en tal caso se halle tenga cuatro o cinco discos viejos, no debe tirarlos por inútiles, sino que debe atravesarlos en un bastón de hierro o de madera y ponerles un pie, con lo que se encontrará con un precioso soporte de tocador o despacho, muy adecuado para poner en él frascos, pitilleras, libros o cualesquiera otros objetos de poco volumen que convenga tener a mano.

*

Cama plegable. — En estos países donde la carestía de los alquileres obliga a aprovechar el espacio, resulta muy útil el mueble que reproducimos. Se trata de un banquillo que en pocos minutos se hace extensible convirtiéndose en mullida cama con su correspondiente somier.





Anagrama

Dolizans es judía

Famoso explorador.

Homónimos

Ciudad.
Fruta.
En la guerra

Ciudad.
Fruta.
Instrumento.

En geografía.
Militar.
En marina.

En geografía.
Mueble.
Establecimiento.

Cualidad

MASCULINOSO

Criptografía

—— —— —— —— —— ——

Cada línea representa una palabra, y, para formar éstas, hay que descomponer por sílabas las siguientes y reconstruir una frase:

BUELO — JORNE — MELO — ESE — MIDE — NOGO.

SOLUCIONES A LOS ENTRETENIMIENTOS DEL N.° 687.

A la Charada dialogada:

MARMARA.

Al Acróstico:

JACK
EL ACADEMICO
SAFO
FROMONT Y RISLER
TARTARIN DE TARASCON
TREINTA AÑOS DE PARIS
PORT TARASCON.
LA CAPILLA DEL PERDON
NUMA ROUMESTAN
POQUITA COSA
CUENTOS DEL LUNES
ROBERTO HELMONT
CARTAS DE MI MOLINO

A las Preguntitas:

1.ª, 9 9 a — 2.ª, Que esté vacío. — 3.ª Conejo. — 4.ª, XII

A Imperativo logogrifo:

SALIOS
123456

Solucionistas

Manuel Ariza, Juan Balaguer, Antonio Costa, La Ñata, Víctor Mollica, José Chaves, Pablo Boroni, Anita Dell'Isola, Mario Ruiz, Inés C. de Laborde, Ricardo Bonani, Ernesto Tapia, Carlos Goñi, Valentín Baibiene, Cándido Jofre, Clemente Lazo, Raúl Villabrille, Pedro González, etc., etc.

TEATROS DE LA COMEDIA, MAYO, AVENIDA Y BUENOS AIRES.

Por acuerdo de las empresas de estos teatros, obsequiaremos con un palco sin entradas a los primeros 224 lectores de P B T que reconstituyan la frase:

Tal para cual,

con palabras tomadas de los avisos de este número, indicando la página en que cada palabra aparece, o solucionen acertadamente cualquiera de los entretenimientos contenidos en esta página.

Para optar al premio de los palcos, es necesario acompañar esta hoja entera con la nota de las soluciones y remitirla antes del 2 de febrero; también debe unirse una estampilla de cinco centavos para el envío del vale por correo.

Los sobres deben venir dirigidos al señor "Redactor encargado de la sección Entretenimientos".

Los vales de palco sirven para una función durante la temporada.

LAS ELECCIONES HACE DOS MIL AÑOS

En vísperas de unas elecciones consulares que iban a verificarse en Roma, el año 64 antes de Jesucristo, Marco Tulio Cicerón, candidato, recibía una carta de su hermano mayor Quinto, de la que daremos algunos párrafos para que veamos que, a pesar de haber pasado veinte siglos, la farsa de las elecciones es la misma.



Un candidato con la «toga cándida».

«Tienes que vencer — le decía — la oposición de la nobleza, fuerte y orgullosa; has de contender con la envidia y el engaño... Los parientes, los amigos, los conocidos y vecinos todos te ayudaremos. Hay que asegurarse la amistad de la gente alta, la familiaridad con los nobles, la intimidad de los que tienen intereses con nosotros, procurarse su gracia y favores, hacerse acompañar en público, que le vean a uno en compañía de gente de valía, pasear por lugares frecuentados, acudir a las tertulias de sociedad, conocer los secretos de las antecámaras y las palancas que mueven la voluntad del público, intimidar y tratar a los manejadores de la opinión que saben meter en el cerebro del pueblo lo que conviene al candidato. En todo esto está el arte de vencer. No te impacientes por hacer declaraciones políticas explícitas ni al pueblo ni al Senado; deja que te juzguen por ti; procurando que los de arriba te crean un ferviente conservador, el comercio, un hombre amigo de la paz que no vaya a molestar sus intereses y el pueblo un decidido demócrata. La palabra y el gesto del candidato han de amoldarse y adaptarse a la calidad y el sentimiento de los electores. Buenas palabras, esperanzas, promesas a todo pasto, que el prometer nada cuesta y negando se arriesga mucho; para esto siempre hay tiempo. En una palabra, agradar a todos, no disgustar a nadie». El sistema de votar habrá cambiado, pero la psicología electoral es la misma.



Moneda de Lucio Casto Longinos representando un ciudadano que deposita su voto en la urna.

En la Roma antigua, como en nuestras modernas elecciones, el número de intermediarios era grande.

Las damas romanas tomaban parte activa públicamente como agentes y firmaban manifiestos recomendando candidatos, como lo hacían Statia y Petronia, recomendando a Caselio y a Albucio.

HOLCONIVM·PRISCVM
VERECVNDISSIMVM·D·R·P·AED·O·V·F·DIGNISSI
MVM

Manifiesto electoral de la antigua Roma.

«M. Casellium et R. Albucium-Stalia et Petronia Rog. — Tales cives in Colonia in Perpetuo». Así decía a la entrada de una casa de Pompeya.

Una ley contra los embrollos electorales de aquella época prohibía que se mezclaran los asuntos religiosos y de cultos con las elecciones, de lo que se abusó mucho en el segundo siglo de la república, pues no se excluía a las divinidades de la propaganda electoral.

«Ita vobis Venus Pompeiana, sacra sancta propitia sit».

La figura de Venus aparece dibujada en el manifiesto.

Estos no se parecían a los actuales, sino eran cortos y concisos y se escribían en las paredes con cal o minio, pero eran ricos en adjetivos y elogios.

«Hic aerarium conservabit», decía uno, y abundaban las palabras de digno, honrado, merecedor de todo bien, modesto, bondadoso y los superlativos integérrimo, dignísimo, probísimo, óptimo. Las mismas virtudes que los candidatos actuales. El reclamo electoral era una verdadera industria.

En vísperas de elecciones en Roma todo era movimiento en el Foro, en la calle, en los templos, en las casas.

Al amanecer del día de la lucha, el candidato empezaba a trabajar. Se cubría el cuello y la cabeza de blanquísimo polvo y no se ponía la túnica sino solamente la toga, cándida, por lo que se les llamaba candidatos. Así, sencillamente vestido, se echaba a la calle para hablar a las masas, con el pecho descubierto enseñando las heridas que había recibido en el campo de batalla.

Una fuerte vanguardia pagada le precede aclamándole y le rodean los parientes y amigos que vociferan pregonando sus virtudes.

El pueblo le abrazaba y le daba la mano. Un patricio candidato, a quien le había hecho mal efecto la callosa mano de un labriego, lo manifestó en alta voz. Pronto los enemigos hicieron correr la especie y el noble fué derrotado en la elección.

Los llamados nomenclatores iban recitando en alta voz la vida y hazañas del candidato.

Así recorría el Foro, los pórticos más frecuentados, las basílicas donde se reunían senadores y caballeros.

Esto era lo legal, pero casi todos los candidatos compraban el voto; como sucede entre nosotros, y como entre nosotros una buena parte del dinero del candidato desaparecía antes de llegar a las manos de los electores, que votaban en sus colegios por centurias que en aquella época eran 193, y en las votaciones, como en el escrutinio, hábiles agentes electorales procuraban por todos los medios sacar al candidato que más daba.

El Estado tenía agentes llamados distribuidores, que el día de la elección distribuían los grupos de electores en sus respectivas centurias, y al mismo tiempo recomendaban al candidato, recomendación tanto mayor cuanto más grande era la cantidad de dinero que daba.

Los candidatos depositaban el dinero en casa de los banqueros, y éstos entregaban a los electores al siguiente día de la votación la suma que había depositado el candidato elegido.

Varias leyes se promulgaron para evitar estos abusos, pero las leyes no se cumplían o se hacía la vista gorda, como se hace al cabo de 2.000 años.



Moneda de Licinio Nerva, representando los dos momentos de la votación.

Al amanecer del día de las elecciones se ve flamear un estandarte rojo en el Janículo, y una gran muchedumbre se dirige al Campo de Marte, donde se verificarán los comicios y donde resuenan las trompas marciales.

Los distribuidores agrupan a los electores en sus respectivas centurias, cada una cercada por una empalizada a la que se entraba por una puerta llamada ovile o redil, nombre que no honraba mucho a los electores.

A la hora segunda, las cinco y media, llegaba el presidente de los comicios con el cortejo de cónsules, ataviados con manto rojo adornado de rica franja de oro.

Algunos esclavos llevan a los cónsules en hombros precedidos por doce lictores con las haces y la segur. Al entrar en el Campo de Marte inclinan las haces saludando a la asamblea. Los esclavos colocan la silla curul sobre una tribuna. El presidente se sentaba en ella, y después de declarados los sacrificios leía la autorización para proceder a los comicios, arengaba al pueblo y repetía en alta voz los nombres de los candidatos. Allí hay una urna de la que se saca una de las 193 cédulas correspondientes a las centurias. El número extraído es el de la Centuria prerrogativa, que adquiere así el derecho de votar primero.

La votación principiaba, el ovile se abría y los electores, provistos de una tablilla en la que ponían la inicial del candidato, echaban uno a uno el voto en un cesto. El voto de la centuria prerrogativa era el más ambicionado, pues la suerte la había elegido para representar la voluntad de los dioses. Casi todas las otras centurias seguían el ejemplo de la primera. César, al presentarse candidato al consulado el año 59 antes de Jesucristo había hecho saber que había destinado 20.000.000 de sextercios, unos 80.000 pesos oro, para la centuria prerrogativa. El atardecer terminaba todo. Entonces se proclamaba a los vencedores, que subían en medio de las aclamaciones del pueblo a la colina del Campo de Marte, mientras los derrotados desaparecían furtivamente de la escena.



¡Año mil novecientos diez y siete!
¡Terminó tu reinado
en que tantos disgustos nos has dado!
Te despedimos, sin sentirlo. ¡Vete!
Han pasado contigo muchas cosas
que ya no volverán,
unas alegres, otras dolorosas;
pero otras aquí están
sobre el Tiempo, venciendo sus rigores
por su propia virtud,
porque son, en su clase, las mejores,
conservan la salud
y representan vida y juventud.
¿Que te diga esas cosas cuáles son?
Entre ellas, citaré sólo un jabón:
el Reuter que, al pasar año tras año,
su prestigio ve siempre que es mayor;
y sabe que si es bueno para el baño,
es excelente para el tocador.

TEATRALES

TEATRO MAYO



Señora Teresa Domínguez, tiple cómica.

CONCERTISTA ARGENTINA



Señorita Amelia Nieto, concertista y cantante de estilos y aires nacionales, que próximamente se presentará ante nuestro público.

TEATRO FLORIDA



Las Trigueñitas, notables cantantes y bailarinas españolas.

CÍRCULO VALENCIANO



Grupo de algunos invitados a la paella con que el aplaudido autor Vicente Serrano Clavero obsequió a varios amigos, en el Círculo Valenciano.

ENLACE



Señorita Ernestina Pizzócaro, que ha contraído enlace con el señor Juan Ingratta.

DE RECONQUISTA (Santa Fe)





Una alborada de las romerías españolas en el patio de la casa del señor Basilio Alonso. — En el centro: El señor Alonso, uno de los fundadores de Reconquista. A la derecha: El presidente de la Sociedad Española, señor Melchor Sellarés; a la izquierda: el vicepresidente, señor Francisco Fuentes.

DE VILLAGUAY (Entre Ríos)



Concurrencia que asistió al paseo campestre organizado por la sociedad recreativa y musical Los Hijos del Pueblo, en las orillas del río Gualeguay.



ALEM (F. C. P.). — Team Martín de Irigoyen. Jugadores: Piñeiro, Guibelalde, Dalpra, Gay, González, Esparza, Pisoli y Bulgeroni.



AYACUCHO. — Team Ayacucho Football Club, que jugó con Tiro Federal.



AYACUCHO. — Team Tiro Federal, ganador en el partido jugado contra el team Ayacucho.
Fots. Cuenin y Piñol.

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

PBT

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN:
AV. JULIO A. ROCA, 531

Año XV. Buenos Aires, 30 de enero de 1918 N.° 688.



—¡Charlatán!
—¡Sinvergüenza!
—Un momento: esas bromas sólo se permiten en el congreso.

LA GLORIA DE AÑATUYA

De cómo a Fernández se le ocurrió casarse teniendo un reducido capital que no excedía de ochenta pesos, no es ni culto ni prudente relatarlo, porque en la falta de criterio que se evidenciaría de la disecación que hiciésemos, no sólo Fernández quedaría en ridículo, sino una cantidad de jóvenes cuyas improvisadas nupcias no dieron lugar a dilación alguna. ¿Por qué se casó tan prematuramente? ¿Qué razón de fuerza o de conciencia pudo hacerle afrontar la crítica ardiente y poco medida de las beatas de Añatuya, que todas conocían su estirpe y sus condiciones pecuniarias? ¡Quién lo sabe! Es tan misterioso saberlo como averiguar a fe cierta si sería pasmosa realidad aquella versión que corría de boca en boca debajo del abanico de las señoras, como si fuese discreción apagar la voz y fomentar la especie a la sordina: —«¡A Fernández le dieron *gualicho* en un vaso de aloja!...» ¡Quién lo sabe!

Pero el hombre se casó, y cuando la *miel de la luna* tocaba a su fin — porque la luna de miel sabréis que tiene más miel cuanto más dura el dinero y la felicidad del devaneo sin preocupaciones urgentes, — cuando la luna de miel tocaba a su fin buscó un medio de allegar recursos, y no tuvo más remedio que pasar por sobre los escrúpulos y el orgullo propio de buen añatuyense y aceptar cierta proposición que hiciérale su suegro.

Era, por ese entonces, don Belindo Linares, el único *lenguaraz* de la comarca. En su *escribanía* se solucionaban los casos más complicados en materia jurídica, en aquella faz jurídica que todo lo reducía al *derecho de propiedad*, aunque de vez en cuando alguien quisiese llevar al infinito el de *despojo*, pariente que lo fué políticamente de aquél, en esos lejanos confines de provincia.

— Ven — le dijo a Fernández con paternal cariño, — yo te iniciaré en el estudio de las letras y podrás desempeñarte como escribano a treinta leguas de Añatuya.

— ¡Buenas ganas tengo de ello! — repuso el joven cuyos ojos lagrimeaban y parpadeaban como si los moviera algún resorte mágico. — Pero, don Belindo, ¡me será tan difícil costearme el aprendizaje! ¡Sólo dándole la cerda *Juanita*, que es toda mi hacienda, podríale recompensar su trabajo! ¡Y mire que no será de los menores!...

— Nada debe detenerte. Yo te enseñaré el arte de no amedrentarse ante los difíciles litigios — que es donde se halla más amplio botín, — y como pago del aprendizaje me darás los honorarios del primer pleito que ganes.

Y con tan fáciles cláusulas firmaron suegro y yerno, un *papel* que hacía fe de lo convenido, y diestro ya el mozo, levantó sus bagajes y una mañana partió con su mujer al nuevo destino.

Los días y los meses pasaron sin novedad alguna, y sólo Fernández había hecho asombrosos progresos en caligrafía, pues él sabía bien que para tener éxito en ciertas ocupaciones, no sólo se requiere peinarse hacia atrás y gastar bota de charol, sino tener buena letra y saber disimular con elegantes trazos o con curvas impecables, los errores ortográficos que puedan deslizarse. Pero desde que en el pueblo de Payacha se radicó Fernández, ni un pleito siquiera le llevaron a su defensa, ni una escritura a su firma, y si la cerda hubiese sido más casta de lo necesario, esta es la hora en que el novel escribano y su mujer yacerían muertos de hambre.

Como siempre pasa, aunque Fernández no comunicaba a su suegro más que los detalles discretos de su vida, no faltó quien llevase a mayores datos las noticias y fué de esta manera que al leer don Belindo una carta que le llegó de Payacha — no se sabe, pero se supone, que ilustrada con alguna pérfida caricatura — creyó que poco faltábale para ser abuelo de dos o tres mellizos. ¡Oh, prodigios de Payacha! Y alzando los brazos hacia el plomizo cielo santiagueño en demanda de luces para discurrir y de calma para sujetar sus nervios, pensó que más difícil sería luego, la retribución de su enseñanza.

Alguien le aconsejó que pusiese pleito a su yerno, y lo hizo sin meditar en qué laberinto se metía; mas como por aquel contrato de que hemos hablado estipulábase que los honorarios del primer pleito que ganara Fernández sería el pago que daría al señor Linares por su aprendizaje, no escapó el detalle al consejero de don Belindo, que lo era el cura de Añatuya, y una mañana, con gran parsimonia, después de la misa mayor, llamóle a la sacristía para hacerle discurrir.

— ¡Hombre! ¿Cómo es que falla tu jurisprudencia? Si ganas el pleito que has puesto a tu yerno, no habrás de cobrar honorarios, porque es el primero que a él se le presenta y si lo pierdes los honorarios que cobres serán los que tú mismo pagues. ¿Dónde está, pues, el negocio?



Y mientas el cura y don Belindo trasladáronse a Payacha para fomentar nuevas armonías y revocar las actuaciones del pleito iniciado, hallando Fernández aquel pleito como la pena de la horca que Sancho impuso en la isla de Barataria, fatal e indescifrable, y no viendo escapatoria, porque aun faltábale la experiencia que la práctica enseña en todas las industrias de la vida, huyó muy lejos con su mujer, adonde no llegase la dureza de la jurisprudencia de Añatuya, que llevaba por delante las estipulaciones y los contratos.

— «¿Cuáles son, entonces — se decía Fernández — las garantías y los compromisos que se respetan porque se firman? ¡Aun no lo sé! ¡Qué difícil es la jurisprudencia!...»

Y Fernández, declarándose vencido en aquellas jornadas de la ley que no comprendía, por obra y gracia de su caligrafía, único provecho que la escribanía le diera, errando por Buenos Aires, en busca de lo más indispensable, consiguió un empleo de subcomisario de Defensa Agrícola. Pronto le reconocieron sus méritos, y tras cortos servicios prestados en una oficina de la dependencia, cuando se le encomendó el estudio de ciertos *granos*, hizo un legajo con todos los informes de sus antecesores y, no contento con el ejército de *encargados* de oficina, de sección, de mesa y hasta de libro, que fueron nombrados en frecuentes reorganizaciones, cuando a principios del año 1906 se abocó al estudio de los granos con toda conciencia, haciendo uso de su caligrafía impecable, puso de esta manera su primer decreto: — «*Pace al encargado del vibliorato harroz para que tome conocimiento y archíbese. Bartolo Fernández.*

Dib. de Soldati. ARTURO M. MAÑÉ.

EL HOMBRE QUE SE ENAMORÓ DE UNA MONA



Era la mona más mona del Zoo. No sé si tendría nombre; pero, aunque el nombre no hace al caso, debía llamarse Cleopatra.

Usaba modales aristocráticos, y hasta parecía un poquito sentimental, porque miraba con unos ojitos lánguidos y tiernos que daba lástima.

No era como esas otras monas chillonas y groseras que pegan alaridos y se sacuden horas enteras tomadas de las rejas de la jaula: ésta era tranquila, callada, recatada como una doncella...

Cuando alguien le arrojaba un caramelo, lo tomaba con suma delicadeza, y hasta parecía diseñarse en sus mandíbulas una sonrisa de agradecimiento. ¡Qué diferencia con esas otras mal educadas, que en cuanto les tiran, aunque sea una cáscara de maní, salen levantando la cola a mordiscarla con egoísmo en algún rincón o en alguna cornisa donde no vayan a molestarlas sus pedigüeñas compañeras!

Cleopatra tenía realmente algo de humano: se diría una princesa encantada.

Porque, aparte de sus modales pulcros, su pelo era sedoso y mantenía en todo su cuerpo un aseo que tendrían que envidiar muchas que huelen mal a través de los polvos y las esencias.

Cada vez que yo iba al Zoo me llamaba la atención un sujeto de mala traza que se pasaba largos ratos ante la jaula contemplando a la mona como en éxtasis. De vez en cuando abría un cartucho de almendras, le tiraba una y luego, destapando un frasco que parecía de alcohol, echaba un trago y se secaba la boca con la manga.

La mona demostraba complacerse con aquellas visitas, porque correspondía a las muestras de simpatía del hombre con miraditas de rabo de ojo y composturas coquetas.

Un día tuve la paciencia de esperar todo el tiempo que el individuo se pasó delante de la jaula y entonces observé con asombro que ella sacó una de sus manos por entre la reja mientras volcaba la cabeza sobre el hombro como avergonzada. El tomó aquella mano entre las suyas y la estuvo palmeando un momento. Después le dió unas cuantas almendras y se retiró, volviéndose de vez en cuando hacia la jaula, desde la cual la mona lo seguía con sus ojitos brillantes, como si en ellos pusiera su pensamiento.

Instigado por la curiosidad volví otro día y nuevamente presencié la misma escena.

A esta altura de mis observaciones, tuve que hacer un viaje a las provincias del norte. Cuando regresé, la jaula de la mona había sido ocupada por otra pensionista y el extraño visitante había desaparecido.

Aquello me intrigó tanto, que pedí informes a un guardián.

—¿Y la mona qué había antes en esta jaula?

—Se murió... — repuso el hombre sonriendo maliciosamente.

—¡Se murió! ¿Envenenada con almendras? — repuse, yo, tratando de tirarle la lengua.

—No, señor: de mal de ausencia. Estaba enamorada. Ese que le traía almendras era el novio... ¡Ji! ¡ji! Un día... ¡Ji! ¡ji! ¡ji!... un día se le presentó al director. ¿Sabe a qué? ¡A pedirla!

—¿A pedirla?

—¡Sí, para casarse! ¡Ji! ¡ji! ¡ji! Y el hombre reía como chillan los monos. — ¡Para casarse!

—¿Y qué hizo el director?

—Le dijo que tenía que pedirla en otra parte, y le dió una tarjeta para el manicomio.

Allá debieron encerrarlo, porque no volvió a venir. Y la mona se murió a los cinco días. ¡Ji! ¡ji! ¡ji!

ECE DEL CLÉ.



Señor idealista!...

Intérnate en el bosque de la fe y la esperanza
como un gran caballero con escudo y con lanza;
mas pugna con amor contra la pena impía,
causadora mortal de tu melancolía.
Sacude virilmente a todos tus esplines,
y escucha de Natura los sonoros maitines;
mas estrecha al caído que será vuestro hermano
con ardor de pensante el calor de tu mano.
Pero marcha purísimo en tus santos empeños
con la luz inmortal de los puros ensueños;
y levanta la adelfa que creció en el camino:
así pasa triunfante fraternal peregrino;
y sigue, juvenil, con el valor del fuerte
hasta el toque final del reloj de la Muerte!

Dib. de Meco.

OSCAR ALBERTO IBAR.



La serenata de Pierrot

Cayó la noche silente
lentamente
sobre el jardín encantado.
El castillo iluminado
por los rayos de la Luna,
sobre el espejo del lago
se proyecta como una
ilusión, sutil y vago;
en el follaje diluye
el viento su sonatina
y de la fresca fontana
una hebra cristalina
fluye, fluye...
Colombina
ha entreabierto su ventana.
Desde lejano confín
llega dulce hasta el jardín
la canción de un trovador
que canta coplas de amor
a compás de un mandolín.
Es Pierrot. Pierrot que viene
porque tiene
en el alma una emoción,
diciendo así su canción:
—¡Oh tú, Colombina,
La imagen divina
de mi devoción;
la luz de mi aurora,
la dueña y señora
de mi corazón.
Este peregrino
torció su camino
por venir aquí,
postrado de hinojos,
a verse en tus ojos
y a rendirse a ti.
Escucha la cuita,
gentil princesita,
del fiel trovador
y dale que beba,
pues el pobre lleva
mucha sed de amor!
Mas unos pasos furtivos
en el jardín han sonado...
Pierrot en tanto ha llegado
—de su voz haciendo gala—
y en lo alto de una escala
que ilumina
la argentina
luz lunar,
de Arlequín la dicha advierte
—que llegando sin cantar—
su ensueño vino a truncar
y con su ensueño su suerte,
pues en sus brazos declina
la alba frente Colombina
para dejarse besar!
¿Por qué le mintiera cruel
aquel corazón perverso,
si era todo el universo
esa frente para él?
Y en el lejano confín
otra vez el trovador
canta su canción de amor
a compás del mandolín:
—¡Adiós, Colombina,
la imagen divina
de mi devoción;
nublóse mi aurora,
y en sombras ahora
va mi corazón.
Este peregrino,
que torció el camino
por rendirse a ti,
sin verse en tus ojos
se va, sin enojos,
muy lejos de aquí.
No oiste la cuita,
mala princesita,
del fiel trovador;
su sed no aplacaste
y a su amor juntaste
la hiel del dolor!
Largamente, tristemente,
la copla al jardín llegó,
y después, cuando calló,
por el camino desierto
una silueta doliente,
como la sombra de un muerto,
entre la noche se hundió.

JULIO GARAY DIAZ.

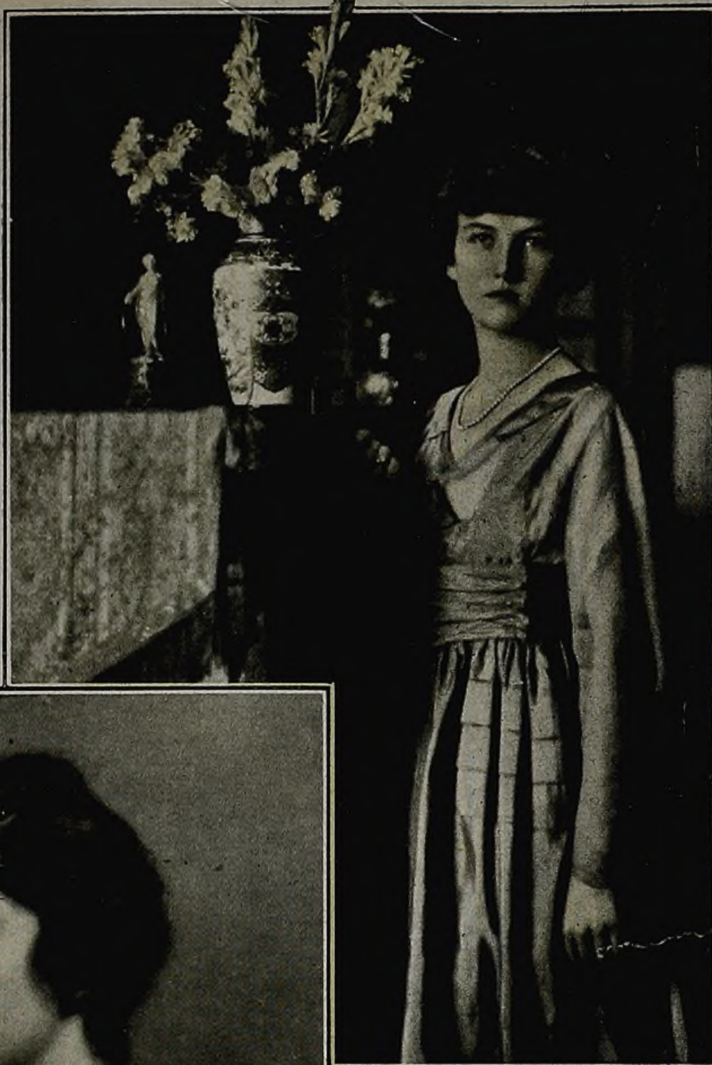
Dib. de Soldati.

De Nuestro Mundo Social

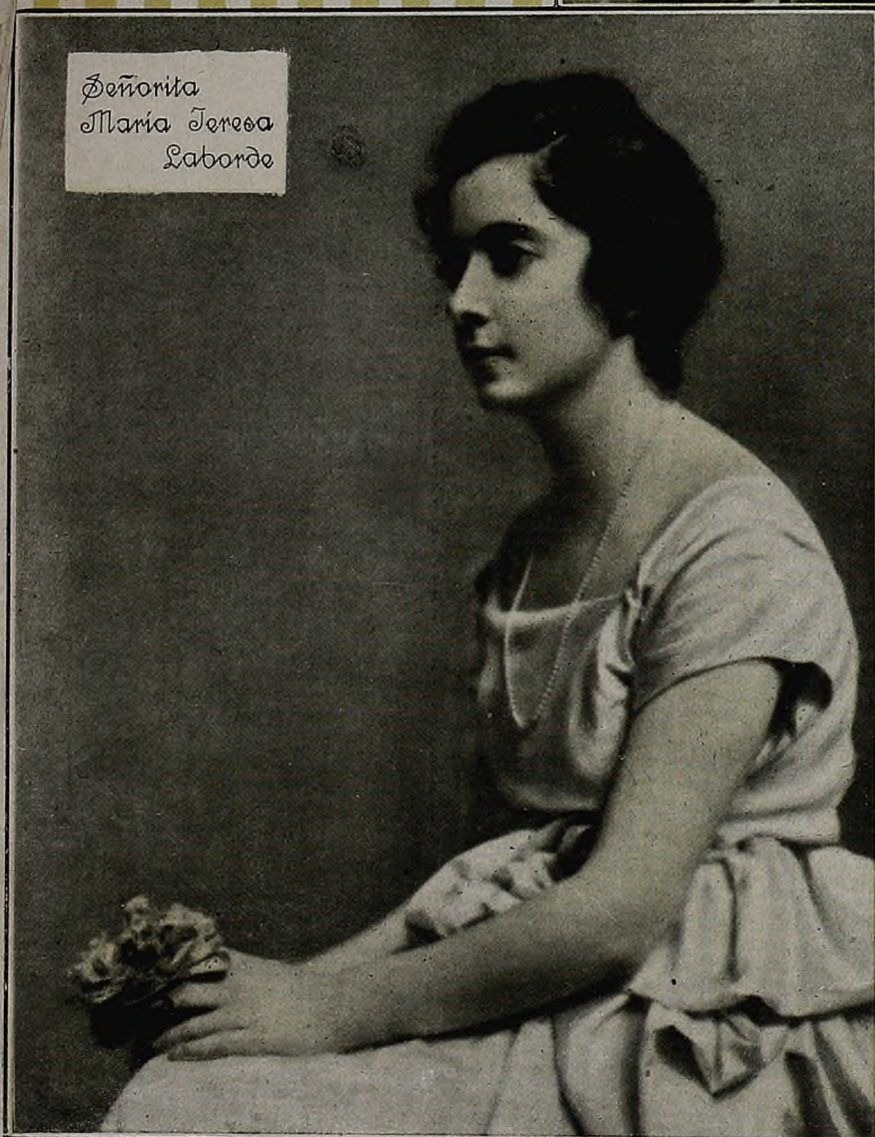
PBT de la semana



Horacio Osvaldo Magnasco



Señora Francisca de Bracht



Señorita María Teresa Laborde



Fots. Van Riel y Merino.



El nuevo ministro de Bélgica, señor Melot, con el introductor de embajadores, señor Barilari.



El nuevo ministro de Bolivia, señor Plácido Sánchez, y el introductor de embajadores, después de la presentación de credenciales.





Señor Juan Antonio Barrenechea, periodista y literato, que ha sido nombrado por su gobierno agregado civil a la legación de Bolivia en nuestro país.



NOTAS GRÁFICAS DE ACTUALIDAD

EL ANIVERSARIO DE GUIDO Y SPANO.

El viejo poeta rodeado de un grupo de admiradores que fueron a visitarlo con motivo del 91.º aniversario de su natalicio.





EN HONOR DE LOS ESTUDIANTES MEJICANOS.

Los estudiantes mejicanos señores Enrique Soto Peimbert y A. Desentis con el señor Manuel Ugarte y miembros de la Asociación Latino Americana, en la velada de confraternidad que se celebró el 18 del corriente en honor de los primeros.



Público que asistió a la velada.



PARTIDO SOCIALISTA

Mesa directiva del Segundo Congreso del Partido Socialista, celebrado en los días 19 y 20 del actual para elegir candidatos a diputados al Congreso Nacional.



Delegados que asistieron al congreso.



Doctor Cleofé Crocco, recientemente nombrado profesor de técnica farmacéutica en la Facultad de Ciencias Médicas.

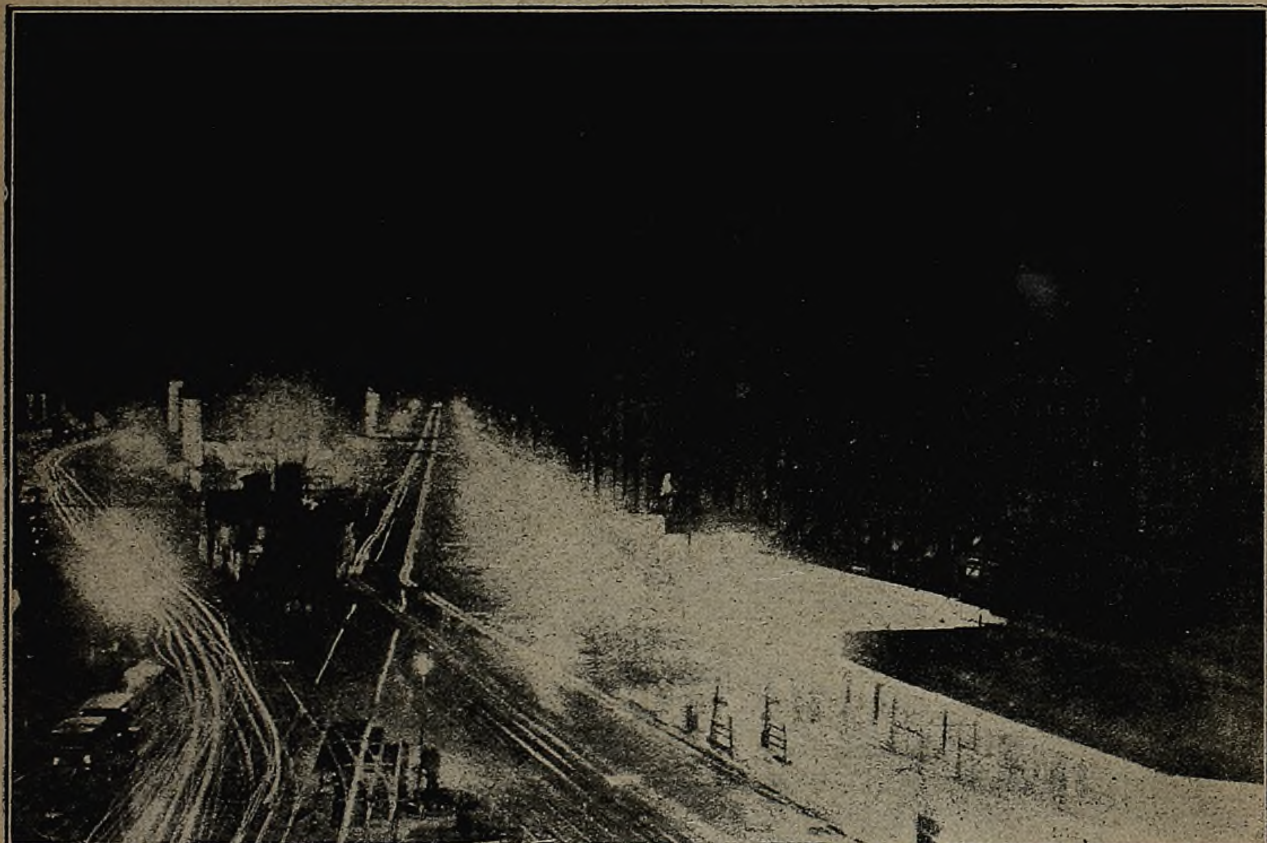


Miguel Soto, corredor que en las carreras a pie de Estación Once a Máximo Paz, y regreso, efectuadas el 16, obtuvo el primer premio, realizando aquélla en 10 h. 15 m.



Niño Juan Carlos Bettinelli, que, con brillantes calificaciones, ha aprobado el preparatorio y primer curso en el Conservatorio Argentino de Música, obteniendo al mismo tiempo dos diplomas en la enseñanza escolar.





Dos aspectos de Nueva York

Broadway la noche anterior y la posterior a la declaración de guerra.



BELLO SOL DE SEPTIEMBRE

(Del libro "El milagro de la fuente", próximo a aparecer.)

Este sol que acaricia mis blancas azucenas
invítame a que salga lejos de la ciudad,
por los jardines líricos a deshojar mis penas,
y hacer que los recuerdos llenen mi soledad.

Todo me encanta; el césped y las fuentes amenas;
las amarillas hojas que hirió la tempestad;
el hálito enervante de las brisas serenas. . .
y siento que se llena mi alma de bondad.

Bello sol de septiembre, las rosas empurpuras;
frente a tu inmenso manto huyen mis amarguras,
te saluda mi arpa y avivas mi emoción;

yo te siento en mi sangre, en mi ser, padre nuestro,
y deseo a tu trono ascender con mi estro
llevándote mis penas y mi humilde canción.

SIMPATICA VECINA

Simpática vecina de risas argentinas,
eres con esos ojos, el joyel de tu casa;
¡cómo me encanta verte cuando la tarde pasa,
en tu patio cuidando las diosmas y glicinas!

Sé que arrancas al piano sus notas cristalinas,
y te he visto sonriendo con tu bata de gasa,
con la cinta encarnada que a tu cabello enlaza,
y llevando en tu pecho dos rosas purpurinas.

Simpática vecina, ¿por qué cuando desciende
la noche y sus cortinas en los objetos tiende,
melancólica, asomas a tu viejo balcón?

Yo sé de que el silencio aumenta tus querellas,
y contemplando el cielo sueñas que a las estrellas
con su carcaj de ensueños se va tu corazón!

Félix D. Visillac.



MAR DEL PLATA



Señor Rafael Girondo y su esposa Hebe Pirovano.



Durante el gran concierto dado en el Regina Hotel, inaugurando el jardín de verano.



Señor Leopoldo Lugones y su señora Juana González.



El diputado nacional doctor Benjamín T. Solari y su hijo Faustino.



Un rincón del jardín de invierno en el Regina Hotel.



Un detalle del baile en el Regina Hotel.

Fots. M. Bonín.

LA PERFECTA IMPERFECTA



Jorge había llegado a ser el pintor de moda.

Poseer un paisajito, era motivo de orgullo entre la gente del gran mundo, que no se cansaba de mostrar, a vuelta de entusiastas alabanzas, los chispazos de divina inspiración que el discípulo de Apeles dejaba en todas sus obras.

En honor a la verdad, no siempre eran bien comprendidas, ni tampoco se acertaba siempre a puntualizar donde residía el mérito. A veces se hacían delirantes encomios del colorido, cuando lo realmente bello era el dibujo, y otras decían maravillas de la armonía de líneas y de la acertadísima composición de las figuras, sin ver que el artista había tratado con más cariño el color, consiguiendo llevar al lienzo la verdad misma, arrancada del iris desparramado en su paleta.

La clientela de Jorge, gente adinerada que pagaba sin tacañerías ni regateos lo que se le pedía por una mancha, por una tablita, por una cosa cualquiera que llevara su firma, no era del todo inteligente en cuestiones de arte. Veía la firma y nada más, porque la firma desempeñaba para ellos las funciones de marchamo que garantizaba una mercadería de mérito indiscutible.

Jorge llegó a la anhelada cumbre, inaccesible para la inmensa mayoría, después de una brava lucha, de una constancia tenaz y de un trabajo titánico.

Batalló por alcanzar dos cosas; la gloria como artista y la felicidad como hombre.

Y lo había conseguido y vivía feliz saboreando las dulzuras de un doble y santo maridaje, el del arte, que es placer espiritual reservado para los elegidos, y el del amor de Amelia, con la que se había casado después de un largo período de accidentadas relaciones.

Era bueno y modesto, afable y cariñoso.

Aspiraba con placer el incienso que con harta justicia se le prodigaba, pero su perfume, que tiene la cualidad de poner delante de los ojos un tupido cendal que ciega y marea, a él no le producía más que un cosquilleo agradable.

Amelia era también una criatura adorable, sencilla y atrayente, sin más preocupación que la de amar a su marido y ser siempre amada por él.

Dos años habían transcurrido desde que el lazo sagrado unió la suerte de la feliz pareja, dos años que fueron otros tantos minutos, porque la dicha tiene el raro privilegio de reducir el tiempo de un modo absurdo, como las penas lo tienen de aumentarlo de una manera inconcebible.

El coquetón palacete que habitaban, y donde Jorge tenía su estudio, se asemejaba a un nido de amor como el que debió inventar Venus en Pafos o en Cyterea, cuando era amada de Adonis y adorada de Alcibiades.

La fortuna les sonreía y les acariciaba como a hijos predilectos.

El sol, al levantarse, parecía no traer más misión que la de dorar las ilusiones de aquellos dos seres, nacidos el uno para el otro y que, por providencial designio tal vez, gozaban de las dos clases de amor que en la humana naturaleza existen, el amor sensual y el amor puro de dos corazones que se completan para formar uno solo hasta la muerte.

Lo mismo se veían poseídos de la imperiosa, de la tiránica locura amorosa que exige que los brazos se enlacen, los labios se unan y las almas se junten a través de los sentidos, que se amaban en espíritu, como quien aspira a un ideal, con absoluta abstracción de la materia, igual que la gente devota debe adorar a la Virgen.

*

Transcurrió el tiempo.

Pasaron otros dos años.

Jorge y Amelia continuaban viviendo en mutua adoración y sin haber probado el acíbar que el destino nos sirve caprichosamente en invisible copa.

Podían servir de modelo. Con frecuencia eran citados por otros matrimonios amigos, no sin cierto dejo de malsana envidia.

—Nuestra dicha nos va a hacer célebres—solía decir Amelia bromeando.

—No lo creas. Ninguna pareja se ha hecho célebre, ni se ha eternizado en la historia ni en la poesía por ser dichosa, sino por sus infortunados amores. Ahí están Abelardo y Eloísa, Julieta y Romeo, Margarita y Fausto y mil más.

—Pues no deseo la felicidad si ha de venir del brazo de los sinsabores—replicó Amelia, horrorizada ante la sola idea de que el eterno idilio pudiera romperse.

—¡Oh! Ni yo tampoco.

*

Trabajaba Jorge empeñosamente en una nueva obra que, al decir de sus compañeros y amigos, y también en su propia creencia, sería el florón que faltaba en su corona de artista, el que traería aparejada la inmortalidad de su nombre.

Ponía a contribución sus facultades y su talento en aquella obra, y de tal modo llegó a obsesionarle, que hasta la propia Amelia, amor de sus amores, quedó casi relegada al olvido.

No era para menos, y harto justificada estaba la preocupación del artista. Se trataba de pintar una Venus, destinada al museo particular de cierto millonario inglés, y a Jorge no se le ocultaba lo difícil de competir con los pintores clásicos y modernos que tantas y tan maravillosas desnudeces han dejado, para admiración del mundo.

Primero tuvo que buscar modelo y la tarea de encontrarlo fué empresa erizada de inconvenientes y dificultades, pues el conjunto de perfecciones requeridas no lo poseía ninguna de las muchachas que rodaban de estudio en estudio, exhibiéndose con impúdica indiferencia delante del caballete.

Por fin, y donde menos lo esperaba, encontró una mujer perfecta y linda, como la cabeza del Amor sobre un cuerpo de sirena.

Quedó completamente satisfecho del casual hallazgo. De haber tenido Cleómenes semejante modelo para su famosa Venus de Médicis, no se habría visto precisado a tomar las partes más hermosas de cincuenta jóvenes griegas para formarla.

Desde aquel día, no salió Jorge del estudio.

Cuando la modelo, cansada y aburrida, descendía de la plataforma y miraba el reloj para saber el tiempo invertido

y el dinero ganado, Jorge daba ligeras pinceladas sombreando el fondo, afirmando una línea, dando vigor a un músculo y observando con deleite como poco a poco iban quedando en el lienzo las purísimas, las impecables formas de su Venus.

Amelia, entretanto, empezaba a notar inquietudes por lo que ella creía desvío en el esposo adorado.

Sufría y callaba, porque la mujer, aun siendo joven, guarda con discreción o desconfianza sus sentimientos íntimos, sobre todo los más profundos o los que pueden truncar, al ser expuestos, el porvenir o la dicha.

No sentía los celos de Otelo, que enloquecen y matan, sino ese malestar enervante que entorpece y molesta.

Aquella modelo, espléndidamente hermosa, que había visto entrar alguna vez en el estudio de Jorge, la mortificaba.

Y ella, que jamás se atrevió a «profanar», como decía, el estudio, el templo donde se incubaba la gloria y la fortuna del artista, lo hizo un día a hurtadillas, atisbando por el entreabierto cortinaje, y hasta creyó que sus celos no eran infundados.

Cuando se ama, como ella amaba, los más ligeros indicios sirven de materia a las peores sospechas.

Atisbaba anhelante, y sin temor a ser vista, pero en la pupila del ojo humano hay indudablemente algo de imán, porque a veces experimentamos la sensación material de una mirada fija en nosotros. Jorge experimentó esa sensación y volvió la cabeza rápidamente, sorprendiendo a la indiscreta que expiaba y que, al verse descubierta, penetró en el estudio tranquila y sonriente. Bien sabe Dios que fué oportuna, providencial diríamos, aquella inesperada visita, pues el artista, sin darse cuenta y sin proponérselo, interrumpía con demasiada frecuencia el trabajo para pasear su mirada por el cuerpo desnudo de la modelo, que unía a su belleza el tipo y la escuela de la mujer parisiense, con cierta destilación de vicio atrayente, adquirida en el medio ambiente donde tenía su radio de acción.



Los celos de Amelia malograron una obra maestra, pero afianzaron una felicidad que estaba en camino de desaparecer, porque la modelo iba dosificando, como si fuera un tósigo, el veneno infiltrado en sus miradas, inyectadas con exquisita sabiduría en las venas de Jorge.

*

Se despidió a la modelo, y Venus, la obra con tanto entusiasmo y tan excelentes auspicios comenzada, quedó interrumpida, sin que el incidente dejara sombras ni resquemores que rozaran poco ni mucho la tranquilidad del hogar.

Sin embargo, Amelia, que se creía culpable, llegó a tener algo así como remordimiento, reprochándose el haber impedido que Jorge consiguiera el homenaje a que su Venus le haría acreedor.

Y aferrada a esta idea, convertida en obsesión, puso todo su empeño en realizarla.

Pero no era posible, o por lo menos no era fácil. Faltaba lo esencial, faltaba la modelo de intachable perfección que pudiera substituir a la otra.

—¿No podría ser yo esa modelo? — dijo un día Amelia entre suplicante y ruborosa a Jorge.

La pregunta dejó asombrado a éste. ¡Su mujer sirviendo de modelo... y para una Venus! Le pareció no solamente absurdo, sino hasta inmoral... ¡De ninguna manera!

Ella no se dió por vencida e insistió una y cien veces. Aquella insistencia y aquel anhelo fueron haciendo eco y abriéndose paso en la voluntad de Jorge, que cada vez miraba con menos repugnancia el asunto. No sería el primer caso... ¿Pero... serviría ella?... ¿Sería tan perfecta como la otra?... El no lo sabía. La intimidad del matrimonio tiene pudores y honestidades de doncellez que lo santifican y ennoblecen.

Jorge conocía más el alma que el cuerpo de su mujer.

. . . .

Cedió al fin el artista y agradeció en lo más hondo de su alma el sacrificio, y no otra cosa significaba aquel rasgo, aquel bello gesto, reparador de una explicable indiscreción.

Podría terminar su Venus y algo de la gloria correspondería por derecho indiscutible a la desinteresada modelo.

Ambos deseaban dar comienzo a esa labor que, por singular y anómala, tenía risueños atractivos, y sin embargo, tácitamente se iba prolongando el momento.

Un día, entre bromas discretas y remilgos no estudiados, apareció Amelia en la plataforma del estudio completamente desnuda y más completamente ruborizada.

Jorge, sentado delante del caballete, teniendo en la mano izquierda la paleta y en la derecha un pincel, se quedó mirando con atención profunda un largo rato a su mujer, como si buscara algo que no encontraba.

No dió, no intentó siquiera dar una pincelada en la figura, borrosa en parte, que ya había en el lienzo.

— No puedo — dijo soltando la paleta. — No estoy inspirado... Vístete y mañana empezaremos... La inspiración es como las aves del campo, que al menor ruido, huyen.

*

Aquella misma tarde, Amelia y Jorge conversaban amablemente en el gabinetito de sus intimidades, sentados uno cerca del otro.

—¿Empezaremos mañana? — preguntó ella.

— No — contestó Jorge con algún desabrimiento. — Desisto de pintar la Venus.

Amelia lloró. La decisión de su marido, era un desencanto para ella, era una confesión que la amargaba.

—¡Lo comprendo, Jorge, lo comprendo!... ¡No soy perfecta como la otra!...

Y Jorge, que adoraba a su mujer por encima de todo, la abrazó conmovido y se olvidó del triunfo que habría alcanzado con su Venus.

— Eres perfecta de alma, aunque no lo seas de cuerpo. Así te quiero. ¡No serás mi Venus, pero eres mi ángel!

Dib. de S. A. Smith. ROBERTO BUENO.

Pebetes de la semana



Bollito Magnasco



Octavita Antelo



Salvador Cohen Abadía



Marta Dufou



M. del Carmen P. Brossard



Eduardo Mendilaharzu



Oscar V. Visillac

Los niños cuyo retrato se inserta en esta página pueden pasar por nuestra administración a recoger un vale por dos pesos moneda nacional en juguetes, a su elección, que les será canjeado en el Metropol Bazar, Carlos Pellegrini 340.



Delia y Haydee Visillac



Mateo G. Maddalena

LAS CUATRO ESTACIONES DE UNA VIDA

PRIMAVERA

Cuando aparecieron *Las misas azules*, no faltó comentarista entusiasta que comparase a Marcial Lacueva con Baudelaire. Un *Baudelaire del revés*. Algo paradójico resultaba esto, pero, a final de cuentas, ¿no es todo paradójico en literatura?....

Difícilmente se darán veinticinco años más floridos que los de Marcial Lacueva.

Marcial Lacueva era un muchacho apuesto y espigado, que prendía rondeles junto a los labios rojos de las damiselas. Además de versos, el poeta refirió inefables ardides de amor, dando a sus relatos forma de cuentos literarios:

—¡ Qué imaginación !—glosaban, fingiendo ruborizarse, las jovencitas.

Y tal cual solterona, poniendo romántica los ojos en blanco:

— ¡ Debe ser realidad !

Más de una dama otoñal se declaró a Lacueva en los bailes de máscaras. Sus ojos taciturnos y sus melenas leonadas hicieron estragos, al par que su poesía, en los corazones femeninos:

— ¡ Ah, si no fuese tan bohemio ! — suspiró alguna modosa burguesita, de esas que sueñan con la casa limpia, la alcancía y el niño sonreidor.



Marcial Lacueva, como bohemio era pulcro; como hombre, indolente y meloso... En sus palabras había un sabio desmayo erótico. Sus comienzos literarios resultaron fáciles. Fué el *madrigalizador* de moda. Un solo reparo le ponían las jóvenes casaderas: «¡ Lástima que sea pobre !».

Pero en cuanto a un rico le editaban un libro de rimas, todos eran a decir:

— Impresos con este lujo, los versos de Lacueva parecerían de D'Annunzio.

Cien Mecenas anónimos encontraban placer en ponderar al joven, en alentarle, en mimarle:

— ¡ Adelante ! Un hombre de su talento debe triunfar, debe ponerse por cima de todas esas nulidades ensoberbecidas que soportamos ahora. ¡ Aquí estamos nosotros para lo que sea preciso !

Marcial Lacueva se crecía. «¡ El éxito literario del año !» convinieron en escribir los periódicos cuando se agotó un tiraje de 500 ejemplares hecho al *Suspiro del ruiseñor*. Le pedían las mujeres postales y pensamientos para sus álbumes. Tanta fué su ilusión, que el mundo llegó a resultarle pequeño para su gloria. Tuvo muchas novias. Entre todas, fué Laura la que más le interesara.

Los amores con Laura se iniciaron de un modo novelesco. Actuando en el periodismo Marcial, llegaban hasta él epístolas de letra menuda y saltarina, que felicitábanle o ponían reparo a sus trabajos: «¡ Qué espíritu sutil !» — ponderó en muchas ocasiones el poeta. E hizo por dar con su comunicante.

— ¡ Debe ser tan fea como inteligente ! — se dijo.

Descubriendo a Laura, su asombro no tuvo límites, porque era joven y garrida, con unos quiméricos ojos de *poupée*. Al mes de relaciones, quiso besar las asombradas pupilas zarcas. Ella le contuvo digna:

— ¡ Oh, no sea cómo todos !

En lo sucesivo no pudo atreverse ni a oprimirle la mano. Le aventajaba en talento. No hablaron sino de ideas sociales y problemas psíquicos. De novios, pasaron a ser *espíritus reflejos*, camaradas...

— Estos paseos que efectuamos me comprometen—advirtió un día Laura. — Sería muy conveniente que le hablara a papá.

Era atardecido. Se separaron. Marcial Lacueva nunca más fué a buscarla.

VERANO

Treinta y ocho años. Hete ya aquí hombre — ¡ y bien hombre !—a Marcial. Algunas canas pusieron en la cabeza del escritor la tilde de su aristocracia. Le dieron dos cargos públicos y se casó, poniendo vivo empeño en que su cónyuge fuera más afecta al manejo de la cocina que a contar las sílabas de los versos.

— Con un poeta que haya en la familia, sobra.

Parecíale, además, que una casta de mujer así acabaría por disculparle sus inconstancias. Porque en materia de amor continuaba siendo versátil. Era siempre el mismo espíritu impresionista. De alguna se prendaba por su delgadez; de aquélla por su opulencia; de la de más allá porque tenía un lunar en la nuca, y de esotra porque no lo tenía.

— ¡ Soy un sátiro ! — se afanaba, dilatando las fosas nasales y crispando los puños como si oprimiese ya la flauta panida.

Pero de no sabía dónde le contestaba un eco:

— ¡ Eres un sinvergüenza !

El público, que suele cansarse de todo — ¡ y de todos, ay !— llegó a cansarse de él. Con el matrimonio se enajenó infinitas simpatías femeninas. Además, como cobraba dos sueldos del Estado y vivía con lujo, nadie tuvo interés en protegerle.

Trabajaba para la gloria, pero la gloria no pareció tener en gran estima al poeta. Sus admiradores de la víspera le dieron la espalda.

La prensa le hizo su más fiero boycot: el boycot del silencio.

Perdió el aliciente para escribir. Cuando se refugiaba en la casa, había una pugna inconfesada:

— ¡ Come, Marcial ! — le decía la compañera, ante unos opíparos buñuelitos de sesos.

— ¡ Sueña, Marcial ! — imponíase el protagonista.

Entonces Marcial se acordaba de Laura, que le habría hablado de literatura, sin habilidad para aderezarle buñuelitos.

Un accidente de ferrocarril le dejó viudo y manco. Quedóse solo en la casa, sin otra compañía que la muy fiel de una vieja fámula con cara de dogo. Viéndole quebrantado, la gente volvió a dispensarle su simpatía.

OTOÑO

Arrastrado por los historiadores, cabeceó enclenque, de pie ante las candilejas. Puso la luz en su calva un resplandor de oro, entre grotesco y místico.

— ¡ Qué hable !... ¡ Qué hable ! — gruñía *el monstruo*.

Atronó el clamor del paraíso. Entretanto, el público ele-

gante, retrepado en las butacas o mirando magnánimo desde los palcos hacía chocar las manos, asentía con el ademán... Un triunfo, *un triunfo ruidoso*, como tal vez dijera la prensa al otro día.

Don Marcial Lacueva se limitó a explicar con voz trémante:

—Señores: ésta es una obra inédita que conservaba de mi juventud.

Entonces — don Marcial pudo verlo netamente — una señora obesa, allá por la sexta o séptima fila, habíase acercado el pañuelo a los ojos. No es que llorase. La emoción había prendido lágrimas en unos marchitos ojos zarcos, de *poupée*.

A la salida por la puerta falsa del teatro, el poeta estrechó una mano afectuosa que se le tendía:

—¿Laura?... ¿Usted?... — tartajeó don Marcial con extrañeza ante la dama pingüe de las lágrimas y el pañuelo:

—Le presento a mis hijas, Marcial.

Eran unas señoritas espiritadas, cloróticas:

—¡Si usted viese qué gusto literario tienen! — ponderó la madre.

Y tras algunas frases encomiásticas para la obra que acababan de representar, la dama obesa y el ramillete juvenil se despidieron:

—Papá nos debe estar esperando en el café. ¡Es loco por el dominó, y nunca viene al teatro!

Don Marcial Lacueva se encontró solo en la calle, mientras corrían los rezagados en procura de un tranvía. Ningún íntimo fué a buscarle al proscenio, y él agradeció este abandono que consentíale ambular sin rumbo, con la reviviscencia de todos aquellos inefables recuerdos de juventud...

Aun más que el estreno, su encuentro con Laura le enfloró de nostalgia el alma.

Laura había sido su novia, la novia *única* de los veinticinco años. Otros veinticinco transcurrieron sin verla. Sólo vió sus juicios, que aparecieron cada vez que Lacueva editaba una nueva obra. *Albor senil*, el episodio dramático que acababa de estrenarse, lo escribió mientras mantuvo relaciones con Laura, percatándose de que, a despecho de su pasión, nunca se casaría con ella... Tiempos pretéritos de fervor, en los que repitió cien veces las frases fogosas de Baudelaire:

—La literatura es antes que todo; antes que mi estómago, que mi placer, que mi madre...

INVIERNO

Ahora don Marcial era una ruina. Y cuanto más se derrumbaba el organismo, más estuvo con él la consideración del público. Los jóvenes le llamaban *el Maestro*, pero no le imitaron. Toda la prensa sacaba a relucir sus trabajos con el menor motivo. El silencio hacíasele ahora a otros vates de más gallardía y vigor.

—¡Escriba, escriba usted!... ¡Tiene más facilidad que nunca!

Y era inexacto. De tejer nuevos versos habríase puesto en ridículo. Decidieron organizarle un homenaje:

—¡No nos quite esa satisfacción, Patriarca!

¡Patriarca nada menos lo habían hecho! El alma de todo aquel movimiento era un ricacho que hablaba por refranes:

—Escriba algo para esa noche. Del cuero salen las correas.

—¡Pero si estoy muy viejo! — se dolía.

—¡Bah! Quien tuvo y retuvo guardó para la vejez.

Don Marcial odiaba los refranes y no podía sacarse de encima al admirador acaudalado.

—¡Estoy viejo, téngame compasión!

—¡Nada, nada!... La gallina vieja hace buen caldo!

Visto por una comisión, se le dijo que el homenaje iba a ser en un teatro. Especie de apoteosis durante la cual se le coronaría:

—¡Nosotros vendremos en automóvil por usted!

—Que... ¡quién a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija!

Don Marcial estuvo tentado de arrojarle al de los refranes todos los libros de su biblioteca.

....

Arribó el día de la fiesta. Don Marcial escribió algunas cartas.

—¡El susto que voy a darles! No me moriría del todo, sólo para poder enterarme de los sueltos que me dedicarán mañana.

> Cuando quise no quisiste,
> y ahora que quieres no quiero;
> pasarás la vida triste
> que yo la pasé primero.

Eso cantó la fámula ibérica, y eso precisamente era lo que pensaba hacer, antes de tres horas, el viejo poeta. Pasó una cuerda por el montante que separaba de su escritorio la salita; atóse un extremo al cuello, trepado sobre una silla...

....

Estremeció el barrio la bocina sonorosa del automóvil, entrando en casa de Don Marcial la comisión. ¡Oh, asombro! El viejo vate pendía de la cuerda. En un gran cartel, estaban escritas estas palabras añejas, que sin duda dedicaba al Creso:

«Después de muerto el burro, cebada al rabo».

En la cara cárdena del muerto, era la lengua, blanca y colgante, un apéndice burlón...

VICENTE A. SALAVERRI.

LA RUECA

En la extraña novela que leía
hallarás el porqué de mi tristeza,
viendo el fino perfil de la princesa
que su velo nupcial hilaba un día.

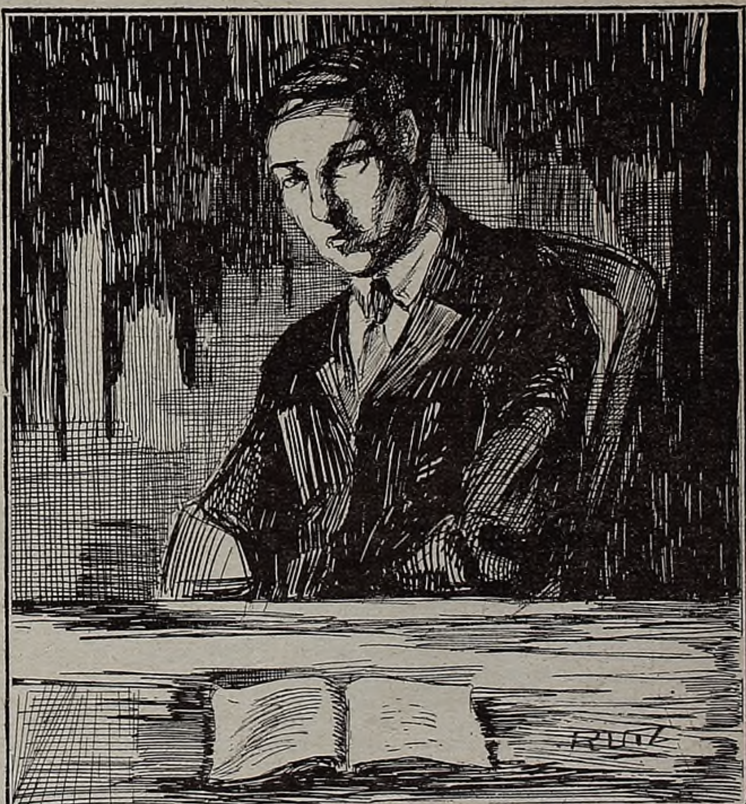
La princesa romántica tenía
embriagada de luna la cabeza,
Si hilando... hilando... estaba aquella pieza
que su frente de nieve ceñiría.

Yo también en mi alcoba retirada,
como aquella princesa enamorada
que su velo nupcial hilaba un día,

con el correr ligero de los años
quedé hilando mis crudos desengaños
en la rueca de mi melancolía.

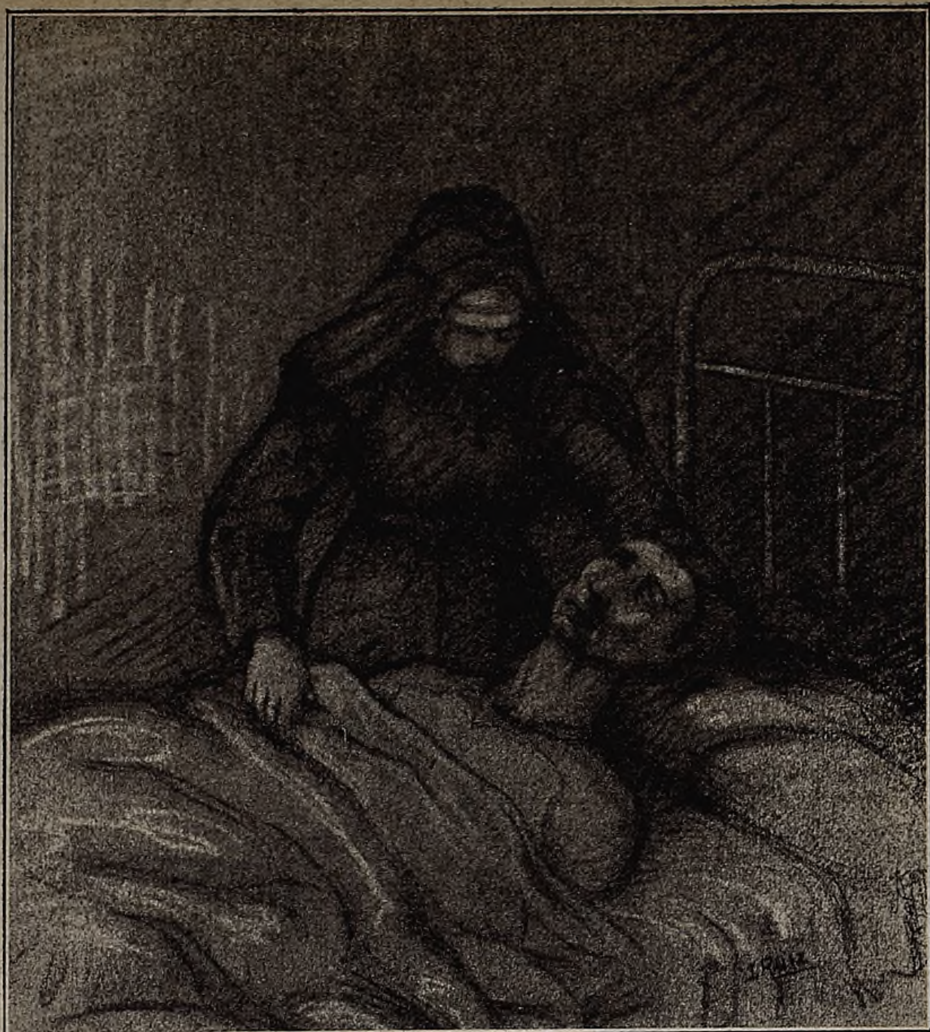
Octavio E. LOBOS

Tucumán.



Sor Clara

Sor Clara, con su diminuta mano blanca de muñeca, sacó los cabellos de oro y sedosos de la ancha frente de Zum Kem; levantó más la almohada; arregló las ropas de la cama que los enfermeros, atareados con el transporte de heridos, habían tirado de un lado a otro. Miró compasiva la palidez hermosa del soldado y se retiró abrumada, con un marcado signo de angustia estereotipado en el fondo de sus ojos grandes, expresivos, llenos de melancolía y de bondad.



*

— ¡ Agua, hermana, agua!...

Zum había despertado con una fiebre intensa que le abrasaba. Miró alrededor de sí, extrañado, y al recordar la caída, al sentir el dolor punzante en su pierna rota, comprendió que estaba en el hospital. La boca, la garganta, el cuerpo todo sentía seco y ardiendo.

— ¡ Agua, hermana, agua!...

La fiebre no cesaba. Deliraba horas y horas en sus sueños negros, en que todos sus recuerdos de angustias, de cariños, de horror y de alegrías se agolpaban a su imaginación calenturienta.

Zum Kem estaba grave. Sabía sor Clara que irremisiblemente moría. La fiebre lo debía devorar en un estertor horrible de delirio.

*

— Hermana, este fuego me mata. Sé que estoy mal. ¿Verdad que el médico no cree que salvaré? ¿Verdad, Clara, que moriré?... ¡Agua, hermana, agua!...

Sor Clara, obsesionada por los rasgos hermosos y varoniles del soldado — tinto en esa palidez mate que tanto atrae, que domina a los corazones jóvenes — dijo con voz de niña, conmovida, temblorosa casi:

— Zum Kem... No, no morirás, ¿verdad? — Tomó la mano ardiente del joven, la apretó con fuerza, nerviosamente, y repitió más firme, más segura: — ¿Verdad que no, Zum?

— ¡Es que sufro tanto!... Sé que no veré más a mi madre. ¡Ah, si supieras!... Morir así, con un deseo tan inmenso, con un ansia tan grande en el alma!... Clara, tú que eres buena, tú que me has mirado de manera extraña, a ti que he descubierto un poco más de bondad que a todas, quiero confesarte mi gran deseo, mi gran angustia: no quiero morir con la pena horrible de no haber sentido jamás el goce, la unción santa de un beso de mujer... Clara: ¿sabes, supones siquiera lo que es desear un beso de amor?

Titubeaba simplemente la hermana de caridad consolando al que por el tortuoso camino del sufrimiento y del gran deseo conquistaba su corazón. Apretaba a impulsos no medidos, espontáneos e inconscientes del amor santo, puro y casto, la mano lacia y caliente del que agradecía con el grito de Jesús: «¡Agua, Samaritana, agua!»

— Zum Kem... Zum Kem... — repetía sor Clara. — Sé fuerte. No me aflijas... Vivirás, debes vivir...

— Clara, tú que eres buena, haz que muera lleno de gozo; compláceme en mi última voluntad. Ya sabes mi gran deseo; haz que sienta en mi sangre, en mi cuerpo, en mi alma la razón de la vida... Clara, hermana, dame agua, el agua divina de tus labios. Sé buena; yo llevaré el secreto con tu obra de bien...

Todo era sombra en la sala. Todo silencio. Sólo el respirar jadeante, monótono y pesado de los enfermos alteraba la isocronía del reloj cargoso con su tic-tac de muerte. Afuera, hablando al infinito, a la nada, la campana, con un tañido lúgubre, daba aviso al viento de la visita de la inexorable, de la Parca jamás satisfecha y en pelea eterna con la Vida.

Sor Clara sufría también una lucha inmensa de vida y muerte. Apretaba convulsivamente aquella mano varonil y dócil; miraba al fondo de aquellos ojos grandes y azules e interrogaba el supremo secreto de la vida, y los ojos grandes, expresivos, bondadosos, decían: «¡ Amor! ¡ Amor!»

Se moría Zum. Ella lo sabía; se lo había dicho el médico: «Mañana, en esta cama, estará otro». Golpeaba, despiadadamente, en su cráneo, aquella fatal sentencia como recio martillazo. Perdía la serenidad que reclamaba su fe religiosa. La mujer, de en medio de las cenizas de renunciación y muerte a amar, de su solemne juramento de no ser más esposa que de Jesús, surgía, majestuosa y soberana, por antojo de la Vida. No era ella ya, era el Amor invencible o inmortal que triunfaba una vez más. Era el corazón reivindicando sus derechos a la cabeza. Era la vida inmutable y eterna que impone, manda, obliga desde el fondo de las cosas, desde el fondo de las almas.

Apretó más fuerte la mano del hombre que moría; miró fijo en sus ojos y, en uno de aquellos arrebatos indomables, desenfrenados, sin guía ni conciencia, loca, besó mordiendo a Zum, que recibió la ofrenda como si fuera el bautismo santo de su iniciación de hombre. Su cuerpo vibró en un suave estremecimiento, en la comisura de sus labios, carnosos y sensuales, asomó una dulce sonrisa de gratitud... Cerró los ojos. Palideció más. Respiró fuerte.

Sor Clara, rotos sus nervios, llorando, ocultó su cara entre sus manos diminutas, blancas, de muñeca.

*

— Hermana: ¿Verdad que estoy más fuerte? Mañana veré a mi madre; voy al Havre. Ella me espera allí. ¡Qué alegría, Clara!

— Yo quiero mucho al Havre. Allí nací, Zum.

— Te gustaría que fuéramos...

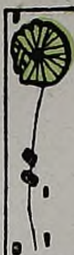
— Zum...

— Mañana partimos, ¿verdad?

Sor Clara acarició con una mirada intensa de cariño al joven ya repuesto y contestó:

— Si tú lo quieres...

LUIS P. VIETA ALEGRE.



De Nuestro Mundo Social



Señorita Carmen Red



Señorita Dina Rossi



Señorita Fidela Cesped

Fots. F. Bixio y Cía.



Oleo

Como pórtico triunfal
de su silueta encantada,
se parte el pelo en cascada,
lleno de luz sideral.

Muestra en las mejillas el
carmín que acusa sonrojos,
un relámpago en los ojos
y en los labios un clavel.

Largo el cuello de marfil
y, entre seda rutilante,
el albo escote, fragante
como una rosa de abril.

Empapado de arrebol,
el abanico de pluma
vuelca en su pecho su espuma
como celoso del sol.

Y en espirales de tul
aquí la tela termina:
la elegante figulina
se esfuma en un fondo azul.

Julio Garay Díaz.

Dib. de Soldati

El hombrecillo



El ruido sonó en la chimenea de la estancia, como si algo se cayera por el cañón, que mantenía vivas con su tiro de aire las brasas sobre los morrillos candentes. La joven estaba sentada junto a la ventana, aquella ventana de sus nostalgias de enferma, al lado de la cual se pasaba los días contemplando el campo con esa mirada melancólica de los desolados que buscan por instinto la inmensidad. El dictamen médico era que la niña se moría, y bastaba ver su rostro flácido y macilento. la extenuación de la persona entera, para comprender que el facultativo no andaba muy apartado de la verdad en punto a su pronóstico.

La niña advirtió el ruido que venía a turbar el reposo del cuarto, anegado en la tranquilidad de una estancia de enfermo, y, apartando su vista del crepúsculo, cayendo fuera en el paisaje, miró a la chimenea, abriendo con espanto los ojos. De las brasas rojas, como un ascua puesta derecha, surgía una figurita menuda y extraña, un hombrecillo liliputiense de barba azafranada, único detalle que se le descubría de la cabeza, oculta dentro de un capuchón tremendo. La singular personilla salió de su envoltura de llamas y, adelantándose con paso menudo, que parecía no tocar en el pavimento de madera, se plantó de un salto sobre las rodillas de la joven y se sentó en ellas familiarmente.

La joven, estupefacta y aterrada, no tuvo valor ni para hacer el menor movimiento de defensa. A su memoria de enferma, nublada por la fiebre, acudieron vagas remembranzas de la niñez, reminiscencias de lecturas infantiles, de cuentos de abuela. Sólo los duendes surgían así, de improviso, de una lumbre que no les abrasaba. Si es que tal aparición no era un delirio de la calentura. Cuando el hombrecillo de la capucha se aposentó en sus rodillas, comprendió que no se trataba de imágenes febriles y, ya tarde, sin acordarse de su falta de fuerzas, quiso levantarse y huir.

—No te asustes—la dijo el hombrecillo de la chimenea. —No vengo a causarte mal alguno.

El hombrecillo habíase echado hacia atrás la capucha al hablar. Su rostro no tenía nada de espantoso. Una cara pálida, larga, que alargaba la barba de azafrán, y unos ojillos dulces y suaves. Lo más extraño de su semblante era la expresión irónica, de una ironía delicada, dentro de su blandura apacible.

—Sé lo que te sucede, —prosiguió hombrecillo, mientras la jovencita le oía suspensa y sin voz.—Estás enferma de pasión de ánimo. En tu inocencia de adolescente, creíste verdad lo que sólo tenía el brillo efímero de otra adolescencia. Los primeros amores son todos así. Resplandecen, pero no dan color. Y no has podido, al despertar, resistir el golpe de esa traición inesperada para ti, aunque vulgar. ¿Es eso?

El asombro de la muchacha crecía al ver cómo el hombrecillo leía en su corazón y en su mente. Y aumentó todavía, cuando el minúsculo barbudo continuó:

—A pesar de ello, no aborreces al desleal y sigues queriéndole, deseándole la felicidad. También es propia esa abnegación romántica de las pasiones nuevas. Cuando a ti, lloras, te desesperas, anhelas morirte, te pasas las noches insomnes y concluirías por lograr tu propósito, si no fuera por mí. Conque—y el hombrecillo se puso de pie sobre las rodillas de la joven para alcanzar a sus ojos, —vamos, hija mía. Hay que ser buena. Yo te prometo que curarás. Y por el pronto, ahora, a conciliar un sueño tranquilo y reparador.

Y cerrándola con sus deditos microscópicos los párpados, la dejó en el acto profundamente dormida, huyendo él por la chimenea.

*

Han pasado tres años. Sonrosada, pura, fresca, inundado el semblante de alegría, de salud y de belleza, la jovencita borda junto a la ventana que fué de sus nostalgias. Ahora, al mirar al campo, bebe en él la vida. Es en el reposo de la siesta, y la muchacha está sola en la habitación, sumida en sombra, para librarla del resistero del día.

De pronto, se entreabre la vidriera entornada y entra el hombrecillo del capuchón y la barba de azafrán. La muchacha le recibe ahora sin miedo. El barbudo trae su cara más placentera. Como la otra vez, se sienta en las rodillas de la niña y le dice, entre formal e irónico:



—¡Ves como te curé, hija mía!

—¿Pero quién eres, que tienes ese poder? —le pregunta, muerta de curiosidad, la joven.

Y el hombrecillo le replica, sonriendo:

—¡Sin mí no sería posible la vida humana! Soy el gnomo del olvido!

Alfonso Pérez Nieva.

EN BROMA Y EN SERIO



¿Ustedes no conocen a Aurora? Pues figúrense una viudita llena de encantos y de picardías y con unos ojos negros capaces de hacer enfermar de pasión de ánimo a la estatua de Garibaldi.

¿Su físico? Sumamente agradable. ¿Su moral? Sana. ¿Su edad? No os preocupe; es un secreto que, en atención a ella, no quiero revelar. Sin embargo, y a fin de orientaros, os diré que ya ha cumplido 35 (p. m.), pícara edad de la que las mujeres no quieren pasar nunca.

Imagíneuse, sobre un cuerpo con más curvas que la línea de Lacroze que va a Constitución, una hermosa cabeza, llena de reflexión y de buen sentido, en la que el criterio ocupa su lugar y la substancia gris no ha sido substituída por vinagre de yema, complementada por una cara oblonga, de piel blanca y finísima, ligeramente coloreada por un carmín natural; tersa y espaciosa frente, orlada de caprichosos rulos, nariz rectilínea y rojos labios llenos de frescura que ocultan, al juntarse, una dentadura preciosa, y tendrán una ligerísima visión de Aurora.

Cosa rara; siendo mujer, es franca, leal, sincera. Habla con el corazón en la mano, aunque, en honor a la verdad, el día a que me refiero lo que tenía en la mano era el abanico; hablaba con la boca y, cosa rara también en su sexo, pensaba con la cabeza.

Hace mucho tiempo que la trato, y nuestra amistad era verdadera. Nos queríamos por que no nos amábamos, y de esa manera ni nos aburríamos el uno del otro, ni nos disgustábamos jamás. (Cuando a la mujer se le concede la confianza del amor nos pierde el respeto).

Su carácter, de una rara franqueza, autoriza a la expansión; pero esa misma franqueza, a la que ella impone un límite, obliga a tratarla con toda mesura.

Ayer fuí a visitarla y, como siempre, me recibió con su peculiar sonrisa dominadora, que me sienta como una pedrada.

—Amigo mío—me dijo, extendiéndome su blanca mano, que yo recogí entre las mías,—estoy muy disgustada con usted.

—Lo lamento y estoy pronto a reparar mi falta, si alguna he cometido.

—Una y grave. Ha faltado usted a su palabra.

—Es cierto. Le prometí venir ayer y no vine. Se me pasó la hora y no me pareció prudente venir a la noche.

—Hizo usted muy bien, pero pudo haberme avisado.

—Tal vez no pude.

—¿Alguna aventura amorosa?

—No. Ya conoce usted mi opinión respecto del amor desde que me engañó mi mujer.

—Opinión con la que estoy en completo desacuerdo.

—Después que un hombre ha amado mucho a una mujer mala, sólo le queda la experiencia de su error y el dolor de haberlo cometido, y en esas condiciones no reincide...

—Pero es que no todas las mujeres son iguales.

—Lo sé.

—Usted tuvo la desgracia de elegir mal o no supo educar a su elegida.

—Puede ser. A nadie culpo de mi torpeza; ni siquiera a ella misma. Yo tenía, hasta entonces, un concepto tan elevado de la mujer en sí, que creía suficiente una mirada, un gesto, una simple indicación para encaminarla, para educarla, como usted muy bien dice; pero como mujer, además de mala, era ignorante y egoísta, me resultó no sólo incorregible, sino indomable.

—Hace usted muy mal entonces en culparse a sí mismo.

—Yo la amé espontáneamente. Ella me quiso por cálculo; por eso en mí el amor era ciego, en ella era tuerto nada más.

—¿Y al darse usted cuenta se quedaría bizco?

—Pero ahora tengo bien abiertos los ojos. Tan es así, que desde que vivo separado de ella y la declaré «cadáver», no quiero más bromas con Cupido.

—¿De modo que ha renunciado usted al amor para siempre?

—Al amor, sí. A las mujeres, no.

—Observo, amigo mío, con pesar, que ha descendido usted del nivel en que yo lo había colocado. Piensa usted igual que todos los demás hombres. Ya la mujer no es más, para ustedes, que un objeto de más o menos valor, pero un objeto. Antes, nos idealizaban, nos sublimizaban, nos consideraban un símbolo. Y ahora...

—¿Y quién tiene la culpa de todo eso?

—La mujer misma. Tiene usted razón. ¿Cómo ha de exigir respeto de los demás, si ella misma no sabe respetarse?

—Veo que ha observado usted la evolución que se ha operado en la mujer de diez años a esta parte.

—Ciertamente, y con gran dolor he de confesar que va derecha al abismo. En efecto, hace diez años era una imperdonable falta de educación que una señorita, en sociedad, cruzase un pie sobre otro. Hoy, con el mayor desenfado, cruzan la pierna dejándose ver hasta la rodilla. Con el pretexto de la moda, lucen exagerados descotes, brazos desnudos hasta el hombro inclusive, y polleras indecorosamente cortas, perdiendo así su encanto mayor, que era el recato. Y, lógicamente, en el hombre, en vez del amor espiritual y el respeto por el pudor de la mujer, que antes sentía, se ha despertado el amor sensual, el deseo de poseer, sin compromiso, lo que le ofrecen a la vista con tanto descaro.

—Como siente el deseo de comprar una corbata que ve expuesta en una vidriera.

—Así es, en verdad.

—Y he de advertirle que ese desconcepto que tenemos hoy de la mujer, no es sólo moral, sino material también, puesto que ellas no se recatan, ni aun careciendo de encantos físicos; pues vemos a cada paso mujeres que, al caminar, tuercen los pies hasta pisar de costado con el contrafuerte del botín; tobillos huesosos sosteniendo piernitas que parece que van a romperse, o desformemente gruesas, que dan la impresión de un salame mal relleno. Pantorrillas torcidas, que son un perfecto paréntesis, y pies juanetudos del 39 al 42. Descotes de todos colores, en algunos de los cuales se cuentan las costillas, y espaldas que piden a gritos un depilatorio y algunas veces jabón y agua. Por eso, hoy no las admiramos; las miramos nada más.

—Es verdad, amigo mío.

—Una usted a eso la libertad a que aspiran, sus modales hombrunos, sus gestos y hasta su lenguaje, y dígame si hoy un hombre, al hallarse frente a una mujer, no se cree en presencia de otro hombre. Y los hombres a los hombres no nos inspiramos amor. La mujer nos exige nuestra libertad (que confunde lastimosamente con libertinaje) y nos reclama la gentileza y las consideraciones a que la tenemos acostumbrada. ¡Eso es demasiado! Cualquier día nos exigirá que hagamos crochet en casa, mientras ella asiste a la lucha del Casino. Yo, por mi parte, no les hago ninguna concesión mientras ellas no definan su propia personalidad. Por ejemplo, no cedo el asiento en el tranvía a ninguna dama, aunque con todo descaro se insinúe colocándose de pie delante de mí, y hasta algunas veces me moleste tropezándome con el codo en el sombrero, para indicarme que allí está ella. A esos seres que no tienen personalidad definida y que quieren imponernos su voluntad varonil escudada en la debilidad aparente de su sexo, ni les tomo en cuenta, ni mucho menos me molesto en quererles mal.

—Dios mío! ¡No hable usted así! Aun hay mujeres honestas, pudorosas, sensibles, llenas de candor y que saben amar.

—Usted lo ha dicho, «que saben amar», lo que quiere decir que la mujer estudia el amor y después que lo aprende lo practica, como el piano, como la pintura, como las labores.

—Ahí ya está usted mal. ¿Adónde va a parar su imaginación?

—He repetido lo que usted ha dicho.

—Ha traducido usted las palabras. Yo he querido decir que son capaces de sentir amor.

—Bueno. Eso es, son capaces... si necesitan algún sombrero o algún vestido. Las mujeres son capaces de todo, hasta de amar... en proporción directa al importe que necesitan para satisfacer su coquetería.

—Es usted un escéptico.

—Soy un desengañado.

—Bueno. No hablemos más de este asunto. Llegaríamos a enojarnos. Hoy ha venido usted con propósito de contrariarme.

—¡Está usted tan hermosa enojada!

—Un hombre que piensa como usted, no tiene derecho a galantear a nadie. Yo rechazo esa lisonja.

—¡Pero Aurora! ¡La desconozco a usted! ¿No ha comprendido en mi encarnizamiento, al juzgar a las demás, que he querido significarle la diferencia que para mí existe entre usted y ellas? ¿No ha adivinado usted la lucha que sostenía conmigo mismo para no confesarme rendido por sus encantos, a fin de que usted ignorase que poco a poco se estaba adueñando de mi voluntad?

—Yo no entiendo de señas ni me gusta ensayar de adivina.

—¿Y ahora que ya he hablado?

—Ahora...

. . . .

En la sala reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido por la agitada respiración de ambos. De pronto se cruzaron nuestras miradas y se dijeron un mundo de cosas en ese idioma mudo que todos comprendemos, y, al contacto de nuestras manos, que se estrechaban fuertemente, nuestros labios se buscaron, sellando con un prolongado beso un juramento falso. ¡Nos juramos amor eterno!...

. . . .

En seis años de amistad, jamás nos habíamos disgustado. Desde ayer, maldito día en que empezamos a «amarnos», hemos reñido tres veces.

¡Oh ley fatal, a la que no podemos substraernos!

Joaquín **FRADE GOITIA**.



Como en la época de las carabelas.

SU ÚNICO HIJO



«... y por fin recibí el premio de mis grandes sacrificios: ¡soy médico! He sufrido mucho cuando no tenía recursos suficientes como para seguir mis estudios; mil veces he enrojecido indignado al ver que se me negaba un pedido, un pequeño socorro para comprar un libro; pasé días crueles, amargos, pero nunca me faltó la voluntad ni me abandonó la esperanza... Sólo ahora, en el momento de obtener la ansiada recompensa, me atrevo a comunicarle como han pasado para mí los últimos años. Bien sabe usted, querido padre, que jamás le he participado nada al respecto,, porque temía que llegara hasta vender su casita, y si salía aplazado en los exámenes, viera desvanecidas en un segundo todas las ilusiones que pudiera haber concebido al recibir mis confidencias. Pero hoy quiero y debo comunicarle mis cuitas, las esperanzas que me animan, y el deseo de que usted venga a disfrutar conmigo de la felicidad que creo nos reserva el porvenir.

Un antiguo compañero de estudios me ofrece su consultorio para atender los enfermos hasta que pueda instalar el mío.

Véngase a América, querido padre. Recuerdo que usted tuvo una oferta para vender su casita, acéptela y con el importe de ella puede pagarse el pasaje; debe disculparme si no le giro el dinero como otras veces, porque mi situación actual no me lo permite, pero una vez que usted se encuentre por acá no le faltará nada, porque si bien por ahora la posición que le ofrezco no es muy brillante, en cambio tendrá la compañía de su hijo y podrá observar sus progresos.

Con la esperanza de verle pronto, reciba un abrazo de su hijo que tanto lo quiere. — *Juan*».

*

Los párrafos de esta carta hicieron hondo efecto en el anciano Blas Pérez, padre de Juan. Sentado a la puerta de su choza en una humilde aldea de Pontevedra, recordaba la época en que su hijo, menor de quince años, había resuelto ir a América a hacer fortuna. A poco de llegar, había entrado en casa de una familia distinguida donde uno de los hijos, estudiante, le había tomado afecto, y en horas desocupadas le enseñaba a leer y escribir. Como Juan demostraba tener un gran deseo de aprender, le aconsejó que siguiera estudiando, poniéndole como ejemplo el de muchos de sus compañeros que habían sobresalido en la Facultad y en la lucha diaria de la vida, no obstante su falta de dinero y relaciones; sólo por el empeño con que se habían dedicado al estudio, primero, y posteriormente, a su profesión. Durante esa época, Juan remitía de tanto en tanto una carta a su padre, informándole de las pequeñas incidencias de su vida en Buenos Aires, y participándole sus esperanzas en el porvenir. También solía acompañarle un giro por una pequeña suma de dinero, con el que trataba de aliviar la situación de su *viejo*, que se había quedado viudo.

La pérdida de su querida madre le afectó muchísimo, pero la brega diaria contribuyó a que soportara con resignación el rudo golpe.

Algunos años más tarde entraba en la Facultad de Medicina. Llegó al tercer año con relativa facilidad, debido a los consejos de su protector, que desgraciadamente tuvo que pasar a Chile en esa época y Juan quedó abandonado a su propia suerte. Pronto terminaron sus recursos y los que le había dejado su protector, comenzando entonces las vicisitudes.

Pasaban largas temporadas sin que escribiera a su padre, el pobre anciano, que se creía olvidado del hijo amado, llorándolo por muerto! Por eso, cuando leyó la carta que había tenido que deletrear, quitóse el sombrero y de rodillas dió las gracias a la Providencia que le había conservado su hijo.

Los últimos rayos del sol de una hermosa tarde de primavera, iluminaron el rostro bañado en lágrimas del venerable anciano, mientras la fresca brisa jugueteaba con sus albos cabellos.

*

Cuando el vapor empezó a moverse, el viejo Blas sintió que el corazón se le oprimía y un instante después al desaparecer en el horizonte la costa española, dos lágrimas fueron a perderse en su venerable barba. Sentóse a proa en un pequeño lío que llevaba y se sumió en profundos pensamientos.

A los pocos días de haber recibido la carta, vendió la casita, nido de amores, donde nació su hijo Juan. Tenía el presentimiento de no volver más a su patria, de morir en tierra extraña. Esto debía entristecerle, aunque se consolaba pensando que viviría el resto de sus días al lado del único vínculo que le unía al mundo, el hijo amado. Le había escrito para decirle que se embarcaba en el buque *Reina María Isabel* y que tratara de estar en el puerto a su llegada.

Tres semanas de navegación habían transcurrido, cuando supo, con el placer que es de suponerse, que al día siguiente llegarían a Buenos Aires. Blas no podía contener los latidos de su corazón. Pronto lo estrecharía contra su pecho. ¡Qué orgullo tener un hijo médico!... Estos y otros pensamientos análogos acudían en tropel a su mente, dejándole como atontado. Era una triste mañana de otoño cuando llegaba el buque a Buenos Aires. El anciano, confuso y asombrado, dirigía la mirada en todas direcciones, procurando distinguir en el muelle una cara conocida. ¡Nada! Los pasajeros empezaron a bajar, y a poco él también se encontró en presencia de los revisadores de la Aduana, con su lío a los pies. ¡Nadie! Su Juan no estaba allí. ¡Qué desengaño!

Uno de los marineros de la Prefectura, al ver al anciano, le preguntó a quién aguardaba; Blas se lo explicó. El marinero trató de consolarle, diciéndole que la carta pudo no haber llegado todavía, y le aconsejó, como el viejo tenía en el bolsillo la dirección de su hijo, que tomara un coche, y así lo hizo. Media hora había transcurrido cuando el coche se detuvo. Blas despidió al cochero y se acercó a la casa. No se atrevía a llamar, temiendo que la emoción que le causaría a Juan su presencia, pudiera hacerle daño. Por último se decidió; llamó a la puerta y apareció una criada.

— ¿Qué se le ofrece?

El pobre Blas no acertaba a pronunciar una palabra; pero ante la insistencia de la criada, murmuró: ¿Y Juan?

— ¿Qué Juan? Aquí no vive ningún Juan.

— ¿Quién es? — preguntó una señora apareciendo en la puerta cancel.

— Un señor que pregunta por un tal Juan — respondió la doméstica.

— ¿Por Juan Pérez, el médico?

— Sí, sí, el mismo — respondió apresuradamente Blas.

Entonces la señora, acercándose al anciano, dijo sencillamente — Juan Pérez vivió aquí, pero hace unos quince días que murió de un ataque al corazón...

ENRIQUE MARIO SALTZEN.



En un tanto reñido.

El séptimo día Dios lo hizo para descansar dándonos él mismo el ejemplo después de las fatigas que se tomara para fabricar el mundo que, por razón tal vez de la precipitación con que lo hizo, le salió tan imperfecto.



En pose para P B T.



El ministro de la Gran Bretaña, sir Reginald Tower, sorprendido por nuestro fotógrafo en una partida de tennis.

Gracias a esta feliz inspiración del Padre celeste, o gracias a que al séptimo día le faltaron las fuerzas y sentó *a la fuerza* el precedente del descanso que nos ocupa, la humanidad tiene derecho a interrumpir un día por semana sus tareas de la lucha por la vida para consagrarse a las delicias del *dolce far niente*. No tengo necesidad de decir que ese día es el domingo, pero como no hay regla sin excepción, debo hacer la salvedad de que esto del *dolce far niente* dominical no reza para algunos empleados públicos que se pasan la vida en un perpetuo feriado.

El domingo tiene una psicología especial en todas partes del mundo. En los pueblos de campaña la gente se pone su traje nuevo, sus zapatos de charol y sus guantes y va a lucirse a la plaza, donde unos cuantos músicos amenizan la reunión.



Un pintoresco paisaje de Palermo.

En Buenos Aires se pasa de muy distintas maneras; para ricos y pobres es un día de desahogo que no debe malograrse. Pero mientras unos optan por el cine, otros optan por las reuniones al aire libre, y como la mayoría es la que prefiere este programa — con inclusión completa del respetable grupo burgués — las calles de la ciudad cobran un aspecto triste y melancólico, mientras las afueras adquieren un tinte variado y pintoresco. — ¡Aire! ¡Aire! parece decirse el distinguido público, cansado de la atmósfera pesada de la urbe; y los tranvías se



Un picnic a la «négligé» y con «bon vin».



Haciendo tranquilamente la digestión.

llenan de gente que huye del centro, buscando el contacto bienhechor con la madre naturaleza.

Los aficionados al football, tienen football; los aficionados a las carreras, tienen carreras; los amantes del agua, tienen río de sobra, y así podría seguirse una larga enumeración, pues en Buenos Aires hay para todos los gustos.

Palermo se cuenta entre los lugares favoritos de la población: desde el Zoo, tan popular como concurrido, hasta la costa del precioso y bello río de Solís, aquello es un hormiguero humano.



Otro grupo que disfruta de las delicias del domingo con un buen almuerzo campestre.



Dos chicas espirituales y simpáticas «huyendo del mundanal ruido...»

Por las aristocráticas avenidas el desfile de vehículos es incesante, mientras en los terraplenes ferroviarios que contornean el Hipódromo, hay un mundo anónimo y modesto que ocupa posiciones para proporcionarse una sesión de turf sin pagar entrada.

Además hay tennis, natación y otras diversiones. Y más allá todavía, entre la sombra poética de los árboles, hay picnics, flirt, un poco de vino y otro poco de alegría.

Es esto, no lo del vino, sino lo de los picnics, algo típico de nuestra ciudad. Desde hace muchísimos años, la gente concurre al bosque, con sus pollos y sus fiambres, a pasar un día de holganza.

No falta algún acordeón o alguna guitarra, y hasta suele acontecer que dos grupos fraternicen formando una sola rueda.

Entonces los muchachos se trenzan con las chicas, y el clásico tango hace de las suyas. Así llega la tarde y empieza a ponerse el sol. Las fiestas terminan y todos regresan con una sonrisa en los labios y un aleteo feliz en el espíritu: se han juntado bríos para comenzar otra semana.

Y con las emociones de algún amorcillo incipiente en el corazón y con el cansancio del ejercicio y del baile, el sueño de la noche es profundamente plácido.

DOMINGO L. GOMEZ.

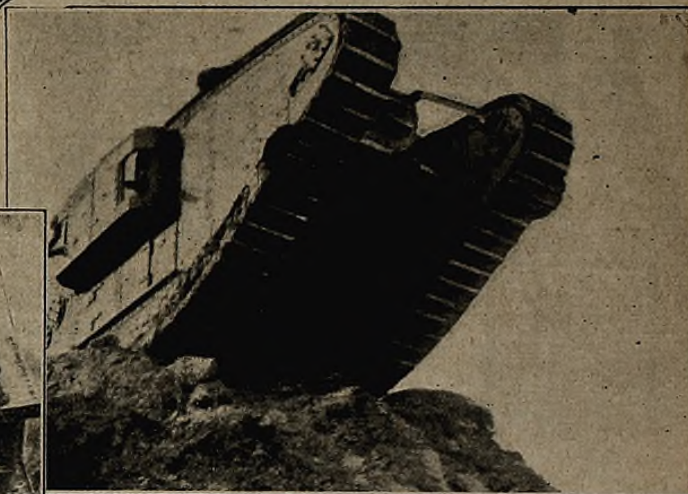
LOS FAMOSOS TANQUES



Cruzando con toda facilidad una vía férrea.



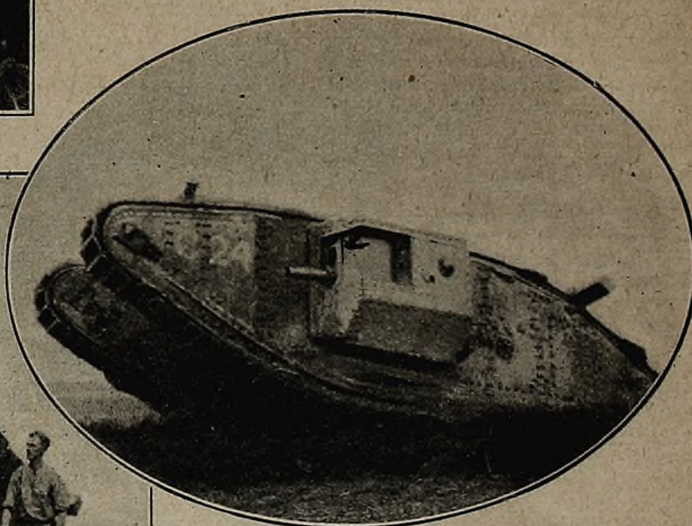
A punto de pasar un buen obstáculo.



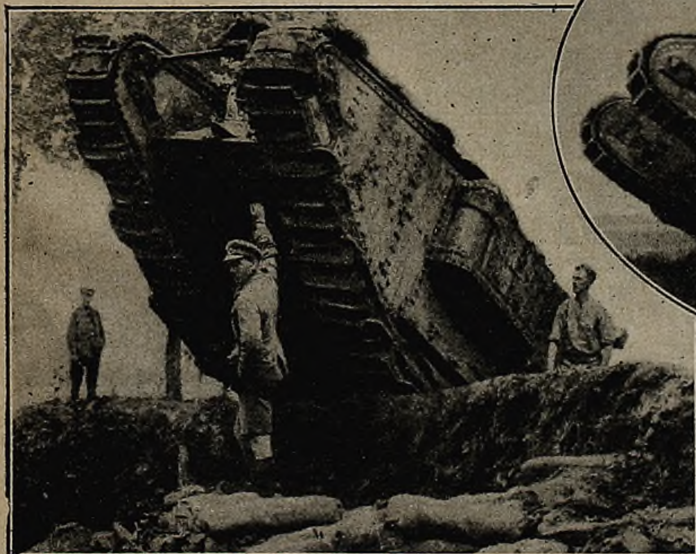
En un terreno accidentado.



Visto por la parte posterior, cruzando una zanja.



Por camino llano.



Detenido ante el objetivo, al borde de una trinchera.

LOS HIJOS DE EUSKAL - ERRÍA

PARA los que, como yo, llevan orgullosamente en sus venas la herencia directa de la sangre euskalduna, hablar de los hijos del pueblo basko nos resulta un alegre motivo perfectamente justificado.

Por otra parte, la raza baska es una raza ágil y simpática, y como muy bien la pinta don Miguel de Unamuno, más ágil que maciza su activa y silenciosa inteligencia. Es una raza de una idiosincrasia especialmente peculiar; activa, práctica, enérgica, con esa energía taciturna que jamás desmaya ni ante las pruebas más fuertes ni ante la angustia más desesperante.

Tiene el basko, sentimiento, y sentimiento hondo, pero de ese sentimiento difuso que no se deja encerrar en imágenes definidas, savia que resiste la célula, sentimiento por decirlo así protoplasmático.

Un carácter audaz, temerariamente audaz, quizá porque llevan en el fondo de su alma el concepto que un día encerrara Kropotkine cuando afirmaba: «Es menester audacia para todo, un poco de energía en el ataque: los perezosos no hacen nunca historia, la soportan.» El carácter euskalduna es también impetuoso y no pocas veces autoritario, pero siempre es franco y es leal. Lago que refleja la luz que sobre él cae. Transparencia de cristal divinamente fino. Gota de rocío que no mancha la seda más pura. Polvillo de mariposa por su susceptibilidad.



Escudo que ostenta el estandarte basko, mitad colorado, mitad blanco. Lo que se lee, quiere decir en castellano: «Por Dios y por los fueros del pueblo basko».



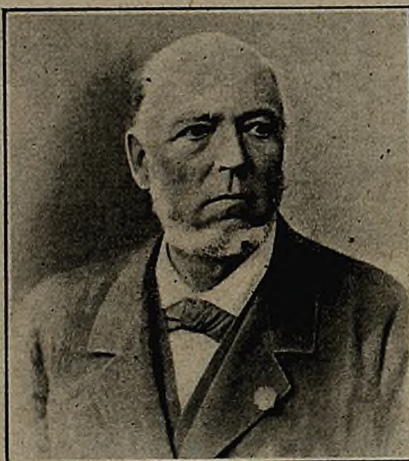
Escudo de la provincia de Vizcaya.



La más antigua revista euskalduna de América.



Escudo de la provincia de Alava.



Toribio de Ayerza, uno de los primeros presidentes del Laurak Bat, primera sociedad vasca fundada en América.

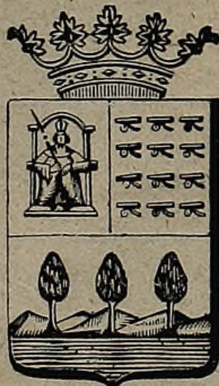
*

Los baskos — me permitiré afirmar — poseen quizá la nacionalidad más pura de todas las existentes.

Resistieron victoriosamente a los romanos, y con toda probabilidad, antes que a éstos, a los indígenas españoles, a los visigodos y a los árabes, teniendo en su glorioso haber guerrero la famosa y definitiva batalla de Orreaga, en la que destruyeron del modo más espantoso y concluyente, la poderosa retaguardia del gran Carlomagno.

Según doctos historiadores, parece ser que el país basko es uno de los más antiguos, haciendo datar a esta nacionalidad de la época de Tubal, quinto hijo de Jafet y nieto del patriarca Noé, en el año 1900 antes de Jesucristo.

El país basko es tan deliciosamente poético y encantador, que se le puede aplicar perfectamente aquella frase del gran Víctor Hugo: «el que la visita una vez, siente deseos, no sólo de volver, sino de quedarse»...



Escudo de la provincia de Guipúzcoa.

Al decir, seis son las cosas que se señalan necesarias para ser basko de pura cepa, y éstas son: saber jugar a la pelota, ser buen bebedor de sidra, ser andarín, tener piernas largas, espaldas anchas y nariz aguileña y larga.

Y por cierto, lector, que esto será verdad o mentira, no lo sé, pero es el caso que de todos los euskaldunas que yo conozco, por lo menos tienen dos o tres de las cualidades que enumeramos en el párrafo anterior...

*

Aunque someramente, hablaremos de los *fueros*, tan preciados para los hijos de Euskal-Erría como su propia vida.

Zabala eta Otzamiz-Tremoya, dice a este respecto en su artículo sobre Guernika y los fueros, en el libro «Los baskos en la nación argentina», lo siguiente: «Guernika es una población a la orilla izquierda de una sinuosa ría que, surgiendo de los manantiales de los montes de Oiz, Gastiburu y Bykar, desagua en la barra de Mundaka, y desde cuya bella posición en el airoso recuesto de la falda oriental del picudo monte de Kosnoaga, preside, digámoslo así, con apacible sonrisa en los labios, la abierta y feracísima vega que del pueblo de Muxika se desparrama hasta el mar.

Y es precisamente en el límite de Guernika, en una kampa poblada de seculares árboles, intitulada también Guernika, del término jurisdiccional del pueblo de Luno, donde bajo un roble bendecido por el filósofo ginebrino Rousseau y saludado más tarde por el convencional francés Tallien, ha sido con el tiempo andando el símbolo de la libertad casi individualista.

Ese árbol, que es un roble, emblema de la fuerza de voluntad y

a cuya sombra infanzones fieros
y reyes juraban populares fueros,

es el famoso árbol de Guernika, venerado por todo euskalduna y sobre cuyo motivo el poeta Iparraguirre — el más famoso y popular de los poetas baskos — escribió ocho estrofas delicadísimas, de las cuales, la primera traducida, dice así:



El local actual del Laurak-Bat (Belgrano 1144), el mejor elogio de la labor y perseverancia de los baskos en nuestro país.

«El árbol de Guernika
es símbolo bendito
que ama todo euskalduna
con entrañable amor;
árbol santo, propaga
tu fruto por el mundo,
mientras te tributamos
ferviente adoración...»

*

Los hijos de Euskal-Erría, llevan en su carácter algo así como el espejo de su propio suelo, extremadamente poético al par que taciturno y bravío. La tosca aspereza de su tierra y el huraño encrespamiento del mar que bate los acantilados de su costa rocosa y casi cortada a pico, son las dos cosas que han modelado el alma del pueblo que lo habita.

Por eso la música baskuence, tiene ese perfume de melancolía que nos enferma a los que para felicidad de nuestras vidas humildes gozamos ante la magnífica majestad de un mar agitado y sabemos del poema dulcemente dorado de unos labios carmesíes admirablemente prometedores...

Muchas son las melodías y los aires euskaldunas, pero así como *Guernikako arbola* es la poesía más popular, el *Chapolín-chaló* es quizá la más conocida de todas sus melodías. El *Tsoriñoa*, que significa: *el pajarito lloraba por estar preso*, es otra de las canciones más popularizadas, y a mi gusto, una de las más delicadas...



Guernikako arbola, el famoso símbolo de los fueros y las libertades baskas. Un retoño del antiguo árbol de Guernica, el primero traído a América.

Pero no sigamos hablando de las canciones y de la poesía baska. ¿Cómo no haberla en un suelo agudamente hostil, erizado de montañas, surcado de riachos torrentosos y con un cielo divinamente azul, como los ojos de una mujer rubia?

Cada habitante de Euskal-Erría lleva en el fondo de sí las tres mejores canciones que la mayoría de las gentes de otros países apenas si alcanzan a balbucirlas: la canción de la libertad, la canción del amor a su tierra y la canción a la verdad... Los baskos son así...

*

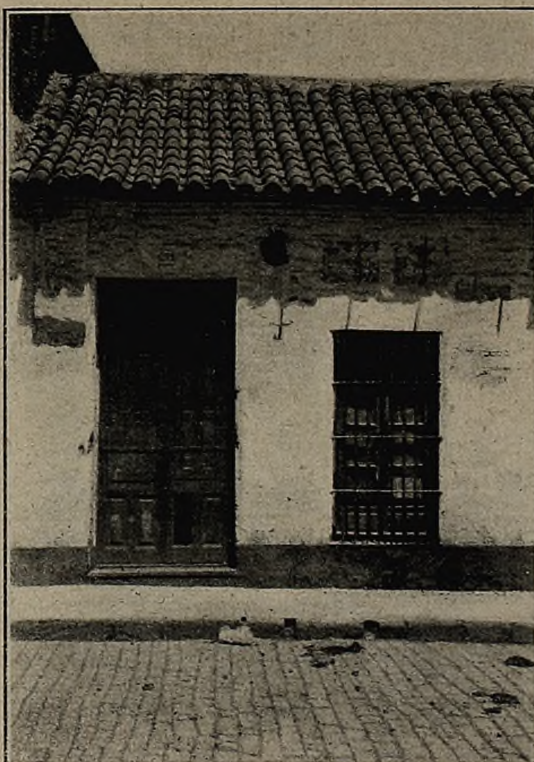
Hemos hablado de muchas cosas, y aun no hemos mencionado a la mujer baska. Lo haremos ahora. La mujer baska, dice muy sabiamente la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán, es una figura de líneas severas y una de las mujeres más morales de europa. Reconcentrada en las tareas de su hogar, dedica la mayor parte de sus actividades a la educación de sus hijos, con quienes, al parecer, ostenta una severidad que está bien lejos de ser su pensamiento interior. Pero si bien es cierto que durante los años de la niñez es como dejamos apuntado en nuestro párrafo anterior, a medida que los días pasan y poco a poco el tiempo convierte en hombres los niños de ayer, la mujer baska, que con su fortaleza de carácter supo educar maravillosamente la voluntad de los hijos, e inculcó en ellos el fervoroso amor a la libertad, a la verdad y el cariño al solar donde vieron la luz, se transforma en toda dulzura, en tanta dulzura, que dudo haya mujeres de otras razas que sean más buenas con aquellos que son alma de su alma, y que son carne de su carne...

Y sucede que muchas veces se casa un hijo, hácese *echeko fauna*, esto es, dueño de casa, y es entonces — al revés de otras razas en que el nuevo vínculo establece una separación entre padres e hijos — es entonces decía, cuando el sentimiento de *madre* vibra con mayor emoción, se siente más frágil, más mujer, y es su espíritu como una cuerda de arpa estremeciéndose ante una ráfaga de viento, campana de plata que dice su canción, bondad de atardecer, dulzura de crepúsculo...

*

La primera institución baska fundada en América fué el Laurak-Bat, en Bueuos Aires el 1.° de octubre de 1887.

Laurak-Bat, que etimológicamente quiere decir las cuatro en una — refiriéndose a las provincias que la constituyen, a saber: Guipúzcoa, Vizcaya, Alava y Navarra, — es, como dejamos dicho, el nombre de la primera sociedad baska que se fundara en nuestro país y en América.



El primer local que ocupó el Laurak-Bat, que fué la primera sociedad baska fundada en América.

La creación de esta sociedad respondió a un sentimiento de protesta que provocó el golpe asestado en el año 1876 por el gobierno español en el solar eúskaro en nombre de la unidad nacional.

En un modesto café de la calle Cangallo se reunieron un día trece jóvenes baskos y decidieron fundar una sociedad que significara una protesta; de ahí el nombre francamente combatido: Laurak-bat.

Pero la sociedad nacida al calor de tan generosos y nobles entusiasmos, se levantó bien pronto, merced al trabajo tenazmente laborioso de sus iniciadores, y las cláusulas que hablaban respecto a la instrucción y fomento del baskongadismo, establecidas en el reglamento, por fórmula más bien, pasaron a ser una realidad que sólo pudieron soñarlo los cerebros eúskaros en la época difícil de su fundación. Se creó poco más tarde la caja protectora, cuyo radio de acción fué verdaderamente enorme, pues hizo valio-

sas y frecuentes donaciones a los asilos y hospitales de Buenos Aires, amén de ayudar individualmente a muchas personas.

En 1887, el Laurak-Bat, fundó la Plaza Eúskara, cuyo recuerdo perdura aún en la memoria de todos los que felizmente presenciaron aquellos admirables torneos de fuerza, destreza e inteligencia como en pocas partes habrá sido dable presenciar.

Comenzada la Plaza Eúskara en 1887, recién pudo inaugurarse el 1.° de noviembre de 1892.

Allí se disputaron campeonatos célebres que *enloquecieron* a los porteños, figurando entre los del elenco el rey de la pelota, Chiquito de Eibar, Elizeguín, Paysandú, Samperio, Manco de Villabona, Mardura, Brau, Beloquí, Portal y cien otros más...

En el mismo año se plantó un retoño, del legendario árbol de Guernika, pero se secó; solamente algunos años más tarde un gajo del simbólico árbol, que fué plantado en el terreno que hoy ocupa el Laurak-Bat, Belgrano 1044 y cuya fotografía acompañamos en esta crónica, creció luego de costosos cuidados.



Un lobo de mar. — Magnífica cabeza para estudio; arquetipo de los hijos de la Euskal Erría. (Tierra baska).



Tipo de mujer baska.



Una reliquia histórica. Famosa pelota con la que el Chiquito de Eibar derrotó ruidosamente en el frontón de la famosa Plaza Eúskara al temido campeón El Oriental.

Hoy el Laurak-Bat ocupa el primer lugar entre las sociedades eúskaras de América. Esta sociedad ha servido de madre a otras que han salido de su seno, por ejemplo la Euskal-Echea (Casa Baska).

La Euskal-Echea es otra meritoria institución baska que síguele en importancia al Laurak-Bat. En Llavallol, F. C. S., se levantan los edificios que construyera, edificios destinados a colegios de enseñanza y albergue para ancianos e imposibilitados.

Los institutos de Llavallol están montados a la moderna, bañados de sol y de aire.

Los niños reciben una educación ventajosa, y los pobrecitos, olvidan, al calor de un compañerismo franco y decidido, la pena y la angustia que han sufrido en los cortos años de su vida...

En nuestra república, que dicho sea de paso es la parte de América que tiene más baskos, existen aun otras sociedades eúskaras de menor importancia, naturalmente. Entre ellas anotamos la Euskal-Echea, de Quilmes; Zapirat-Bat, del Azul; Auskadi, de Necochea; Euskal-Echea, de Corrientes; Zapirat-Bat, de Rosario; y el Laurak-Bat, de Bahía Blanca.

*

Como otras nacionalidades, también tienen los baskos su prensa; el más importante órgano de publicidad eúskaro está constituído por la revista *Baskonia*, fundada y dirigida en el año 1893 por el distinguido caballero y periodista basko señor José R. Uriarte, quien la ha dirigido hora tras hora, día tras día y año tras año, hasta el presente. *Baskonia* es una revista importante, no sólo por la labor que representan veinticinco años de continuo bregar, sino por su material literario y artístico.

Existen también, la revista *Euskaria*, que dirige el señor Juan B. Vicenty y el periódico *Irrintzi* dirigido por el señor Nemesio Olariaga.

Hasta hace algunos años, la sociedad Laurak-Bat editaba también un periódico, que fué suprimido.

*

No nos olvidaremos de anotar, antes de poner punto final a esta crónica, que pocos días ha fueron traídos de la madre patria tres retoños del árbol de Guernika, uno de los cuales se plantará al pie de la estatua del fundador de Buenos Aires, don Juan de Garay, un segundo en la plaza de Santa Fe y finalmente el tercero que quedará de repuesto en la escuela de jardineros, por si se secase alguno de los anteriores.

*

He hablado del pueblo euskalduna. De su carácter indomable, fuerte como el roble de Guernika, que adoran simbólicamente, emblema de sus fueros y de sus libertades orgullosa y legítimamente mantenidas. He hablado de su lealtad proverbial y por nadie discutida. De sus mujeres, todo bondad y todo cariño. De su suelo, maravillosamente bravío y encantador. De su alma ingenua y admirablemente infantil...

Y..., perdóname lector, si en el calor de mis años y de mi sangre, los he elogiado más de lo que ellos merecieran. Todo puede ser. Pero los que como yo han sentido cantar dentro del alma la angustia y la pena, los que como yo «se han roto su corazón en las piedras hostiles del sendero», y los que como yo hemos orillado la barca de nuestra vida entre los escollos adversarios, con el remo de la Audacia y el timón de la Voluntad quizá por esa ley de herencia ineludible, hablar de los hijos de Euskal-Erría nos resulta un alegre motivo perfectamente justificado como dijera al comenzar esta crónica...

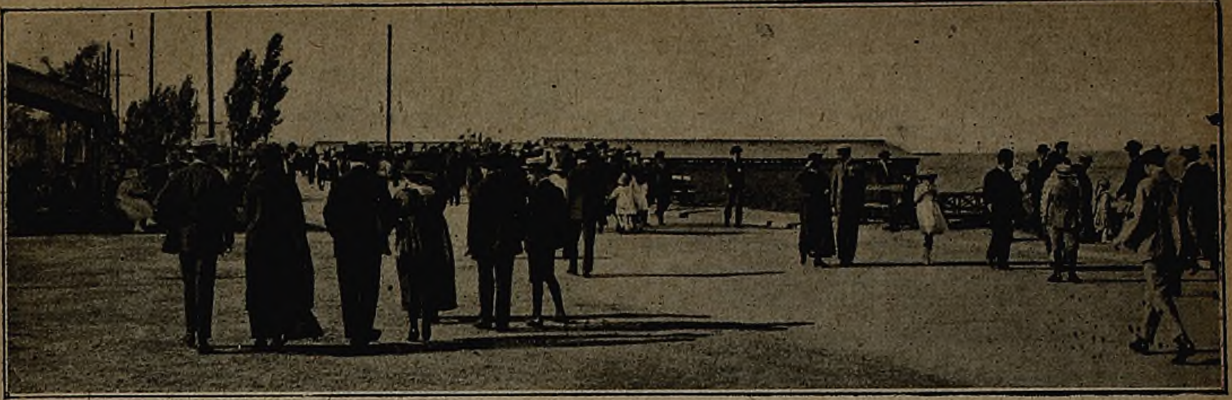
Y basta ya. ¡Viva *Euskal-Erría y aurrera, aurrera!*

RUFINO MARÍN.

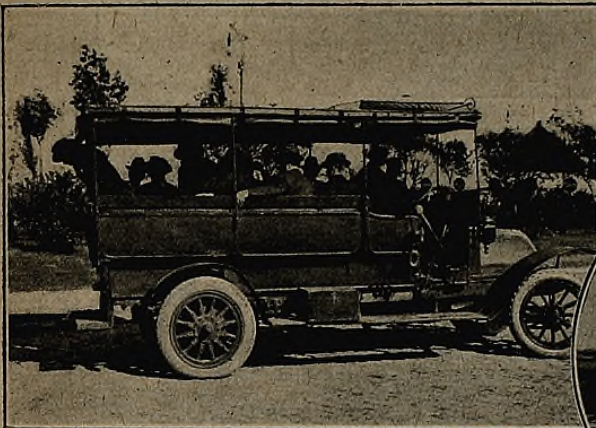


Un precioso y típico paisaje de Euskal Erría. Arboles, un prado, un riacho y, en el fondo, una modesta casita. ¿Quién no se siente poeta?

EL MEJOR REFRESCO

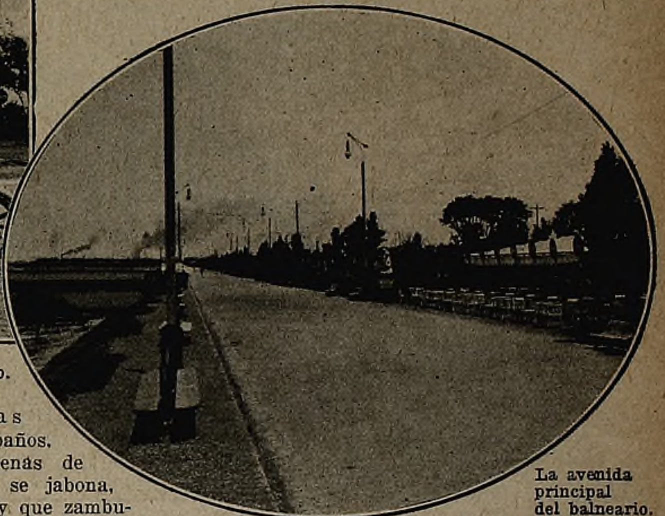


Paseando por la rambla.



El autobús que corre entre la plaza de Mayo y el balneario.

El público de Buenos Aires es un público aseado: le gusta la higiene y no le tiene miedo al agua. Esto es hacerle un merecido elogio, y son una confirmación elocuente de tal afirmación los balnearios, las piletas de natación y las numerosas casas de baños, siempre llenas de gente que se jabona, que nada y que zambulle; esto sin contar los miles de personas que emigran a otros climas más propicios y los cientos de hombres y muchachos que no necesitan de balnearios, porque se meten al agua en cualquier recodo del río.



La avenida principal del balneario.

Lo que quiere decir que en Buenos Aires la mayoría de la población se siente pato. Sin alusión a las carreras y otros lugares donde uno se mete de cabeza en seco y se sale chorreando... sudor.



Un detalle de los jardines.

El balneario popular, al que pertenecen las vistas que ilustran esta nota, es actualmente uno de los lugares más concurridos de la capital. La gente ha comprendido que no hay mejor refresco que meterse en el agua fresca, y se baña que da gusto.

O por lo menos se pasea por la rambla bajo la suave caricia de la brisa



Bañistas y curiosos.

marina. Hablando con sinceridad, hay que hacer justicia a las autoridades municipales que con tanto empeño han llevado a cabo esta buena obra, porque se trata de un verdadero progreso ciudadano.

No es nuestra norma el elogio, pero ello no quita que lo tributemos cuando, como en este caso, es merecido.

Con el balneario municipal, Buenos Aires ha ganado un hermoso paseo, un saludable punto de recreo, donde la población puede respirar a pulmón lleno, en las tardes caliginosas, el aire oxigenado del río.

El gentío que todos los días y especialmente en días de fiesta acude a la flamante playa e invade los jardines que la circundan, dan en el hecho la confirmación de lo que decimos. Y hay que tener en cuenta que esto con que contamos por el momento no es más que una iniciativa en marcha, cuya total realización, en plazo no lejano, marcará un gran jalón en los anales del engrandecimiento edilicio metropolitano.



Unos que van a bañarse y otros que ya se bañaron.



A la una, a las dos y a las... ¡que me da miedo!



Un poco de fruta después de los zambullones.



¡Salgan d'eay, que nos vamos a vestir!

Bañistas de contrabando.



Los tiburones junto a la orilla.



Frescos, limpios y buenos mozos.

EL PRIMER PLEITO



Agamenón Ruiz y Fenelón Díaz eran oriundos de Córdoba. Juntos cursaron los estudios superiores en Buenos Aires. Y una incidencia en la clase de filosofía del derecho, en la que, discutiendo sobre el imperativo categórico de Kant, ambos tuvieron la íntima satisfacción de revolcar al mentado condiscípulo X*** — «el de las frases abstrusas y giros metafísicos», como le llamaban ellos, — vino a sellar para siempre la amistad comenzada allá en sus lares.

Terminada la carrera, pleno de entusiasmos y aspiraciones, saturados de códigos y doctrinas jurídicas, la ciudad natal, en la que contaban con hondos afectos y vinculaciones, les ofrecía ancho campo para el ejercicio de la profesión. Fué en Córdoba, pues, donde abrieron sus respectivos estudios, a dos cuadras uno del otro; y, en la docta ciudad, cualquier persona podía encontrarse fácilmente con dos impolutas chapitas profesionales que rezaban así: «Estudio jurídico del doctor Agamenón Ruiz. Abogado»: «Estudio jurídico del doctor Fenelón Díaz. Abogado».

*

— ¿El doctor Agamenón Ruiz?

— Servidor.

— Yo soy Dardo Brecha. — Su papá, con quien desde la infancia cultivo estrechas y cordiales relaciones, me ha recomendado a usted, doctor, a fin de que me dé su opinión respecto de un asunto que deseo consultarle.

— ¿Y es su caso?...

— Mi hermano B*** ha fallecido soltero, sin dejar ascendientes ni hijos naturales, ni tampoco otro hermano que yo. Según me han enterado, mi hermano otorgó testamento, y por éste ha legado todos sus bienes — que ascienden a una cuantiosa fortuna, — al cura Renard, su confesor. El testamento fué otorgado en la misma noche del día de la confesión. Un amigo me ha dicho que ese testamento no es válido, que yo soy el único heredero de mi hermano; y, como no entiendo de esas cosas, he venido a consultarlo, doctor.

— ¿Su hermano falleció de la enfermedad durante la cual lo confesó el abate Renard?

— No, doctor. Mi hermano estaba enfermo de *dengue* cuando el abate lo confesó. Del dengue curó. Después lo mató un rayo.

— Siendo así, su caso es claro, y su derecho evidente, incuestionable. Nos ampara el art. 3739 de la ley substantiva, que dice: «Son incapaces de suceder y recibir legados: los confesores del testador en su última enfermedad»... Su hermano fué muerto por un rayo. Ahora yo pregunto: ¿el rayo es una enfermedad? Entiendo que no, y con la opinión que sustento están de acuerdo autores de la nombradía de Laurent, Demolombe, Duranton, Baudry-Lacantinerie, Grasserie, Troplong, Mourlon, Riui, Manresa y Navarro, Planiol, Guillouard, etc., etc. Además, tenemos en nuestro favor una copiosa jurisprudencia que corrobora mi tesis. Y bien, sentado que el rayo no es una enfermedad, queda demostrado en consecuencia que el abate Renard confesó a su hermano B*** en su última enfermedad; ergo: Renard no puede recibir por testamento. Desde ya, pues, mi distinguido cliente, tengo especial placer en ofrecerle mi defensa, la que, de aceptarla usted, me proporcionará un brillante debut forense.

— Acepto complacido, doctor. Mañana mismo le otorgaré poder.

*

— ¿El doctor Agamenón Ruiz?

— Con él habla.

— Yo soy el cura Renard, y deseaba consultar al doctor sobre un asunto...

— Permítame. ¿Su asunto se relaciona con el testamento que otorgó don B***?

— Así es, en efecto.

— Usted me perdonará entonces que me excuse de darle mi opinión, pues hace un momento he aceptado la defensa de un hermano del causante, que precisamente viene a ser su contraparte en el asunto. La moral profesional y el prevaricato en que incurriría me impiden, pues, atender al señor. Sin embargo, me atrevo a ofrecerle una presentación para otro abogado, el doctor Fenelón Díaz, quien, puedo asegurárselo, lo atenderá debidamente.

— Acepto y agradezco su ofrecimiento, doctor.

*

El padre Renard se presenta en el estudio del doctor Fenelón Díaz, y personalmente le entrega la tarjeta de presentación del doctor Ruiz. El doctor Díaz lee mentalmente lo que sigue: «Caro Fenelón: El portador de la presente, el cura Renard, ha estado a verme por el asunto que te relacionará. Como ya tengo asegurada la contraparte, me he excusado; pero ahí te lo mando. Te invito a que *desplumemos* estos *avechuchos* en la mejor forma que por derecho corresponda», — como decimos nosotros en el encabezamiento de los escritos. Después hablaremos. Chao. Tu affmo. *Agamenón*.

— Y bien, señor Bernard, aquí me tiene incondicionalmente a sus órdenes. ¿Su caso?

— Don B***, fallecido soltero, sin ascendientes ni hijos naturales, me ha instituído su legatario universal, según testamento que otorgó ante el escribano E***. El causante ha dejado un hermano legítimo, quien pretende que yo no tengo ningún derecho al legado, porque — según él — recibí la confesión del testador en su última enfermedad. Cuando confesé a B***, éste se hallaba enfermo de *dengue*, de lo que curó, pero posteriormente fué muerto por un rayo.

— Su caso es claro, amigo. El testamento es perfectamente válido, y su derecho incontrovertible. Dice el art. 3739 del código civil: «Son incapaces de suceder y recibir legados: los confesores del testador en su última enfermedad»... Y bien; ¿usted confesó a B*** en su última enfermedad? Rotundamente contesto que no. B*** curó del *dengue*: luego no fué ésta su última enfermedad, porque la última enfermedad a que alude el artículo citado es la que ocasiona la muerte. Solamente una persona que se hubiera «acaparado el limbo» podría sostener lo contrario. Tengo la íntima convicción de que no puede haber un autor de derecho que no apoye mi aserto. Por lo pronto tenemos a Huc, Toullier, Laurent, Demolombe, Duranton, Baudry-Lacantinerie, Grasserie, Troplong, Mourlon, Ricci, Manresa y Navarro, Planiol, Poidvin y... todos los autores chinos y japoneses. En fin, mi distinguido cliente, desde ya me complazco en felicitarlo por la cuantiosa herencia a recibir, y le ofrezco mis servicios profesionales.

....

Fallado el asunto en segunda instancia, los honorarios fueron subidos y para evitar que su vieja y sólida amistad se entibiara por tan poca cosa como era un pleito, Agamenón y Fenelón se los repartieron por partes iguales.

Osiris Pinedo

V

He aquí que durante un mediodía, hacia la una de la tarde, Lizaveta Prokhorovna, que durante aquellos dos años se había vuelto amarilla y arrugada, pese a todas las lociones y a todos los cosméticos imaginables, había salido con su manguito y su quitasol de franjas a pasearse por su jardinillo, cortado y rastrillado a la alemana. Haciendo zumbar su vestido almidonado, caminaba con paso menudito por sendero enarenado entre dos hileras de dalias que parecían presentarle armas, cuando la alcanzó nuestra antigua conocida Kirilovna, que la informó respetuosamente de que un marchante de B..., acabado de llegar, deseaba hablarle de un asunto muy importante. Kirilovna continuaba gozando los favores de su señora (en realidad era ella la que administraba los bienes de Mme. Kuntze), hasta el punto de haber recibido hacía ya algún tiempo permiso para llevar un gorro blanco, lo que acentuaba aún más los rasgos enérgicos de su cara apergaminada.

— ¿Un marchante? — preguntó la dama. — ¿Qué me quiere?

— No sé lo que desea — respondió Kirilovna con su voz aflautada; — pero me parece que tiene intención de comprar algo a la señora.

Lizaveta Prokhorovna volvió a su salón y se sentó en su sitio presidencial. Era un butacón con una especie de dosel, alrededor del cual se arrollaba elegantemente una hiedra. Hizo llamar al marchante de B...

Fué Naum quien entró. Saludó y se detuvo junto a la puerta.

— Acabo de saber que desea usted comprarme una cosa. — Y al mismo tiempo pensó ella: Es un guapo mozo este marchante.

— Sí, señora — dijo él.

—¿Qué es ello?

— ¿No tiene la señora intención de vender su mesón?

— ¿Qué mesón?

— El de la carretera, no lejos de aquí.

— Pero si ese mesón no es mío...

— Yo me entiendo. Pues ese mesón es el que deseo saber si quiere la señora vendérmelo.

— Pero, ¿cómo puedo venderlo, si no es mío?

— Yo me entiendo. Se lo pagaría bien.

Lizaveta Prokhorovna se calló unos instantes.

— Es muy extraño lo que usted me dice — añadió por fin. — ¿Y cuánto hubiese dado usted? No lo pregunto por mí, sino por Akim.

— Pues con todas sus construcciones y dependencias y, naturalmente, con la tierra que le está adscripta, habría dado dos mil rublos.

— ¡Dos mil rublos! Es muy poco — replicó Lizaveta Prokhorovna.

— Es lo que vale.

— ¿Pero ha hablado usted con Akim?

— ¿Para qué había de hablarle? El mesón es de la señora; así, pues, es a la señora a quien me tomo el honor de hablarle...

— Pero ya acabo de declarar... En verdad, es sorprendente qué usted no me comprenda.

— ¿Cómo no comprenderla? Yo la comprendo.

Lizaveta Prokhorovna miró a Naum, el cual miraba a Lizaveta Prokhorovna.

— Pues bien — insistió él, — ¿qué pretensión es la suya, señora?

— ¡La mía! — respondió la dama agitándose en su asiento. — En primer lugar, ya he dicho que dos mil rublos es demasiado poco; y después...

Añadiré, si es preciso, un centenar...

La dama se levantó para retirarse.

— Lo que usted me dice es disparatado. Ya le he dicho que yo no puedo vender ese mesón y no lo venderé

— Hágase la voluntad de la señora — replicó Naum después de un corto silencio, curvando el espinazo. — Perdón por la incomodidad. — Saludó nuevamente y extendió la mano hacia el picaporte.

Lizaveta Prokhorovna se volvió de costado.

— Sin embargo — dijo después de una corta vacilación, — no parta usted aún.

Llamó; apareció Kirilovna.

— Haz que le den un te al señor marchante. Ya volveré a verle a usted — añadió, haciéndole un ligero saludo. Naum se inclinó profundamente y salió con Kirilovna.

Lizaveta Prokhorovna dió dos o tres vueltas en la estancia y llamó de nuevo. Esta vez entró un muchacho vestido de cosaco. Ella le encargó que llamase a Kirilovna; ésta vino muy pronto, haciendo discretamente sonar sus zapatos de piel de cabra.

— ¿Has entendido bien — le dijo la dama con forzada sonrisa — lo que ha venido a proponerme ese marchante? ¡Qué hombre más extravagante!

— No, no lo he oído; ¿de qué se trata?

Y Kirilovna guiñó finamente sus ojos negros hendidos como los calmucos.

— Pues quiere comprarme el mesón de Akim.

— ¿Y qué?

— Pues que el mesón no es mío.

— ¡Oh, señora! ¿Qué se digna usted decir? ¡En nombre del cielo! ¿Pero es que todos nosotros no somos de usted? Y el bien que nosotros podamos tener, ¿es que no es todo de nuestro señor?

— ¿Crees tú, Kirilovna? — exclamó la dama arrugando su pañuelo bordado. — Akim ha edificado ese mesón y compró el terreno con su propio dinero.

— ¡Su propio dinero! ¿Pero de dónde lo ha sacado él? Lo ha ganado gracias a la condescendencia de la señora. Además, ¿cree la señora que después de esto no le quedará ya dinero? Si es más rico que usted, señora. Pongo a Dios por testigo. Por otra parte, es que a él y a los demás aldeanos no se les mide por el mismo rasero. Usted le permitió ocuparse en el carreteo, y he aquí que se ha hecho rico, más rico que los otros. ¿Es eso justo?

— Tienes razón, ciertamente... Pero, a pesar de todo... Vender...

— ¿Y por qué no vender si se presenta un comprador? ¿Me permite la señora preguntarle cuánto le ofrece?

— Dos mil rublos... y aun más... — dijo Lizaveta Prokhorovna en voz baja.

— Dará más, señora, si de buenas a primeras ofrece dos mil... Y en cuanto a Akim, se le podrá rebajar su obrok; aun quedará agradecido.

— Ciertamente, habrá que rebajarle... Pero no, Kirilovna, no... — y Lizaveta Prokhorovna se puso a andar con agitación por la estancia. — Es imposible; no se me hable más, o me ofenderé.

Pero no obstante la prohibición de la dama emocionada, Kirilovna continuó hablando, y media hora después se volvió a buscar a Naum, a quien había dejado establecido en la recocina, ante su tetera.

— ¿Qué tiene usted que decirme, mi muy respetable? — preguntó Naum volviendo con cuidado su taza en la salvilla.

— Tengo que decirle que hay que ir a ver a la señora; le llama a usted.

— Obedezco — dijo Naum, que siguió a Kirilovna al salón. La puerta se cerró tras ellos.

Cuando la puerta volvió a abrirse y salió de espaldas Naum, el asunto estaba concluído. El mesón de Akim le pertenecía: lo había comprado en dos mil ochocientos rublos. Se había convenido en firmar el contrato tan pronto como fuese posible y guardar el secreto hasta el momento oportuno. Lizaveta Prokhorovna recibió cien rublos de señal, y Kirilovna doscientos de alboroque.

— No me ha costado caro — se decía Naum saltando a su *telega*.

VI

En el propio instante que en la casa señorial se concluía el negocio, Akim estaba sentado cerca de la ventana de su alcoba, solo y se pasaba con ademán descontento la mano por la barba. Ya hemos dicho que no sospechaba la inteligencia establecida entre Naum y su mujer. Habría podido notar que ésta, desde algún tiempo, se había vuelto de humor caprichoso, pero se decía: el sexo femenino es extravagante y descontentadizo. Además, su natural hombría de bien no había disminuído con los años, mientras que su descuido se había agrandado. Pero aquel día estaba verdaderamente de mal humor. La víspera había oído, por azar, en la calle, una conversación entre una obrera a su servicio y otra aldeana.

La aldeana le preguntaba a la obrera por qué no había ido a su casa.

— Te estuve esperando — dijo.

— Hubiese ido — respondió la obrera —; pero, por mi mal, encontré a mi señora, que el cielo bendiga.

— ¿Que la encontraste? — replicó la aldeana con voz trémula y apoyando la mejilla en una mano. — ¿Y dónde te la encontraste, madrecita?

— Detrás del cañamar del pope; se conoce que había ido a buscar a su buen amigo, su Naum. Y yo, yo no veía en la obscuridad, me tropecé con ellos.

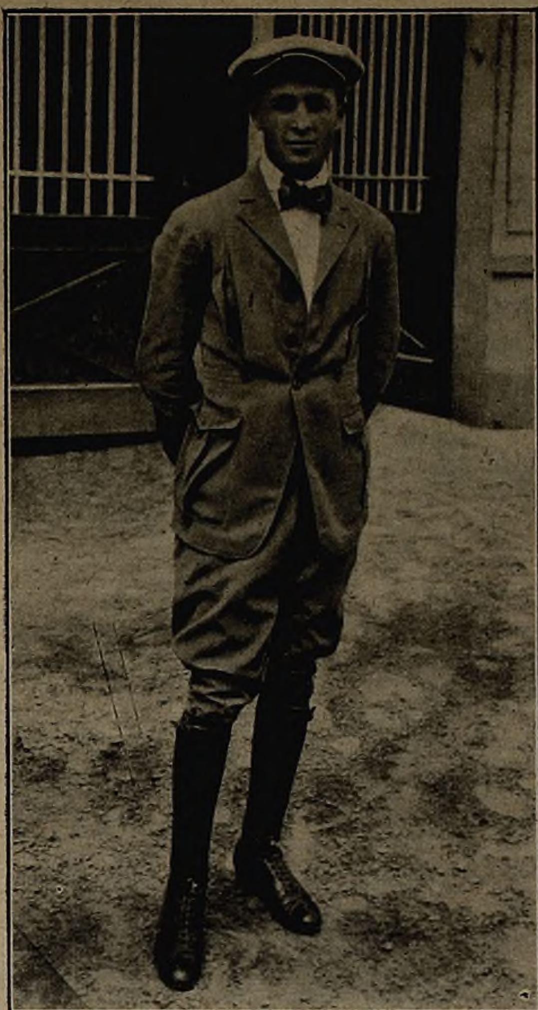
(Continuará).

CON EL JOCKEY ENGLANDER

A fines del mes de noviembre, circulaba con insistencia el rumor de que David Englander estaba por abandonar la profesión de jockey. Se decía que le inspiraban mayor interés otros asuntos y contribuían a la propalación de esa creencia, que llegó a ser general, sus frecuentes ausencias de las pistas, y hasta de la misma ciudad, en los días de carreras.

¿Habrá perdido en realidad su interés o su afición uno de nuestros jockeys más clásicos? No. Atravesaba una de aquellas situaciones, frecuentes en los profesionales del turf, que comportan el estado de la perplejidad más enervante, porque un conglomerado de circunstancias adversas empaña y sepulta su prestigio ante la opinión movediza.

Como jockey oficial de algunos studs, Englander no ha tenido grandes caballos en los últimos tiempos. Desaparecida Canora, puede decirse que careció de montas de valor en absoluto. Sin embargo, como gran jockey, era buscado para los caballos más difíciles o más decaídos. Verdadero profesional, corría con todo el arte de su escuela clásica, considerando cumplir así mucho mejor que rehusando las montas. Fracasaba y quedaba tranquilo, porque habría sido materialmente imposible correrlos mejor. Le perjudicaban de ese modo, por ejemplo, las sucesivas derrotas de Saint-Emilion, de Falerna y de Pardejona, animales cargados con favoritismos enormes por su gran clase y por la excelencia de sus campañas anteriores, pero que eran cada día más irregulares, como el primero, o habían decaído, quizá para siempre, como los dos restantes de los tres citados. Los mismos animales repetían sus defecciones más tarde con montas distintas; pero el grueso de la opinión no razona; falla por impresión; y la primera impresión, la más fuerte, la impresión de los primeros golpes, que son los más rudos, había llagado las carnes de la cátedra. No cabía apelación: Englander perdía porque corría en el fondo; porque atropellaba tarde; porque salía en punta; porque se abría al salir del codo; porque tomaba el lado de los palos; perdía por todo. Hasta perdía porque jugaba.



David Englander en traje de trabajo.

La comisión de carreras, el starter, los veedores, los entraineurs y los propietarios de los caballos, no encontraban motivos de censura en las carreras de Englander. La misma cátedra popular, la de la opinión movediza, boleteaba con reduplicada insistencia los caballos dirigidos por él, que concluía por estremecerse ante la responsabilidad del fracaso de los favoritos.

En tales condiciones, Englander prefería no correr. Para eludir compromisos, sin rehusarlos, dejaba de concurrir a la cancha los días de los aprontes. Pero, como verdadero aficionado concurría a las carreras y aceptaba con frecuencia las montas que le ofrecían. Naturalmente; corría sin conocer los caballos, fracasaba con mayor facilidad y su afición decaía. Cada día se alejaba más.

¿Se retiraría del todo? Así se creía a fines de noviembre.

No era cierto, sin embargo. Mientras la cátedra popular creía saber por qué perdía las carreras Englander, los verdaderos sportsmen veían por qué no las ganaba. Los propietarios del Stud Chapadmalal, señores Miguel Alfredo Martínez de Hoz y Benito Villanueva, sportsmen de los más legítimos del país y del mundo, lo contrataron desde el 1.° de enero como monta oficial de la gran caballada con que cuentan este año y conservan así para el Hipódromo Argentino un jockey de alta escuela que habría sido sensible perder.

Desde entonces, Englander reanuda el trabajo con entusiasmo y con fe. Concurre con asiduidad a la cancha; afronta los caballos y los estudia; se entrena y corre con toda la serenidad de su clásica maestría; no se inmuta ante las explosiones de la opinión versátil; no le marean los aplausos porque está acostumbrado a ellos y no le amilanan las protestas porque la confianza que depositó en él el Stud Chapadmalal es por sí sola suficiente testimonio de su corrección. Aún no se presentan los caballos de este Stud, que serán sus elementos, y ya resurge con frecuentes triunfos como los de Amnecia, Yáñez Pinzón, Señorial, Westeria, Isleño, Sin Ruido, Jilguera y Escoba. Bien puede augurarse que será el jockey del año. El león dormía. Y el león despierta.

David Englander inició su carrera profesional en el hipódromo de Wáshington, en el año 1904, entrando tercero con el primer caballo que dirigió. En aquel hipódromo no se requiere, como en el nuestro, ganar un determinado número de carreras para salir de la categoría de aprendiz; se exige un año de aprendizaje, al fin del cual se ingresa en la categoría de jockey, sea cual sea el número de carreras ganadas. Por el número de éstas alcanzado durante el año del aprendizaje, se augura allí el porvenir reservado, dentro de la profesión, a cada jockey nuevo. Englander ganó en el año de su aprendizaje más de cien carreras.

En 1908, siendo ya un consumado maestro de la fusta y del filete, vino a Buenos Aires. Nuestro hipódromo le produjo la mejor impresión desde el primer momento. Durante los dos primeros meses no pudo abrirse camino y resolvió dirigirse a Chile. Aquel país le agradó mucho, pero no encontró en él las carreras tan bien organizadas como en el nuestro. Las carreras, en Chile, no le gustaron. Corrió un solo domingo y, a los tres meses, regresó a Buenos Aires: esta vez con mejor suerte. Principió a correr los caballos de Mr. Brett y ganó aquí la primera carrera con el caballo Coxcomb en abril de 1909. Aquel mismo año, de nueve meses para él, alcanzó el tercer puesto en la estadística de las carreras ganadas y dejó sentada para siempre su fama de gran jockey.

Fué David Englander el afortunado piloto del memorable Irigoyen; de aquella gloria de nuestro elevage que arrasaba con todos los clásicos de su tiempo. Hizo con Olmedo, que nunca había podido ganar, una notabilísima campaña; ganó con aquel caballo numerosas carreras entre las que figuró una serie no interrumpida de seis. Consiguió con Melgarejo, gran caballo, pero decaído hasta el punto de no ganar una carrera en varios meses, un hermoso triunfo sobre Balzac, Aspero, Emilunga y varios otros, en el clásico Palermo.

Puso a prueba su maestría en el manejo del filete e hizo rendir a Melgarejo energías que le valieron un triunfo inesperado. En el crecido número de los premios clásicos conquistados por Englander figura tres veces el Gran Premio Nacional.

—¡Un momento, Englander! ¡Párese!

—¡Oh, P B T! ¿Qué quiere?

—¡Ya está! ¡Su fotografía!

WAMBA.



Defensores de Belgrano e Independiente (intermedia), que jugaron la final por el campeonato.



Team del Club Estudiantes (intermedia), que se ha distinguido en la temporada que concluye.

En el field del Club Gimnasia y Esgrima se efectuó el partido por el Campeonato entre los teams de la sección intermedia de los clubs Defensores de Belgrano e Independiente, correspondiéndole a este último el triunfo por el mínimo score de 1 goal a cero. A los jugadores de Defensores de Belgrano se les notó falta de entrenamiento; no así los de Independiente, que, por estar jugando los partidos más fuertes de la temporada, demuestran estar perfectamente entrenados.

Independiente tiene ganados, en su sección, la Copa de Competencia y la del Campeonato, sin perder ningún partido, empatando solamente con el de Boca Juniors en un goal.

El team vencedor formó así:

Isusi, Chappar, Sisiliani, Pahimel, Tomassini, Escofano, González, Portos, Garcías, Soro y Pirolo.

El goal del triunfo lo obtuvieron por intermedio del jugador Soro. El arquero pudo atajarlo, pero, debido a estar lastimado, no quiso tirarse al suelo. Además, faltó el alma del ataque, Caldas, que se encontraba enfermo.

Del referée, es mejor no hablar, estuvo como siempre. Ya que no cobraba ni hans, ni foul, debía haber *cobrado* él.

En el field de Racing se llevó a cabo un partido a beneficio del Hospital Fiorito, entre los cuadros Racing e Independiente, correspondiendo el triunfo al primero por cuatro goals a cero. — P. Y.



El referee, de Almeida Guzmán con los capitanes y linesman.



Calomino y Dannaher, que actuarán por Argentinos en Quilmes, en la próxima temporada.

Fot. Yllera.



Partido Demócrata Progresista. — Concurrentes a la conferencia política organizada por el Comité Lisandro de la Torre, con motivo de la próxima lucha electoral provincial.



Partido Disidente. — Aspecto del teatro Colón durante la asamblea para proclamar los candidatos a diputados provinciales.



Consejo directivo y cuerpo médico del Hospital Italiano, después del banquete de compañerismo con motivo de habilitar el nuevo pabellón Princesa Maffalda.



Baile en el salón del Savoy Hotel, organizado por el Círculo Los Rosarinos. Durante un cuadro de lanceros.

Fot. Ortiz.



La página del Comerciante

COMERCIO—INDUSTRIAS—INVENTOS—PUBLICIDAD—ORGANIZACIÓN DE OFICINAS MODERNAS

INDUSTRIA ARGENTINA

La Dirección General de Comercio e Industria del Ministerio de Agricultura de la Nación, sita en la calle Paseo Colón y Carlos Calvo, de la Capital Federal, ruega a las personas que hayan iniciado, con posterioridad al mes de agosto del año 1914, la extracción de frutos del suelo, de la ganadería o agricultura, o la elaboración de productos que antes se importaban; que hayan ampliado la producción en forma sensible, para reemplazar al producto extranjero, resuelto el aprovechamiento de la materia prima nacional, en substitución de la extranjera antes empleada, descubierto un nuevo procedimiento o posean algún invento de índole industrial, se sirvan comunicárselo, para los fines de su acción de fomento.

La Dirección invita, al mismo tiempo, a las personas que deseen iniciar una nueva industria, que comunique su nombre y domicilio, así como los obstáculos que se oponen a su propósito. Ruega cualquier otra información que contribuya a ilustrarla sobre las transformaciones que se operan en las condiciones comerciales e industriales del país.

POR QUÉ LOS HOMBRES FRACASAN EN LOS NEGOCIOS.

(Continuación)

Un conocido economista inglés dice que la firmeza de propósitos, la prontitud, el ingenio en circunstancias apremiantes, el cuidado y el buen juicio son los principales elementos que constituyen la habilidad comercial, más todavía que la pericia o conocimientos especializados. Se verá que esos cinco elementos fundamentales constituyen el hombre omnieficiente, y que el que los posee, no solamente obtendrá éxito en determinado ramo, sino que puede cambiar a otro ramo completamente distinto con igual éxito.

Si hay cualidades fundamentales del éxito, ¿cuáles son las del fracaso?

Cierto escritor norteamericano, en una reciente edición de la revista «System» dice que la indolencia y el mal humor pueden deberse a una constitución física deficiente. El trabajo ejecutado a ciegas, la falta de estudio, los empleados ineptos y la falta de sistema, son probablemente hábitos. Las verdaderas deficiencias están más profundas y son deformidades mentales y defectos del carácter. He aquí una lista enumerada por dicho escritor:

Sospecha; falta de decisión; error; dejar las cosas para el día siguiente; excesos en su modo de vivir, vestir, etc.; presunción; nadie tiene que enseñarme nada; mi abuelo lo hacía así; mi propósito está formado; indiferencia; descuido; mi teoría hubiera dado resultado, pero...; tentación; mal uso del crédito; obstinación; mala memoria; mala vigilancia.

Si todas las faltas o fracasos se observaran detenidamente, se habían de encontrar una o más causas de las que aparecen en la lista.

(Continuará).

EL PELIGRO DE LOS BILLETES DE BANCO

A causa de la gran escasez de monedas de plata y cobre, casi todos los países en guerra han hecho grandes emisiones de papel moneda, que facilita al pequeño comercio moneda fraccionaria. En Francia casi todas las Cámaras de Comercio han hecho emisiones de esta índole en billetes cuyo valor varía entre diez céntimos y dos francos.

El aspecto sucio, grasiento y repugnante que a poco de estar en circulación toman estos billetes, indujo a las autoridades de Roán a enviar unos cuantos al director del Laboratorio municipal para que se hiciese el análisis de las materias extrañas incrustadas en estos pequeños billetes. El resultado comparativo del análisis de los billetes nuevos con los viejos es asombroso.

La conocida revista de París «Je sais tout» dice que después de una circulación de ocho a diez días, solamente, cien gramos de este papel moneda se habían impregnado con no menos del 30 por 100 de porquería.

El análisis demostró que este exceso en el peso era producido por una mezcla de materias grasas, substancias amoniacales y nitrogenosas, azúcar y productos minerales. Además—y aquí está el peligro de la circulación del papel moneda,—esta capa obscura, sucia y grasienta con que tan pronto se impregnaron los billetes contenía los más virulentos gérmenes de peligrosísimas enfermedades, como pudo verse examinando con el ultramicroscopio el líquido obtenido por la maceración de unos cuantos billetes sucios por la circulación en agua destilada y esterilizada. Se comprende que estos billetes de pequeña cantidad, manoseados constantemente por un público de pequeños comerciantes en constante contacto con carnes, pescados, verduras, manos sucias y bolsillos nada limpios sean al poco tiempo un depósito de inmundicias y vehículos de microbios de toda clase de enfermedades.

BIBLIOGRAFIA, CATALOGOS Y RECLAME.

La casa Eugenio C. Noé nos envía los últimos números del «Boletín de la Unión Panamericana», cuya publicación representa en la América del Sur. Del resultado obtenido por la casa Noé, es prueba el hecho de que hace dos años, cuando se hizo cargo de la revista, contaba ésta 75 subscriptores, y hoy día tiene más de 5.000.

Los citados números son tan interesantes y tan lujosamente editados como los anteriores.

* **Elaboración industrial del petróleo de Comodoro Rivadavia.** Memoria presentada al ministro de Agricultura por el doctor Fritz Reichert, a solicitud de aquél, referente a la aplicación industrial del petróleo que producen los yacimientos de Comodoro Rivadavia.

Contiene dicha memoria curiosísimos datos basados en las experiencias y estudios que sobre el carácter químico, técnico y económico del mismo viene practicando el doctor Reichert desde hace ocho años.

* **Revista Tampico.** — Organo oficial de la Cámara Nacional de Comercio del expresado puerto mejicano. Contiene diversas informaciones distribuídas en secciones oficial y extranjera, bibliografía y legislativa.

* **Catálogo** de la casa Francisco Ruscio Stagliano, carpintería artística y de obras, muebles al laqué y juegos para parques y jardines.

* Hemos recibido folletos descriptivos de la picana eléctrica, invento de utilidad para los estancieros, del que son propietarios los señores Lacoste y Celery.

* **Las industrias nacionales.** — El consejo directivo de la Unión Industrial Argentina ha editado un folleto, que es a modo de extracto del tercer censo nacional, reasumiendo los datos que se publican en el tomo VII del expresado censo.

Es muy loable el propósito de dicha entidad, que difunde así el estado de progreso a que en un período de veinte años ha llegado la industria nacional.

* **El Comercio Exterior Argentino.** — Titúlase así un folleto que firma don Alejandro E. Bunge, y que subtitula «Contribución al estudio de una política económicointernacional argentina». Contiene interesantes datos comparativos, y es una obra tan curiosa como útil para cuantos al comercio dedican sus actividades, y aún para los argentinos y cuantos se interesan por los progresos del país.

* Hemos recibido los catálogos de artículos de fotografía de las casas Droguería de la Estrella Ltda. y Guillermo Koelhner.

* La casa Terzolo y Cía. ha distribuído entre sus clientes su último catálogo de artículos de carnaval.

* La conocida casa Anderson & Kay nos ha remitido la última edición de su catálogo de materiales fotográficos.

* Muy útil para los revendedores es el catálogo de artículos de carnaval que la casa José A. Méndez acaba de publicar.

INVENTOS ARGENTINOS



Aparato elevador de agua El Argentino, invento del señor José Ritzer, instalado en General Paz (Córdoba). — Extrae 28.080 litros por hora, a una profundidad de cien metros. Funciona automáticamente y su altura es de veinticinco metros. — En óvalo: El señor Ritzer, inventor del aparato.

CATÁLOGOS Daremos noticia de cuantos catálogos, *affiches* y objetos de reclame nos envíen los fabricantes o importadores. Diríjanse a *Página del Comerciante de P B T.*



Niños del señor Rezábal al cuidado de un veterano bañista.



Grupo de niñitas en la playa.



Un pebete y...

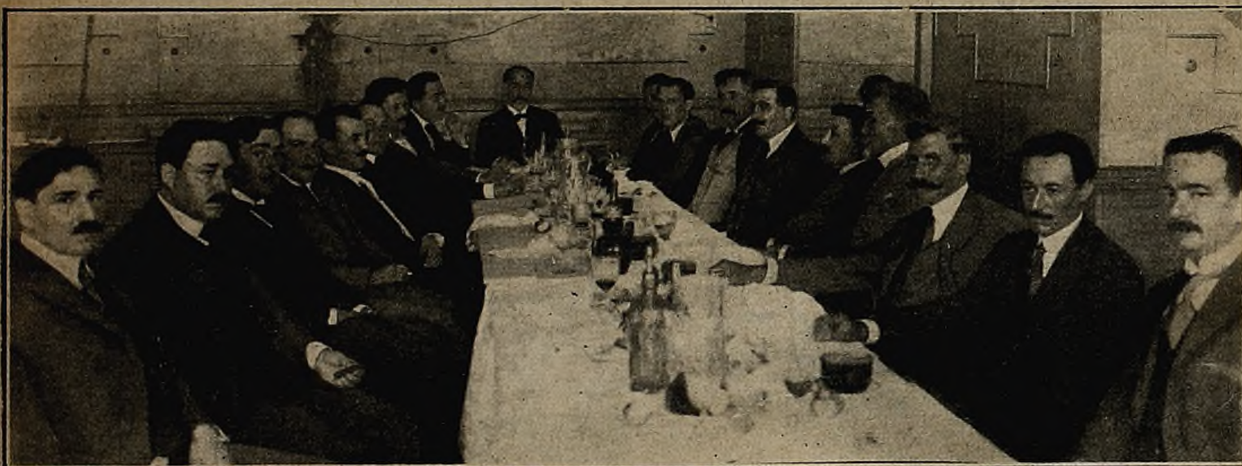


...una pebeta. ...

Fot. Denaro.



Parte del público que asistió a la importante y numerosa asamblea de la Unión Cívica Radical, de Entre Ríos (disidentes), en que fueron proclamados los candidatos del partido a diputados nacionales.



Los convencionales disidentes durante una comida en el hotel donde se alojaban, y que fueron a Paraná para dejar definitivamente constituída la junta ejecutiva del partido y designar los candidatos a diputados nacionales.

TINTA DE IMPRENTA

Publicaciones recibidas. — «Universidad Nacional de La Plata. Actos universitarios, 1917. Apertura de cursos, colación de grados. — Ministerio de Gobierno de Entre Ríos. Síntesis de la Memoria anual. Año 1906.

El clero y la independencia argentina, por **Luisa A. Ombrino.** — Folleto editado por la Asociación Patriótica Argentina Pro Patria.

Función social del ejército argentino, por **Juan G. Beltrán.** — Folleto conteniendo una conferencia leída por el doctor Juan G. Beltrán en el Círculo Militar el 20 de octubre del año anterior.

Señora. — Editada por los señores Albasio y Cía., de esta ciudad, ha aparecido el primer número de la revista cuyo nombre nos sirve de epígrafe. Sus páginas llenan el objeto de su título.

El viajero indociso, por **Alfredo R. Bufano.** — En este libro de poesías, la Biblioteca de Autores Jóvenes, cuyos progresos son sensibles, publica su cuarto volumen.

Es un poeta inspirado el que se nos presenta en esta obra: sabe sentir y sabe versificar. Sus versos son muy íntimos, muy personales. Tienen un suave perfume de suavidad y en sus rimas un sutil dejo que diríamos aristocrático.

El señor Bufano tiene muy buen sentido de la belleza, y sus páginas, escritas con la legítima sencillez de lo que se dice sintiendo, dejan en el espíritu una grata impresión de arte.

Espíritu y materia, por **Ramón de Castro Esteves.** — Libro de momentos podríamos llamar a éste, trazado por una pluma adolescente y precoz. Ramón de Castro Esteves es casi un niño, pero sabe pensar tan hondo como un viejo.



Ramón de Castro Esteves.

Es el suyo un cerebro fecundo, que trabaja continuamente. En «Espíritu y materia», sólo ha dado a la imprenta una parte de su obra.

Digno de todo estímulo, Castro Esteves es una bella promesa para las letras. Su temple, que es el de los decididos, hará que esa promesa se convierta pronto en realidad, como el arbusto fuerte que no tarda en sazonar ópimos frutos.

El Nacional. — El 10 de enero cumplió catorce años de vida este periódico destinado a defender los intereses de las parroquias de San Juan Evangelista, Santa Lucía, Concepción y San Telmo. Con tal motivo editó un número extraordinario, que representa un verdadero esfuerzo periodístico.

Proyecto de Código de Seguro Nacional, por el diputado nacional **Augusto Bunge.** — En un grueso volumen se ha repartido este interesante y paciente trabajo presentado a la Cámara de Diputados el 21 de septiembre de 1917. A más del proyecto, el tomo contiene una exposición de motivos y proyecto de ley básica, dividiéndose el sumario en los siguientes grandes capítulos: El seguro social, Hacia el seguro nacional argentino, Proyectos de ley básica y Código de Seguro Nacional, Del seguro, De los asegurados, De las entidades, De las autoridades, De las cajas locales, De los recursos, De los servicios, Del fondo de pensiones, Administrativos, Procedimientos varios, Infracciones, Instituciones especiales.

Música. — «Kultur», tango para piano, por A. García Sanabria. — «Himno a Alem», música de Enea Verardini, letra de Gabriel Monserrat. — «Caricia robada», vals de salón, por Luis E. Biglieri. — «Mimosa», vals lento para piano por Alfredo M. Cárdenas. — «De España al Plata», valses de G. Estremo, dedicados al Club Español de Buenos Aires y editados por la casa Leo Mirau.



Cuadro plástico «La protección a los niños», en la velada de la sociedad «Todo por la Educación y la Patria», bajo la dirección de la señorita Magdalena Bayo.

DE PELLEGRINI (F. C. O.)



Profesoras y alumnas de la Academia de Corte y Confección que dirige la señora Dolores B. de Bilbao.

DE GENERAL HORNOS (F. C. S.)



Fiesta campestre celebrada en la chacra del señor Pedro Etchart.

DE CORRIENTES



Fiesta infantil en casa de los esposos Blanco Acuña con motivo del cumpleaños de su hijito Angel Ulises (a) El Radical.

DE ROSARIO



Señorita Pilar C. Abades Latierro, nueva profesora de piano, que ha obtenido calificación de sobresaliente y elogio unánime del jurado.

DE LANUS



Señorita María C. Othatcegui, profesora de solfeo recientemente recibida.

Fots. Martín y Vigliani.

DE PIGÜÉ (F. C. S.)



Fiesta campestre organizada por los conscriptos de la clase de 1897.

DE CAMPANA (F. C. C. A.)



Picnic celebrado por los componentes del team Nacional de football.

DE ASUNCION (Paraguay)



El encargado de negocios de España, iniciador de la fiesta de Reyes a beneficio de los pobres, conversando con una de las señoritas de la comisión organizadora.

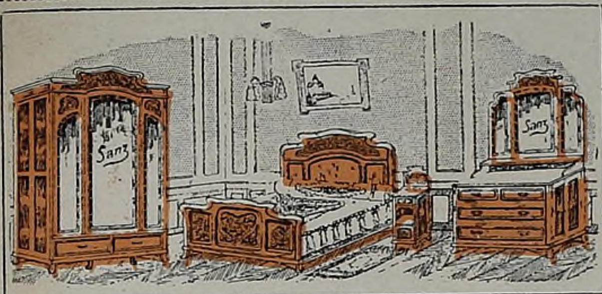


El público presenciando el reparto de juguetes a los niños pobres, con motivo de la festividad de Reyes.

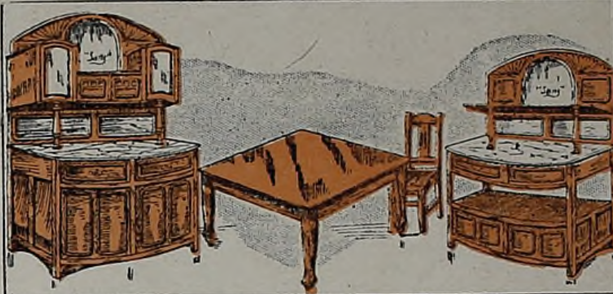
Fots. Grigoriades, Pérez y Albons.

Para Muebleros y Particulares

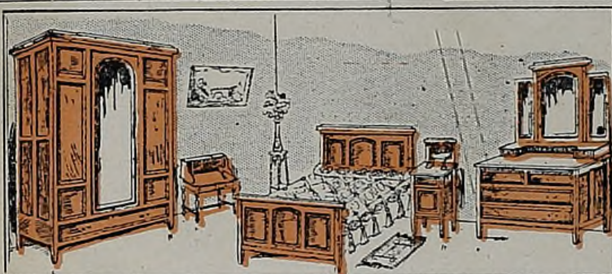
Con plata en mano--ésta es la fábrica que vende más barato en Bs. Aires.



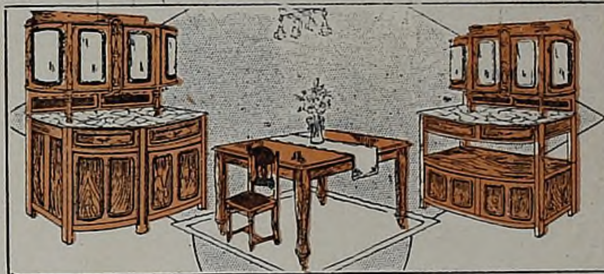
Roble norteamericano o cedro caoba, importado, 3 cuerpos, gran formato, para matrimonio, 9 piezas. Colcha obsequio.............................. **$ 270**



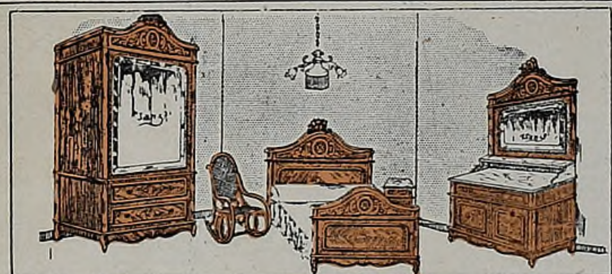
Comedor roble o cedro caoba, c. bronces, las dos piezas.............................. **$ 215**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 110
Mesa 3 tablas, roble.............................. $ 32



Roble macizo norteamericano, con bronce, 9 piezas, para matrimonio. Colcha obsequio.............. **$ 220**



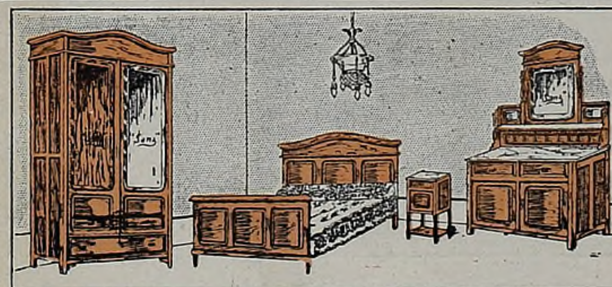
Aparador y trinchante, roble macizo o cedro caoba, con bronces.............................. **$ 210**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 110
Mesa 3 tablas.............................. $ 32



Luis XV, nogal de Italia, para matrimonio, reclame, 8 piezas, lunas biseladas, mármoles rosa. Colcha obsequio.............................. **$ 175**



Aparador y trinchante, roble o cedro, con bronces.............................. **$ 155**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 110
Mesa 3 tablas.............................. $ 32



Dormitorio c. roble o cedro caoba, 7 piezas. Colcha obsequio.............................. **$ 85**



Reclame. Aparador y trinchante, c. bronces....... **$ 125**
Sillas haciendo juego, docena.............................. $ 75
Mesa 12 cubiertos.............................. $ 35

CASA SANZ - 826-Sarmiento-844. - Casi esquina Esmeralda

No tiene sucursal. **F. Ramognino.** Embalaje, catálogos y flete gratis.

Los Cantares



Una pata tengo aquí
y otra tengo en tu tejao;
mira si por tu querer
estoy poco espatarrao